





AÑO 11.

NUM. 121.

LA

ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSE LAZARO**

---

**ENERO 1899**

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,  
*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

# EL NIÑO DE GUZMÁN

---

## I

### FRONTERA

Al divisar desde lejos el río, cuya corriente separa la tierra francesa de la española, Pedro, de pechos en la ventanilla, experimentó extraordinario impulso de júbilo insensato, un raptó, un vértigo. Desde Bayona presentía la emoción, latente en el alma. ¡El momento de cruzar la frontera.....! ¡España por fin!... Así y todo, se sorprendió de la violencia de aquel ímpetu, y procuró dominarse, pues le venían ganas de saltar del coche, de besar el suelo, de llorar y reír, todo junto.

El fresquecillo de la rauda columna de aire, mezclado con humo y partículas de carbón, que levanta el tren,—aire que ya era español—aumentó la excitación de Pedro. Género de embriaguez bien disculpable, tumulto de la sangre generosa en un cuerpo mozo y sano, robustecido por el deporte, no gastado por hábitos viciosos. Dimanaba de algo muy íntimo; de cosas pegadas al corazón. ¡Esto de entrar en la patria! “España, España.....” Repetía en voz baja el nombre, como se repite el de una mujer en los balbucientes transportes del amor dichoso. Sus ojos se espaciaban por el paisaje, algo sorprendidos de encontrarlo idéntico al que quedaba atrás y á Francia pertenecía. La misma naturaleza agreste, los mismos vallecillos alternando con parduzcas laderas..... Arbolado igual..... Igual estructura..... Encogióse de hombros. ¿Qué tenía de extraño? ¿Qué realidad física implica una frontera?

Para no seguir empolvándose, metióse adentro y subió el cristal. Costumbres de pulcritud le mandaron abrir el saco de flexible tafíete que ostentaba en plata sus iniciales—P. N. G.—y sacar un cepillo que pasó reiteradamente por el cuello y los hombros de su elegante *ulster*. La impaciencia, la tensión de sus nervios, no le permitían sentarse y enfrascarse de nuevo en el volumen de la colección Tauchnitz, que momentos antes le había entretenido. De pronto, sobresaltóse de alegría: acababa de oír vocear periódicos en lengua castellana. ¡*El Siglo Futuro, Imparcial, Liberal, El Correo Español!* Abrió la portezuela, buscó moneda de cobre en el bolsillo, sueldos franceses aún, y compró todos los diarios, carlistas y republicanos..... en montón. No tuvo tiempo ni de escojer uno, pues recordó que allí registraban. La noción de la frontera patria se definía concretamente: era el vejámen del fisco.

Si alguien quiere convencerse de que Pedro es persona de encumbrada posición social y refinados gustos, asista á la operación del registro de sus baules y maletas, curioseando el contenido sin necesidad de calzarse los toscos guantes verdes de los carabineros. No hay revelación más elocuente de las aficiones y el modo de ser íntimo que un equipaje: el equipaje es la casa en abreviatura, y la personalidad, imperiosamente expresada por cierto número de objetos. Ricas, sólidas y del más reciente modelo, eran las maletas que Pedro fue abriendo con llavecillas de acero brillante; y en su seno contenían, amén de mucha ropa blanca como la nieve y de Holanda exquisita, y no poca de color, que delataba la maestra tijera de algún sastre de Piccadilly,—buen golpe de libros, cinco ó seis armas primorosas, una caja de acuarela, un *pocket* completísimo, con surtido de películas y placas, y algunos cachivaches bonitos, bronces japoneses, recado de escribir de ágata y oro, y hasta un Crucifijo de marfil, antiguo, en un estuche de terciopelo. La fila de los bagajes de Pedro, que ocupaba buen trecho de la banqueta destinada al registro, y acaso también el aspecto del mozo, llamaron la atención á dos señoras que en aquel momento cruzaban de un lado á otro de la estación,—sin duda para dirigirse al al tren formado,—y que se detuvieron haciéndose disimulada seña. A su vez Pedro, volviendo la cabeza, reparó en las viajeras, y solicitado por la singularidad provocativa de su vestir, entretuvo en ellas la vista. En vez de los sencillos y masculinos trajes de viaje

que usan las damas, lucían atavíos de exagerada elegancia y lujo, caprichosos y vistosos, y sombreros recargados de plumas, de forma original y atrevida. La suposición más probable cruzó por la mente de Pedro. "Palomas torcaces." Y, á renglón seguido, sus pocos años gritaron allá dentro: "¡La rubia..... qué guapa!"

Lo era en verdad. Más bien pequeña, blanca, de menudas é infantiles facciones, sus ojos color de avellana, flechadores y picarescos, reían al par que la descolorida y fresca boca, de dientes nacarinos, húmedos, diminutos. La semejanza de tono de la tez, del pálido cabello y de las pupilas claras, hacía el conjunto armónico y fundido, — la deliciosa unidad de color de las pinturas al pastel.— Al levantar un tanto la crujiente falda de seda verde, rebordada de encaje rojizo, lucía una mano chiquita delatada por el guante de Suecia, y enseñaba el pie calzado con puntiagudo zapato y preso en la media de seda negra, casi transparente, rielando sobre el empeine curvo, de española. Embelesado la miraba Pedro, sin fijarse en la compañera, más alta, trigueña, ni fea ni hermosa, de busto gallardo, empaquetado en una original cotilla de terciopelo naranja, recamada de turquesas falsas y lentejuelillas de acero. "El caso es—discurría Pedro—que, no fijándose en lo insolente de la *toilette*, cualquiera las toma por damas principales. Pero ¡quíá! Con ese avío..... Y me miran; se fijan en mí; se sonríen..... Se dan al co-do....."

La voz aguardentosa y ruda del carabinero, obligó á Pedro á despreocuparse de las viajeras. "¿Tiene usted algo que declarar?" "Sí" respondió con lisura. "No algo, sino bastante. La ropa blanca del baúl grande es nueva casi toda..... Hay ahí armas sin probar..... También algunos objetos..... El tintero..... el cartapacio..... Y de la ropa de paño, yo diré qué prendas no se han usado aún....."

—¡Ah!—exclamó con extrañeza el carabinero, que en aquel punto descubría el baúl alzando torpemente su bandeja, con movimientos apelmazados.—Pues la ropa blanca..... si usted no lo dice.... Como ya viene planchadita....

—No la he puesto nunca—respondió el mozo,—y por consecuencia..... Además, petacas y bastones.....

El buen hombre alzó las cejas y meneó la cabeza.

—Vamos, es un cargamento lo que se trae usted..... Voy á llamar al vista, y tendremos adeudo largo. Haga el favor de aguardar.....

—¿Cómo adeudo largo?—protestó vivamente Pedro.—Agradecería á ustedes que abreviasen. Tengo que coger el tren y ya falta poco para la señal. Pago lo que corresponda, cerramos las maletas, y andando.

—Y se figura usted que eso puede ser por los aires? Media hora lo menos se gastará en adeudar.....—declaró el carabinero solemnemente.

—¿Pero no hay aquí—exclamó impaciente el joven—algún empleado racional que se haga cargo y me despache en un vuelo? A ver, yo indico los objetos; ustedes conocerán la tarifa.....

—Ch, ch, ch.....—articuló el carabinero con desesperante flema y descortés familiaridad.—Si tenía prisa..... no traer tanta divina cosa, señor.

—¡O no declararlas!....—añadió un acento irónico y suave á la vez, acompañando el dicho con una inteligente carcajada, seguida de otras, en escala, como gorjeos de ave canora y alegre.

Volvióse Pedro: eran las viajeras que se burlaban de él. Bajo los velitos de moteado tul, que envolvían en cándida niebla los rasgos de la fisonomía, la risa mofadora descubría los dientecillos, cavaba en las mejillas hoyuelos tentadores. La impresión estética no disminuyó la mortificación y el enojo de Pedro. Es más: el consejo que le daban tales risas le pareció propio de gente equívoca y baja. “¡No declarar! ¿Soy algún contrabandista?” El sentido de su educación inglesa, basada en el respeto al convenio legal, influía en él. “Lo que creí: palomas torcaces. Lo prueba esta misma confianza que se toman con un desconocido.....” Les lanzó una ojeada desdeñosa, creyendo así paliar lo ridículo de su situación. Las risas continuaban, plateadas y cortantes; y fustigado por ellas, á pesar suyo volvió Pedro á fijarse en la rubia, á distinguirla: estaba encantadora; un lunar de terciopelo del velito travesaba en su sien, levemente sonrosada por la animación de la broma, y sus facciones tenían el movimiento de una *terracotta* nerviosamente modelada.

Sin apresurarse acudió el vista, y su primer pregunta á Pedro tuvo la entonación desapacible y glacial de una reprimenda. “¿Es usted el que quiere aduanar género?” La rubia, por lo bajo, dijo á la trigüeña: “Ese, de seguro, estaba en sus glorias almorzando, y ahora el *milord* le chafa los postres....! ¿Será memo?” “¡Po-

brecillo!....”—repuso la trigueña.—“Ahí tienes, por portarse como un caballero.....” “Pues ya se vé—afirmó la rubia guiñando un ojo.—Para caballerías estamos.... Ea, vámonos, hija; ya tiene para rato tu Don Quijote..... A buscarnos un rinconcito cómodo.....” Volviendo la cabeza atrás, como el que sale mal de su grado de un teatro donde se divertía, las dos viajeras se encaminaron al andén, pasando tan cerca de Pedro que casi le rozaron con sus *ruge ruges* de seda y sus volanderas garzotas. “Pues no huelen á perfumería—discurrió el mozo,—ni gastan afeites ni arreboles..... Género de primera.....” Al producirse el contacto, la rubia murmuró con retrechera, no tan bajo que no se oyese: “Si este bobalicón de *extranjero* suelta á tiempo un par de duros..... coge el tren; ¡vaya si lo coge!” Dejando á Pedro atónito, apretaron el paso, desaparecieron por la puerta de cristales..... Quedóse el mozo de plática con el vista, el cual, positivamente malhumorado, fuese por los motivos que suponía la rubia ó por otros imposibles de averiguar, mostraba una sequedad y tiesura de mal agüero. Fue inútil que Pedro, primero afablemente y después en tono más apremiante y firme, le suplicase rapidez en la aplicación del formulario del adeudo. El tren se ponía en marcha trepidando, se quedaba sorda y solitaria la estación, cuando el empleado, con insufrible lentitud, empezó á desempeñar su cometido. Miró Pedro el reloj; eran las doce y veinte. Buscó después la Guía y la hojeó: el primer tren utilizable, á las seis de la tarde. Otro se descompondría, juraría, pronunciaría frases de acre censura y despecho. Pedro tenía, por virtud de ciertas enseñanzas recibidas, la costumbre de no gastar energías en balde; repugnábale además dar proporciones desmedidas á contrariedades pequeñas. Recobró su adquirida flema y se consagró tranquilamente á la tarea de desdoblar, desempaquetar y desenfundar su ropa, trastos y armas, auxiliando con la mejor voluntad aparente y la más estricta cortesía al empleado. Quería acabar lo antes posible para almorzar y aprovechar las horas sobrantes, contrapeso de la vida, en recorrer á pie las cercanías de Irún. Y fue el carabinero el que, apiadado, trocando la aspereza en benevolencia, aprovechó una vuelta del vista para susurrar á Pedro confidencialmente:

—Usted se hará cargo..... Lo que está mandado..... Nosotros..... lo que nos ordenan hacemos..... Pero, *si quisiesen*, ya podían haberle despachado antes.....

## II

## PERSONAL

El hotel nuevecito, flamante, de los duques de la Sagrada— que representan dentro de la grandeza española la preclara estirpe de los Noroñas y Sahagunes, enlazada con la no menos ínclita de los Cachupines de Laredo, ya linajudos en tiempo de Miguel de Cervantes Saavedra — no se eleva en la misma Concha de San Sebastián, sino pueblo afuera, camino de la residencia regia de Miramar— gozando de aires puros y de grato silencio semicampestre. “Siempre me encontrarán cerca de la monarquía,” suele decir el Duque, aficionado á disrequear y á jugar del vocablo, antaño sobre todo, cuando no le rendían los años ni le abrumaban los achaques. Tiene el hotel delante su verja negra y oro, cerrando una escalinata; su jardín de canastillas de *grass*, con las indispensables *musas* y las eternas coníferas, bien regadas y charoladitas; á la derecha del jardín las cuadras y cocheras, de estilo británico, amplias, suntuosas; á la izquierda un invernáculo reducido, de plantas de hoja rara, pintorreada y velluda, que el jefe de comedor saquea para armar sus centros de mesa, y la camarera mayor para poblar las jardineras de los tocadores.

Interiormente, la mansión ducal,—sin lujo asiático ni maciza suntuosidad,—es coquetona, atractiva, decorada con acierto y gusto. Ha madrugado allí la moda de las telas claras, de colorido armonioso, y de los mobiliarios blancos y ligeros; la proscripción del *bibelot* barato y el buen sentido de la colocación agradable y de las líneas graciosas, sin exageradas pretensiones artísticas.—Hay una sala Luis XV, un gabinete María Antonieta, una galería y un comedor Imperio—todo sencillo, caracterizado únicamente por algunos muebles fielmente reproducidos, pero que no aspiran á engañar á ningún conocedor, y por la discreta elección de adornos y cortinajes. Diríase que han querido los Sagrada desquitarse durante la época del veraneo del empaque y tiesura señorial de su caserón en la corte. Verdad es que el mobiliario del caserón proviene de los padres y abuelos del Duque, mientras el cuco hotel de San Sebastián se ha

arreglado á gusto de su nuera, la jóven y mundana Condesa de Lobatilla.

Sentados á la mesa sorprendemos á los varones de la familia de la Sagrada y á varios íntimos comensales; las señoras faltan; se almuerza sin ellas. Ocupa la presidencia el Duque, don Gaspar María de Noroña Sahagún Mendoza y Zurita de los Canes, acentuado tipo español, cabeza goyesca, de manolo de 1808, que guarnecen pobladas patillas grises; de enarcadas cejas, nada alegre de ojos, fisonomía grave, semitriste, de las que tan frecuente es encontrar en hombres chuscos y donairosos en la conversación, que subrayan el chiste y la bufonada con una seriedad imperturbable y no celebran jamás sus propias ocurrencias. A la diestra del Duque se sienta, en ausencia de su pupila Rafaela Serriñó, el capellán, don Domingo, á quien el Duque llama *don Cuotidiano*,—porque la misa es diaria en el exiguo oratorio del hotel.—A no ser por los latines del santo sacrificio, y los de la bendición y acción de gracias á las horas de comer, las ondas sonoras del aire ignorarían la existencia de don Cuotidiano, “la menor cantidad de capellán posible” en opinión de la nuera del Duque, que no dejaba de añadir “el bello ideal del capellán, por consiguiente”.

En la presidencia frontera se arrellana la oronda humanidad de don Servando Tranquilo, eminencia política un tanto borrosa en punto á principios, y en cambio perfectamente definida tocante á personales aspiraciones. Los historiadores venideros se darán de calabazadas si pretenden inquirir qué representó don Servando en la existencia de la patria, desde 1885 á 1897, y por qué esa patria manirrota y bonachona le prodigó cuantos honores, distinciones y cargos bien retribuídos pueden simultáneamente recaer en un ciudadano. Amaga ahora su cuello el borrego de oro', conquistado harto más descansadamente que ganó Jasón el vellocino de la Cólquida, y don Servando espera á que pase el animalito para meterlo en el redil. El atracón de brevas—la frase es del Duque—no altera las plácidas digestiones de Tranquilo. “Con las brevas, vino bebas” murmuraba don Gaspar al servirse el rancio Borgoña. Y Tranquilo, recogiendo la alusión plácidamente, respondía: “Mire usted, aunque sea sin vino..... las brevas no hacen mal estómago”.

A la siniestra de don Servando, el segundón de la Sagrada, Carlos Borromeo, en quien ha recaído por cesión del primogénito

el título de Vizconde de la Gentileza, título muy viejo en linaje, muy histórico en Andalucía—pero..... La cabeza de Borromeo Noroña, sentado y todo, apenas llega á los hombros del corpulento don Servando; su rostro, caricatura del moreno y castizo semblante paternal, es verdoso, consumido, y tiene ese sello de ansiedad que se observa en los jibosos; la deformación de su pecho y su espalda es bastante visible. Borromeo tiene, á pesar de todo, dos cosas buenas: los ojos, árabes, de terciopelo, y las manos largas, inteligentes, de marfil.

Al otro lado de Tranquilo, el mayor, sucesor en el ducado: Mauricio, Conde de Lobatilla.—La raza ibérica no es muy escultural de formas, ni muy pura; africana en su origen, no ha recibido acaso—hay que irse con tiento en tan arduas cuestiones—bastantes elementos indoeuropeos para descollar por hermosa; sólo por excepción produce un ejemplar comparable al primogénito de Noroña Sahagún. “Estampa así, ni el caballo de bronce”—afirmaba el Duque.—Proporcionada la estatura, el rostro tan simpático que hacía perdonar algo más imperdonable que los defectos—á saber, la excesiva corrección y pureza de las facciones;—los cabos, de intenso y rico tono castaño oscuro, abundantes, á maravilla dispuestos y como trazados por mano de diestro pintor, en arcos de cejas y pestañas, en arranques y picos vigorosos y delicados á la vez, de barba y pelo; la palidez mate, blanca en la frente, azulada en las sienes, casi dorada en las mejillas; el tronco revelando, aun bajo la vestimenta de nuestro siglo, que parece discurrida adrede para encubrir imperfecciones y tapar grotescas formas, rara perfección y viril gallardía;—todo este conjunto de prendas físicas que había debido hacer de Mauricio, á los veinticinco, un guapísimo joven, hacia ahora, á los treinta y cuatro, algo más interesante aún: una figura de novela, expresiva, con huellas de un sentimiento profundo, que así podía ser pasión como desengaño. Estas señales de combate interior quitan á un rostro hermoso la vulgaridad, lo afinan, lo alumbran con luz sentimental, lo elevan á lo sublime. Además, Mauricio, calumniado por su incorregible padre, que le comparaba á un corcel, y de metal, no era un buen mozo basto; poseía también la nativa distinción, el aire, el señorío; y cuando en alguna arcaica ceremonia de las Ordenes cruzaba el templo, arrastrando su blanco manto de santiaguista, tocada la cabeza con el

romántico birrete, lo que en otros parecía grotesco disfraz ó traje de ópera, en él era como legítima restitución de ambiente, como fondo natural de la apuesta y aristocrática figura. Cualquier movimiento de Mauricio,—su modo de dejar el cigarro en el cenicero,—decía á gritos: “Soy bien nacido; tengo quinientos años de raza.”

Ver juntos á los dos hermanos, Mauricio y Borromeo, hacía presentir un drama, de esos que tienen por escenario el corazón —si es que en el corazón radican efectivamente los sentimientos de cariño, y los de odio por consecuencia.—Sin saber lo que luchaba en los espíritus, los cuerpos contrastaban de tan violento modo, que era trágico. Hermanos tales no podían vivir bajo el mismo techo, sin que la continua herida del amor propio vertiese negra sangre. Dos circunstancias hicieron imposible que se cerrase un momento: las inconsideradas agudezas del Duque y la malhadada coincidencia del título que Borromeo llevaba. Don Gaspar era capaz de esgrimir el puñalico de su ingenio contra sí mismo, y no sabía envainarlo para no traspasar á Borromeo; el estribillo de sus crueles humoradas, era el retruécano basado en el título. “Gentileza, pareces un mochuelo..... Gentileza, á ver si puedes enderezarte....” ¡Si se supiese lo que encierran las breves sílabas de un nombre! ¡Si se conociese el alcance mortal de la ironía que va envuelta en su sonido! Por borrar para siempre del aire el rastro fugacísimo de aquel vocablo que era una mueca, una sardónica burla, ¡Gentileza!—daría Borromeo toda su sangre, la mitad de los años que aún le quedaban de arrastrar la vida..... Hay gente que sería buena, tierna, generosa, sensata, si no hubiese oído nunca resonar ciertas risas. La risa destila veneno de áspides.

Dos comensales más; un amigote de Mauricio, Leoncio Boltaña—á quien un cronista de provincia calificó, incurriendo en bárbaro galicismo, de *hombre de caballo*,—y Celso Colmenar, familiarísimo del Duque. ¿Quién no conoce á ambos en el Madrid ocioso, y en esa prolongación estival de Madrid, que el mismo cronista designa con el nombre de *bella Easo*? Boltaña es el *doctor admirable* en cuestiones ecuestres, Colmenar el *doctor irrefragable* en puntos de tauromaquia. No obstante, la privanza de Colmenar en casa de Noroña no se deriva del placer que sentía el Duque, inteligentísimo también en cuanto se refiere á la fiesta nacional, al ocupar su contrabarrera en tan sabia compañía. Orígen más alto y trascen-

dental tiene, hay que reconocerlo; remóntase á tiempos anteriores á la Restauración, en que el taurófilo iba y venía á París con misiones y encargos reservados, que le daban entrada franca en las más inaccesibles mansiones de la grandeza. Si Colmenar nació ó no nació en las pajas; si su madre ejercía el oficio de pupilera; si su padre era un honrado veterinario; si él mismo, en los albores de su colaboración á la historia de España, llevaba aún los dedos pringados de vender butifarra, en una tienda de ultramarinos..... puntos son que ni quitan ni ponen. Hoy Colmenar pisa las alfombras de Palacio, es gentilhombre de casa y boca, y se sabe de memoria las precocísimas espontaneidades del gracioso Reyecito, lo mismo que antes repetía y comentaba las felices salidas y los oportunos juicios del malogrado monarca á quien había servido activamente en la penumbra. Para un almuerzo de confianza, otros convidados menos agradables que Colmenar se han visto. Como que estaba al tanto de la vida y milagros de toda la corte no celestial, y de bastantes menudencias político-chismográficas. Un solo defectillo se advierte en Colmenar, defecto que al aire libre no molesta, pero que, bajo techado, es un castigo. "La verdad—exclama el Duque así que Colmenar vuelve la espalda—á éste no digo yo que no le hiciese gentilhombre de casa; pero de boca..... ¡como primero no fuese á dragársela y á limpiarse los fondos con el mejor dentista.....!" Y apenas Colmenar aparece, ya está don Gaspar sacando del bolsillo un amplio pañuelo con gotas de Rimmel, y ofreciendo al taurófilo una fuerte pastilla de menta, en tono coercitivo.

### III

#### CENTELLITAS

La conversación prorrumpió con ciertas observaciones, entre encomiásticas y críticas, que hizo el Duque á la lista de platos. Sin meterse en si es ó no elegante consultar esa cartulina—golosos y glotones de altísima escuela afirman que conocer la lista de antemano es cohibir el ensueño gastronómico y además poner en duda la infalibilidad del jefe—don Gaspar nunca perdonaba el *menú*: servíale de guía para hacer ciertas concesiones al método que

los facultativos le mandaban seguir, temerosos de que la gota subiese de las extremidades á los focos de la vida. Cuando se quejaba—con efusión y verbosidad de egoísta, que impone á los demás lo que á él solo interesa—don Servando Tranquilo, siempre chancero, citaba con énfasis:

«Ya me comen, ya me comen  
por do más pecado había.....»

Bien había pecado por el estómago el Duque, merecedor de largo ayuno en el círculo dantesco.—Mientras ponía en las nubes los huevos á la rusa, revueltos con caviar—receta de Mirovitch, el secretario de la Embajada—Boltaña se descolgó protestando de que ni con caviar ni con gloria divina tragaba él á las rusas; y como, efectivamente, las diplomáticas moscovitas de la colonia veraniega no eran cosa de gusto, rió Colmenar y sonrió benévola mente don Servando. Mauricio, ceñudo, desganado, ni atendió ni quiso servirse. Procedía su mal humor de que él prefería esperar á su mujer aunque fuese hasta las dos de la tarde; no era comilón, y la impaciencia le quitaba el ya escaso apetito. El Duque le interpeló.

—Porque te dejes morir de hambre, cabeza de estudio, no añades carbón el maquinista..... Pues si fuésemos á sujetarnos á las horas del tren..... esta casa sería la fonda de la estación. Las señoras, hace más de una semana en Biarritz, á vueltas con los trapos; el sobrinito siempre amagando llegar y no llegando nunca.....

—¿Has tenido carta, papá?—preguntó con interés Borromeo.

—Desde la última de París..... ¡Una quincena de fecha! ¡Bah! Que venga cuando le dé la ventolera..... Así como así.....

—La mía es más reciente—dijo Borromeo.—Del 11, y estamos á 16..... No fijaba día.

—¡Naturalmente!—declaró el hípico, que en sacándole de su especialidad, no decía sino patochadas.—¡Que suelten en París á un muchacho con *guita* y al momento se recoge al hogar paterno de su tío!

—Estará en París como el ratón en el queso—corroboró D. Servando.

—Tan ricamente—asintió Colmenar.

—Pues no saben ustedes lo que se pescan—replicó Borromeo, que generalmente desestancaba la bilis disputando con los convi-

dados, ninguno santo de su devoción.— Confunden ustedes á Pedro con los niños de la goma. Se les figura que estraga en París la vida y despabila el dinero, como harían los monines que conocemos todos. Lo menos se creen ustedes que se pasa las horas muertas admirando el rabo de un potro, ó tirando de la oreja á Jorge en algún club.....

Al hablar así, Borrromeo fijó en la cara de su hermano los ojos negrísimos, y recogió y saboreó rápida expresión de sufrimiento.

—Pedro—continuó con vehemencia—les va á dejar á ustedes turlatos. Les parecerá un bicho raro..... Van ustedes á presumir que viene de otro planeta. No acertarán á comprenderle..., porque es... ¡un hombre!

Con entonación insolente Boltaña profirió:

—¿Y qué somos los demás, sabandijas?

—Tú..... eres centauro—repuso prontamente Borrromeo.—Para encontrarte cabal necesitas cuatro patas y cola.

—¡Anda, venenoso!—refunfuñó el *gentleman ridder* entre dientes, sin saber si debía enojarse de veras.

—Clasifíqueme usted, Vizconde—suplicó reposadamente D. Servando Tranquilo.

—Usted.....? pero si ya estaba usted clasificado, ¡y por Linneo! Es usted rana..... de brillantes y esmalte verde. ¡Qué honor! En la colección zoológica del guardajoyas de una dama, que tiene un arca de Noé de pedrería, figura usted entre los batracios..... Algunos aseguran que usted no es rana; pero la mayoría está conteste en que sí. No ha ascendido usted á lagarto. Se espera que antes le promuevan á borrego.....

Después de andanadas por este estilo, Gentileza se quedaba algo aliviado; en cambio el Duque, que se creía único poseedor del derecho de arañar, y realmente no arañaba tan sangriento, lanzaba á su hijo una ojeada fulminante, y cambiaba el giro de la conversación, generalmente en tono desdeñoso para Borrromeo.

—A ver, sabiondo—articuló remedando el cadencioso tonillo de los actores que representan papeles de chulos,—entéranos de por qué el Niño es todo un hombre y los demás, por lo visto, bichos del Museo..... Señores—añadió, recobrando su natural pronunciación, castellana fina y correcta,—la verdad es que mi sobrino, con tanto estudiar y tantos requilorios y exquisiteces, debe de tener,

por fuerza, la cabeza lo mismo que un bombo americano. Sabe Dios si á fuerza de libros me le han vuelto tonto de remate.... (Esto de la tontería pegada por los libros era para don Gaspar artículo de fe.) De cuantos sabios conozco, sólo no es pedante Cánovas..... En fin, no es culpa mía si el Niño.... Debe de venir lleno de aprensiones y de manías contra todo lo de su tierra.

—Error craso.....—interrumpió Borromeo.

—Error obeso se dice. Sé bien parlado—advirtió Boltaña, con una risotadita.

—Obeso, adiposo ó como te dé la gana, Cervantes..... Entérense de que Pedro, al contrario, siempre me escribe que sueña con España, que es su mayor ilusión vivir aquí, y que se creerá en el quinto cielo cuando lo realice.

—¿Y por qué no lo ha realizado ya?—objetó don Servando.—Supongo que no está sentenciado á extrañamiento.....

—Pues lo estaba—advirtió el Duque.—¿Qué quieren ustedes? Cosas de mi hermana Anita, que fue mujer de gran talento, ¡eso sí!, pero rara..... Dios nos asista si el chico sale á su mamá. Como ella y yo quedamos huérfanos tan chicos, Anita cayó en poder de una famosa aya irlandesa, que vino recomendada á O'Donell y que él nos metió en casa..... Se alababa de parienta del General: familia antigua. Pues mi Anita tanto se encariñó con la *Odónela*, que al casarse con don Pedro Arbués Niño de Guzmán y Leiva,—de la misma pata derecha del Cid, y rico, pero señorón ya talludo,—se llevó á Sevilla á su miss ¡Miau! indispensable y allí la tuvo consigo como tendría á una madre, hasta que se murió de vieja..... Nace este chico y ¡claro!, la papilla debió de dársela miss ¡Miau! que también le zagalearía.

Riéronse todos, excepto Mauricio, que no quitaba ojo al característico reloj de bronce y mármol, donde el Tiempo, inflexible, alzaba su guadaña y empuñaba su clepsidra. Las dos menos veinte, y el tren llegaba á las dos y cinco..... ¡Todavía, entre unas cosas y otras, media hora lo menos!

—Anita—prosiguió don Gaspar,—así que se quedó viuda, se marchó con el unigénito á Inglaterra. Claro: ¡aquél clima infernal! Casi inmediatamente una pleuresía..... y al otro mundo. Yo iba á hacer lo natural, señores; traerme á casa al chico, que estaría en sus nueve años..... Cátate que se abre el testamento de mi hermana, y nos

encontramos unas disposiciones perentorias, que el nene se educase fuera de España hasta los veinticinco y que dirigiese su educación un cuñado de la Odónela, un irlandés estafalario que por poco entra jesuíta..... Cumplimos religiosamente los deseos de la madre. Entre colegios británicos y Universidades germánicas y ese ayo tan elevado á la raíz cuadrada de lo sublime, buena le habrán puesto la chola á mi sobrino. Eso sí, dicen que rema, que boxea, juega al *foot* y al polo y hace todas esas hazañas de mozo de cuerda, que ahora son moda. Aquí, si tiene puños, le enseñaremos á derribar; ¡por vida de los apóstoles! A los veintitrés podía haberse venido ya; era dueño de su caudal y de su personita..... Se lo escribí. No quiso. Había de cumplir el programa de su madre..... Diga lo que diga ese termómetro sin azogue—añadió el Duque, señalando á Borromeo,—las ganas de venir á España no deben de sobrarle. En Julio hizo los veinticinco; estamos ya en Septiembre..... Se ha entretenido en Bélgica y Holanda, después en París. ¡Vendrá por la Pascua..... ó por la Trinidad!

—¿Qué apuestan ustedes á que no tarda ni ocho días?—porfió Borromeo.

—¿Te lo ha escrito? Porque entonces, no apuesto.....

—No; repito que no señalaba fecha..... Tengo presentimiento. Veremos si me engaño.

Encogióse de hombros Boltaña, que no creía en presentimientos ni cosa que se parezca; alzó más las melancólicas cejas el Duque; y don Servando—rompiendo el pasajero silencio que coincidía con la aparición gloriosa del jamón en salsa de trufas al madero, dulce y cruel tentación para don Gaspar, que solía expiar la flaqueza de disfrutarlo con rabiosas dentelladas en las articulaciones de los pies—preguntó en el tono que en sociedad se emplea para aparentar interés por lo que realmente nos tiene sin cuidado:

—¿Y el Niño..... va á vivir con ustedes?

No fue el Duque, sino Mauricio, quien, desde lo alto de su entrecejo, se apresuró á decidir:

—Imposible..... Aquí en San Sebastián, no digo; pero en Madrid, ya ve usted; para un muchacho, la vida de familia sería una sujeción.....

—¡Bah! ¡La vida de familia que se hace en casa!.....—objetó malignamente Borromeo.

—¿Querías que nos pasásemos las noches alrededor de la camilla, jugando á la lotería de cartones?—saltó Mauricio.

—No, si ya sé que esos juegos no te divierten—replicó incisivamente Gentileza.

Esta vez, la ojeada sombría del padre fue para el primogénito. La alusión del menor le despertaba desagradables reminiscencias de pagos recientes. A fin de consolarse condescendió con la gula, sirviéndose firme ración del aromático plato, cuyas emanaciones le cosquilleaban voluptuosamente en la nariz y le humedecían y estremecían el paladar; y, trinchando despacio, murmuró:

—Yo no me opongo á tener conmigo al hijo de Anita; pero realmente, estando en casa Gelita, soltera....! Además, Pedro ha de querer arreglarse en Madrid su *garzonería*, como ustedes le llaman..... con aquello inevitable del trofeo en la pared, y del diván ancho para fragilidades y soponcios.....

El puff! que ahogó con la servilleta Boltaña, el malicioso guiño de don Servando hacia el capellán,—el cual, impasible, ni parecía que se enterase de la libre conversación, y únicamente bajaba los ojos y comía más aprisa,—avisaron al Duque, que se dió, con chuscada mejor infantil que senil, una palmadita en los labios.

—¡Empeño de dibujar en caricatura un Pedro que no existe!—exclamó el sobrio Borrromeo tomando la ampolleta, mientras los demás, excepto Mauricio, se entregaban al jamón.—Pedro es otra cosa distinta; Pedro no viene á pintar la cigüeña en Madrid, ni á armar panoplias cursis con espadas de zinc y corazas de lata..... Quiere estudiar á España, recorrerla, registrar, como él dice, el solar de sus antepasados; no de los antepasados de su linaje, sino de los antepasados nacionales, —nuestras glorias.....—¿Á que se rien ustedes de esto?—No esperen que se pague de futilidades y vanistorios. Le importa un rábano la vida *smart*. Otros son sus gustos, y así que venga, las primeras palabras que diga y las primeras acciones que ejecute, van á estar en abierta contradicción con lo que otros harían si se viesen en su caso. No entiende él, de seguro, las diversiones como mi hermano y mi cuñada; ni la política como usted, Tranquilo, ni los negocios como usted, Colmenar; ni siquiera los caballos como tú, Boltañita..... Ese ayo que llevó el timón de la educación de Pedro, y que aquí le pintan chiflado, era en realidad un hombre de gran mérito, religioso, ferviente, místico, artista.....

Tomó á Pedro cariño entrañable, y Pedro le miró como se mira á un padre, cuando es padre del alma y del cuerpo á la vez.....

El acento estridente y punzante de Borromeo distrajo al Duque de sus delicias gastronómicas y le hizo exclamar:

—Si ese O'Neal educó mal á mi sobrino..... como ya está en el otro mundo, vaya usted á pedirle cuentas!

—A Dios las habrá rendido—contestó seriamente el giboso.

—Y si nos ha formado un Niño apestoso ó insufrible—declaró don Gaspar haciendo imperceptible seña para que volviesen á pasarle la fuentete del jamón— se las ajustaremos nosotros á su sombra. ¡No faltaba más! Que no nos envíe el difunto mister O'Neal un lila, que aquí ya hay bastantes..... Que nos mande un muchacho vivo, despabilado, alegre, poco gazmoño..... Como el rey Alfonso, que ¡por vida de los moros! tenía más talento que todos los irlandeses juntos, y la sal de Torre vieja..... Colmenar asintió, —¡Aquel sí! repetía, ¡aquel sí! No era para el mundo.....

#### IV

##### REGRESO DE LAS CONTRABANDISTAS

La conmemoración del agosto muerto cerró la discusión sobre el Niño, y otra cuestión más actual volvió á agitarse. Los ojos de Mauricio seguían clavados en la esfera del reloj, y no ciertamente por admirar sus auténticas cinceladuras del Imperio. Marcaba los dos y diez y ocho... Y Borromeo, sintiendo renovarse el prurito de atormentar, antes calmado por su efusión al hablar del primo Pedro, insinuó como al descuido:

—Pero, Mauricio, ¿qué le pasará á tu señora? ¿Rusia y otras potencias extranjeras la tendrán cautiva en Biarritz?

—No seas plomo—respondió alzando los hombros el mayor.—Ya poco tardará tu futura, tu Gelita. Nadie te la roba.....

—Y si alguien quisiese robármela—replicó Borromeo,—no creas que perdería horas en tirar al blanco.....—¿Sabe usted, Tranquilo, un hecho curioso? En las salas de tiro suelen comparar cartones..... Y el *record* pertenece, no á los galanes buscarruidos, sino á los maridos celosos.

Mauricio crispó los labios, contrajo la frente. El ataque era directo. Aun creía percibir el olorcillo á pólvora quemada de que im-

pregnan la ropa los ejercicios á que había dedicado hora y media, según reciente costumbre..... El despecho le dictó una réplica brutal.

—Estás mal informado, hermano..... Tú no sabes lo que es un marido celoso, y.... es natural que no lo sepas. ¡Si casi te sostengo que no los hay! El que lo fuese con fundamento y no hiciese lo que debe hacerse..... sería, no ya un celoso, un bellaco, ahí verás tú, nada más que un bellaco..... Esos cartones no serán de *maridos celosos*, criatura, sino de hombres prevenidos que, sin tener celos, se preparan á no consentir que los demás insinúen siquiera que los tienen.....

La copa de agua que Borrromeo alzaba se inclinó, y unas gotas cayeron sobre el mantel. Hubo en la mesa otro silencio tormentoso, difícil. Don Servando echó por los cerros de Ubeda, á trueque de variar de asunto.

—Duque, este Jerez tan fragante me parece una cara conocida.... ¡Bah! ¡Tonto de mí! Pero si debe de ser Niño de Guzmán... De las bodegas del sobrino.....

—Por cierto, y de la cosecha del año que murió el pobre Rey,.... ¡Cómo pasa el tiempo! Ya es un Jerez rancio..... No hay otro como el Niño de Guzmán, de la célebre solera *Carcamala*..... la más veneranda de las soleras andaluzas. El Jerez acabado de fermentar y trasegado á la Carcamala, echa canas en el acto..... Esto es néctar..... Con *sherry* por el estilo Pedro, puede darse tono en Inglaterra—añadió el Duque poniendo al trasluz la copita muselina llena de líquido topacio.

Chasqueaba la lengua Tranquilo y pedía más Jerez, con la libertad propia de un almuerzo en que no había otras faldas sino las del capellán, cuando estremeció los vidrios el rodar de un coche; se oyó bullicio en el vestíbulo, taconeo fuerte en la escalera, risas en la antesala, puertas empujadas con vivacidad, y dos señoras hicieron irrupción en el comedor. Mauricio se levantó de un salto, los convidados se deshicieron en saludos y bienvenidas; Tranquilo, galante, cedió su presidencia á la más bajita de las dos damas, que vino así á quedar á la derecha de su esposo—pues las recién llegadas eran Bernarda Zárate, Condesa de Lobatilla, y Rafaela Serriñó Zurita, pupila y sobrina no muy cercana de don Gaspar—para sus amigos, Narda y Arcangelita, ó Gelita, más sucintamente.

No por tomar asiento cesó su alborozo; venían de evidente buen temple, y lo traían de fuera, como las brisas del primer mes del verano traen el olor de las abiertas flores. “¿Pero no les hacemos á ustedes tilín?” parecía decir con su actitud y sus parleros ojos claros, la rubia Narda. Antes de separarse dirigió á cada uno de los presentes una retrechería zalamera, zarpadita de gata blanca de aterciopelada piel. Echó á su suegro un beso volado; hizo á don Servando un gestecillo truhanesco, remozador; sonrió, como sonreiría un camarada *en sport*, á Leoncio Boltaña; y hasta á don Domingo, el clérigo mudo, le lanzó un “felices, Padre capellán”, que animó un instante vagamente aquella faz de yeso. Pero la caricia verdadera de la actitud y de la voz, la coquetería suprema, reservóla Narda ¡quién lo duda! para su marido. Halagüena dulzura ablandaba su voz cuando susurró:

—Hola, Mauricio mío..... ¿Qué tal lo has pasado? ¡Si vieses qué mal se almuerza en Irún! Por caridad, vas á darme una tacita de te, servida por tí, azucarada por tí.....

Interrumpió este meloso cuchicheo don Gaspar, que poniéndose la diestra delante de los ojos, á guisa de pantalla, exclamó enfáticamente dirigiéndose á los dos jóvenes:

—¡Pero, micas-monas!—(solía llamarlas así)—¡Cómo venís! Me deslumbráis.

Lucían, en efecto, aquellos trajes de exagerada elegancia con que las hemos conocido en la estación de Irún. Narda, de seda color *agua marina*, con larga estola flotante de encaje rojizo, y orlado de oleaje espumoso de plumas verdes el tocado de paja de Manila; Gelita, con su cotilla naranja bordada de turquesas y su sombrero azul, colores favorables á su trigueña tez.

—Venimos de Carnaval—confesó Gelita.—Por eso nos reíamos al subir la escalera. “¿Qué dirán?” pensábamos nosotras. “¡Vaya un pergeño para camino!”

—Bueno dejaréis á Biarritz..... ¡Cómo tendrá el cuerpo la franchuta!

—Loca la hemos vuelto á la pobre madame Panache.....—asintió Narda.—Ya no sabía cómo echarnos. Todo se le volvía: *Donc, madame la comtesse.....*” ¿Te acuerdas, Gelita? El último día, cuando bajábamos la escalera, la oímos que decía dejándose caer en la butaca: “*Ouf! J'en ai plein le dos!*”

—Y no hay más remedio que marearla así—exclamó Gelita—porque, mientras conserva la sangre fría, no se hace carrera de ella. Esta coraza que véis..... si no son los pases de muleta de Narda, me cuesta cuarenta duros más.

—Anda, que tú eres una infeliz..... O sueltas redondamente lo que te piden, ó te largas resignada, pian pianino.....

—La verdad—reconoció Gelita—me cansa tanto regateo, tanta triquiñuela..... Si no fuese por los Mirovitch y los Santa Elvira, que nos acompañaron y nos llevaron en coche al Refuge, á ver las monjas cartujas..... ¡La francesa dirá que la mareábamos, pero yo traigo una jaqueca..... Luego, venir de esta facha así, en ferrocarril..... Borrromeo, hijo, ¿me prestarás una dosis de antipirina?

—¿Qué antipirina?—respondió el mal configurado, que desde la aparición de Gelita había cambiado de aspecto, y mostraba no disimulado regocijo.—Ya nadie usa eso; es muy dañoso.... Si continúa te daré otra cosa mejor, la lactofenina.... Pero, ¿por qué os vinisteis así, de máscara?

—¡Bonita pregunta! Para aprovechar el viaje.....

—¿Aprovechar? repitió Borrromeo.

—¡Qué pasmarotes! No entienden...—gorgueó alegremente Narda.

—No lo dirá usted por mí—advirtió Colmenar.—Yo soy un sabueso de la frontera, la he cruzado más veces que canas peino, y sé lo que *aprovechar* significa. Aprovechar..... es pasar por alto todo el taller de Madame Panache.....!

Un guiño adorable de la Lobatilla dió la razón al exviajante en conspiraciones.

—El caso es que parecíamos mascarones..... ¡si es que no parecíamos otra cosa peor.....! Nos miraban..... ¡Jesús!, y cómo nos miraban! Hasta los carabineros.....

La algazara de la concurrencia, en general, se redobló con este detalle; sólo Mauricio, nervioso, atormentó su barba de seda y arrugó la frente, y Borrromeo hizo un gesto de contrariedad.

—Te acuerdas, Arcángela—prosiguió la loquilla recreándose calaverescamente en su aventura—de aquel inglesito de la estación de Irún? Vamos, que aquel..... nos tragaba con los ojos.

—Hija del alma—objetó tranquilamente Gelita—el pobre muchacho nos miraba con envidia, porque el registro le hacía perder el tren, y mientras á él le estaban armando un tinglado de adeudo

que espantaba, nosotras paseábamos nuestro contrabando y llegábamos á tiempo..... ¡Bonita idea formaría de nosotras!

—Perdió el tren porque quiso, el mentecato!

—No; seamos justos..... Por conducirse decentemente.

—Vamos, don Servando, ¿no tengo razón? Un cuitado de un inglés que se empeña en declarar nuevo lo que iba á pasar como usado!

—Merecía su suerte por badaluque el inglés—declaró risueño el personaje político.

—Pues ni era inglés—afirmó Gelita—ni le creo badulaque, con permiso de usted, don Servando..... ¿Manda ó no manda la ley que se paguen los derechos? ¿Es bonito pasar matute? No me convenzo. Yo estuve por apretarle la mano á aquel caballero cumplido y decirle: “Muy bien; si todo el mundo fuese como usted”.....

—¡Adiós, Cabriñana!—dijo Narda rebotando risa.—¡Mire usted que puritanismos con el Estado! El que roba á un ladrón..... Lo que dirían los empleados al ver la terquedad del inglés: ¿te gusta pagar y perder el tren? Pues, monín, paga y pierde.....

Borromeo, entretanto, había preparado á Gelita, amén del medicamento, una taza de té, y á pretexto de que la tomase en paz, se llevó á la joven desde el comedor á la galería que dominaba el jardín, y formaba una reducida estufa, sostenida por columnitas jónicas y decorada con guirnaldas de dorado laurel, palmas y rosetas egipcias. Una vez allí, puesta la taza sobre un velador, al amparo de un ligero biombo de bambú, el segundón de Noroña puso un dedo sobre sus labios, y sacó del bolsillo ancha cartera, de la cartera una fotografía. Los ojos oscuros y dulces de la trigueña brillaron; sus mejillas se encendieron, su pecho se agitó.

—¿Es el retrato?

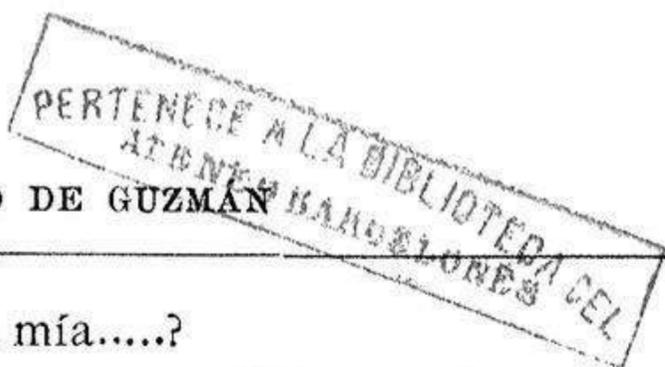
—Vaya! Por fin..... De París me lo envía, nena! Y espero pronto al original! Me lo da el corazón..... ¿Y esa jaqueca?

Gelita avanzó, se inclinó sobre el hombro de Borromeo para mirar la tarjeta..... Un grito leve se ahogó en su garganta.....

—¡El de Irún..... El de la estación! ¡María Santísima!—balbuceó, aturdida de sorpresa.

—¿De veras? ¿Estás segura?—articuló Borromeo, no menos atónito.

—¡Vaya! el mismo... el mismo! Ya ves tú... ya ves si me fijé en él. ¡Es el que perdió el tren, el que nos miraba!



—¿Y te fue simpático, nenita mía.....?

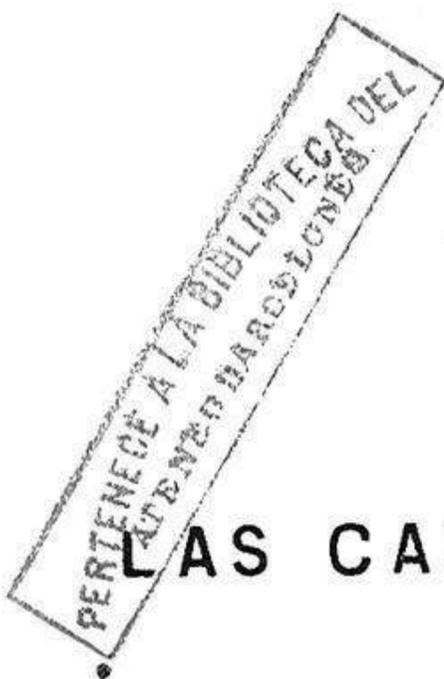
Carmín más vivo tiñó las morenas mejillas, y el corazoncico, bajo la cotilla de terciopelo de bizantinos recamos, brincó un poco..... Borrromeo y Arcángela permanecieron así, uno frente al otro, irradiando un mismo afán, un mismo deseo: su mutua sonrisa misteriosa fue como enérgica seña recomendando cautela suma. Gelita cogió aprisa la taza de té y se quemó con la primer cucharada....

Mientras en la galería se conspiraba, otra escena íntima y curiosa se representaba en el comedor. Los convidados, ya de pie, decididos á fumar, dejaban solo á Mauricio, ocupado en servir á su esposa. Al principio lo hizo con material cortesía, pero con cierta bronca esquivez; así que Bernarda, aprovechando el momento, se le acercó, rozándole casi, embriagándole con el sutil aroma de su ropa, acariciándole las sienes con el plumaje aéreo de su capotita y el imperceptible y suave flotar de sus ricillos rubios,—ligero movimiento de despecho del marido delató la victoria de la mujer. La mirada de Mauricio se enturbió; la respiración se hizo afanosa: todo indicó que actuaba el poderoso filtro. Cuando, al inclinar la tetera de plata repujada, el chorro de la cálida infusión cayó en la taza de porcelana china, los dedos del rendido Mauricio buscaron los de Narda, y eléctrico roce fijó é inmovilizó las dos palmas estrechamente unidas, como palmas de enamorados que por primera vez logran una caricia furtiva, deleitándose en prolongar el apretón, olvidándose de todo. Los rayos de las pupilas también se confundieron: el varón no se cansaba de detallar la seductora figura de la mujer, y ésta, á su vez, subyugada, se complacía en aquella notable hermosura varonil. No había ternura ni piedad en las ojeadas que se cruzaban como floretes deseosos de herir la carne; había, sólo en Narda, delectación, que por ser conyugal era lícita, y en Mauricio una especie de extravío, forma del amor violento cuando no lo sanciona el alma y cuando los celos lo encienden con su tizón infernal....

Don Servando dió un codazo á Boltaña, diciendo:—“¡Qué idilio!” —Y el hípico se encogió de hombros, con desdén de persona superior á ciertas debilidades:—“Lo de siempre... lo de siempre... Pues Mauricio estaba furioso...”

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará.)



## DE LA GUERRA

---

## LAS CAUSAS DEL DESASTRE

---

### LA MARINA EN SANTIAGO DE CUBA (1)

Llegamos al período más crítico de la campaña—operaciones navales y terrestres alrededor de Santiago de Cuba—período en el cual ocurrieron los sucesos verdaderamente decisivos de la guerra hispano-yankee: de tan alta importancia, que á tomar las cosas sesgo distinto en los alrededores de aquella plaza, acaso, acaso, á la hora presente, durara aún la lucha, ó, de haberse suspendido, nos halláramos pactando con nuestros enemigos una paz honrosa, en lugar de sentir en el cuello la brutal presión del pie de un adversario enfatuado, grosero y cruel, que no satisfecho con el logro de lo que en un principio ambicionó, pretende hacernos víctimas del más completo é inicuo despojo; que sin bastarle las compensaciones razonables en casos tales, *á nominor leo*, extiende su garra para apoderarse de cuanto al alcance de ella se encuentre;

---

(1) Véanse los artículos publicados en los números de Septiembre, Octubre y Noviembre últimos. El presente no consintió la censura que se publicara en el número de Diciembre, y hoy lo damos á luz, suprimiendo la parte que la Autoridad militar ha considerado impublicable.—  
(N. del D.)

que no contento con habernos hecho sentir el peso de la derrota, necesita hacer subir á nuestro rostro el rubor encendido por vergonzosa humillación; que á falta de gloria propia, recogida en la pasada contienda, quiere engreirse con la mengua del vencido.

Todas estas son consecuencias inmediatas de lo ocurrido en Santiago de Cuba: sostuviérase la plaza unos cuantos días más, y, como más adelante patentizaremos, el cuerpo enemigo de desembarco habríase visto obligado á ganar sus naves para volver á la tierra de donde saliera. Y no hay que hacer grandes esfuerzos de dialéctica para demostrar que, si á raíz de haber hecho sufrir á los americanos dicho fracaso, España hubiese presentado proposiciones de paz basadas en nuestra renuncia á Cuba, por muy contento se habría dado el adversario, apresurándose á aceptarlas, sin pretender exigir más territorios, sin poner el pie en Puerto Rico, sin querer posesionarse de Filipinas, y sin imponernos, contra toda razón y justicia, el pago de la deuda de un país cuyas rentas no hemos de disfrutar ni administrar.

Ya lo dijimos en el primer artículo de este trabajo: no vamos á examinar los hechos detalle por detalle, ni intentamos descender á menudencias, casi siempre poco interesantes, y en este caso perjudiciales, por distraer la atención de los grandes sucesos. Claro está que la crítica que venimos haciendo, por versar sobre asuntos militares, es una crítica militar; pero no queremos olvidar que no la hacemos para militares, y, por tanto, ahora, como antes, huiremos del tecnicismo exagerado y del doctrinarismo inflexible, lo cual es, por otra parte, muy fácil, pues las censuras que el examen de los acontecimientos de Santiago de Cuba nos ha de hacer formular son de tal naturaleza, que su exposición resulta llana y comprensible para todos, por muy legos que en materias militares sean.

Con lo que hasta aquí llevamos dicho, queda bien de manifiesto lo inconveniente que para nuestros intereses resultaba

enviar la escuadra á Cuba con el fin de subordinar sus operaciones de un modo permanente á la defensa de la isla, y el riesgo encerrado en meterse en un puerto; pero, dejando á un lado la dificultad de llegar á la Habana, y sin creer que en la capital hubiese estado menos prisionera de hecho de lo que vino á quedar, el refugiarse en aquella bahía le podía ofrecer ventajas por haber en dicha población muchísimos más recursos de todo género, y estar incomparablemente mejor preparada para la defensa que Santiago. De dos males, era lógico haber optado por el menor desde el momento en que no se tenía la intención de tocar en tierra cubana para alejarse inmediatamente de ella (que era lo más oportuno), caso único en el cual Santiago presentaba ventajas para realizarlo por estar más alejado de Cayo Hueso (Key West), centro y base de operaciones de las escuadras enemigas, que la Habana, y por encontrarse á la salida de aquel puerto mares más despejados de cayos y canales (en los cuales se puede adoptar rumbos con superior independencia) que á la salida de la capital.

Una vez cometida la torpeza de entrar en Santiago de Cuba, y ya fuera ésta debida á la iniciativa del Almirante, ya obedeciera á la de quienes le dieran órdenes, ya se adoptara por escasez de carbón en la escuadra y por el deseo de reponer la provisión de esta, la más vulgar prudencia aconsejaba salir cuanto antes fuera dable de la peligrosa situación en que nuestros buques se hallaban desde su llegada á la capital del Departamento Oriental.

No obstante la algazara y el entusiasmo que en España produjo la noticia del arribo de Cervera á Santiago; á despecho de los entusiasmos populares, y lo que es más incomprendible, de los entusiasmos oficiales, el inminente riesgo que la escuadra corría si con toda rapidez no salía de aquel puerto era de tal evidencia, que no se comprende cómo pudo ocultarse, ni al que la mandaba, ni á los que ejercían el mando supremo, ni á nadie medianamente versado en asuntos militares ó

navales. ¿Cuál era la situación de los beligerantes en aquella época? Nos hallábamos los españoles en actitud expectante en Cuba, aguardando que el adversario iniciara la ofensiva que era natural emprendiera más pronto ó más tarde contra dicha isla; preparaba él, en La Florida, las tropas designadas para invadir la Gran Antilla; por medio de reconocimientos ofensivos tanteaban sus buques diversos puntos de la costa, hasta entonces sin ningún resultado positivo y sin decidirse á desembarcos serios; veíasele vacilante é irresoluto, ocultando su real inacción con un bloqueo más nominal que efectivo, y al intentar algo más formal con el bombardeo de Puerto Rico, no cosechó sino un fracaso. La incertidumbre del punto donde pudieran aparecer nuestros buques salidos de Cabo Verde retraíale de empeñarse en ninguna empresa de carácter decisivo, manteniéndole en una prudente expectativa, pues comprendía que lo primero, antes de lanzar sus ejércitos de tierra sobre la isla, era batir nuestra escuadra, ó, cuando menos, adquirir la certeza de estar esta tan alejada, que la distancia fuera garantía de que no había de presentarse inopinadamente á perturbar el plan.

Se encontraban los americanos todavía sin objetivo determinado en tierra; nuestra escuadra se lo dió. Efectivamente, tan pronto como ellos supieran con certeza donde esta se hallara, era natural suponer que en su demanda se habían de mover todas las del enemigo, pues constituyendo ella el primer obstáculo que necesitaban vencer para emprender campaña activa contra Cuba, una vez batida, podrían sus barcos moverse alrededor de la isla con tranquilidad completa, y en caso de invasión eliminaban el riesgo de que el cuerpo expedicionario pudiera quedar privado de comunicación y aislado en tierra enemiga. Tan elemental y lógico es todo esto, que maravilla no fuera visto con evidencia por cuantos más ó menos directamente intervinieran en el mando de la escuadra. Que á Santiago de Cuba habían de acudir los barcos enemigos con superioridad abrumadora tan pronto se hiciera públi-

ca la presencia allí de la escuadra del Atlántico, era cosa evidente; que una vez bloqueada ésta constituía presa capaz de excitar la codicia de nuestros adversarios, no era difícil de preveer, y que presentándoles la ocasión de matar dos pájaros de un tiro (batir la escuadra y poner el pie en la isla) no habían de ser tan tontos que la desaprovecharan, no hacía falta gran malicia para sospecharlo. Independientemente, pues, de la difícil situación en que la escuadra se iba á encontrar si se daba tiempo á que todo esto ocurriera, debió meditarse en que Santiago no estaba en condiciones de defensa para resistir, como lo hubiera podido hacer la Habana; y si en preparar esta última plaza se habían empleado todos nuestros esfuerzos para ponerla en condiciones de tenaz defensa, era insigne torpeza que llamando la atención del adversario hacia otra parte, los esterilizáramos. En la guerra es sabido que el atacante dirige sus golpes donde la defensa le presenta un objetivo sobre el cual puede descargarlos: el primero de los americanos era nuestra escuadra, y al llevarla á Santiago de Cuba donde disponíamos de menos elementos y luchábamos con más dificultades, por su situación excéntrica, para aumentarlos, atraímos las fuerzas enemigas al punto donde nosotros éramos más débiles. Así resultó que una ventaja obtenida allí por ellos, inutilizó todo cuanto se había hecho en la Habana que, con la isla entera, ha caído en su poder sin que se lleguen á emplear los considerables recursos laboriosamente acumulados para una lucha tenaz y prolongada. En suma, la llegada, ó más bien la permanencia de la escuadra en Santiago de Cuba fue la causa directa é inmediata de las proporciones alcanzadas por el vencimiento, hasta el punto de convertirlo en espantoso desastre, sin dar lugar á que en la contienda lleguen á intervenir centenares de miles de soldados, vencidos sin combate; haciendo caer centenares de leguas de territorio en poder de un enemigo que no las ha pisado, dejando las fortificaciones y los cañones de la Habana inútiles y sin empleo.

Jamás se le habría ocurrido al adversario ir á combatirnos

en Santiago de Cuba, punto el más alejado de su base de operaciones, excéntrico con respecto á la isla y el peor para emprender desde él una invasión. Allí fué porque le llevamos nosotros, porque con impericia espantosa le ofrecimos ventajas en atacarnos donde éramos más débiles, donde más difícil era concentrar fuerzas y acumular bastimentos.' Después de gastar millones en artillar la Habana, después de realizar obras de importancia alrededor de ella, todo lo tiramos por la ventana, para librar combate tras miserables trincheras hechas á la carrera, defendidas con cañones mandados recoger por anticuados y deficientes.

¿Por qué fué la escuadra á Santiago? ¿Por qué se quedó allí?..... A ser cierto lo que como rumor ha sonado, y á estar bien informado el autor de un libro recientemente publicado, donde se trata de exculpar á la Marina española de lo ocurrido, la causa que hizo al General Cervera arribar á aquel puerto fue la escasez de combustible. Esto podrá ser una razón que explique la entrada en bahía, pero no la permanencia en ella; y si puede constituir disculpa para el Almirante en cuanto al primer extremo, viene á ser un cargo espantoso contra el Estado Mayor del Ministerio de Marina, contra el Ministro mismo y contra los que pusieron en movimiento una escuadra sin pertrecharla convenientemente de lo indispensable, ni cuidarse después de tener prevenidos en su ruta depósitos. Enviar barcos á la lucha sin reservas de combustible, es como lanzar batallones al combate sin otros cartuchos que los que el soldado lleva en la cartuchera. Lo uno y lo otro es no sólo absurdo, sino criminal. En el libro mencionado antes, se indica que en la Martinica no se hizo carbón y que en Curaçao se tomó en muy corta cantidad (1). Estas noticias difieren de las dadas por la prensa en aquella época, pues se habló por entonces de reclamaciones entabladas por el Gobierno yankee

---

(1) *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*, por D. José Muller, teniente de navío de primera.

ante el francés, por haberse permitido á nuestros barcos repostar sus carboneras en aquella isla. De todos modos, como para pronunciar fallo definitivo en este punto sería preciso conocer con toda exactitud cuál era la cantidad de combustible de que á la llegada á Santiago disponía la escuadra, y esto sólo con una investigación oficial se lograría, dejaremos el asunto en tal estado, hasta que el tiempo ó revelaciones comprobadas manifiesten si la responsabilidad incumbe á unos ú otros, pero haciendo constar la existencia de impericia ó imprevisión, imputable una ú otra á personalidades ó á organismos de nuestra Marina.

Una vez en el puerto, el deseo más vehemente del Almirante debió ser el de abandonarlo: bien clara resulta la urgencia de hacerlo de lo anteriormente manifestado, pero además había otra razón y era que una de las mayores preocupaciones de los que en España dirigían la guerra debía ser la de reunir nuestras fuerzas navales, uniendo la escuadra de Cervera con la de Cámara; y si la primera se dejaba encerrar por los adversarios perdíamos sin remedio la posibilidad de verificar tal concentración, resignándonos á ser batidos parcialmente.

¿Tuvo la culpa el Almirante de que la escuadra fuera bloqueada? ¿La tuvo el Ministro, ó la tuvo el Gobierno? No lo sabemos; pero alguien es responsable de ello, pues no cabe achacar á imposibilidades de salir la permanencia de los cruceros en Santiago de Cuba durante todo el tiempo (y no fue poco) que los enemigos se tomaron para encerrarlos en la ratonera. Efectivamente, desde el 19 hasta el 27 de Mayo estuvo completamente libre de enemigos la boca del puerto, no viéndose á sus inmediaciones sino dos ó tres barcos de escaso poder que por allí rondaban desde antes de la llegada del General Cervera; el 27 llegó la división de Schley, y hasta el 6 de Junio no se presentó Sampson con la suya, según declaración de este mismo Almirante en el parte oficial de la batalla naval de Santiago, redactado el 15 de Julio. Es decir, que por espacio de ocho días pudieron nuestras naves hacerse á la mar sin te-

mor de hallar á la salida quien se opusiera á ellas, y en los cuatro siguientes no habrían tenido que librar combate con todas las fuerzas enemigas reunidas como á la postre hubieron de hacerlo, sino únicamente con la división de Schley, y esto en el supuesto de no querer intentar su vigilancia, como parece era factible hacerlo.

Después de sabido y comprobado esto, ¿cabe admitir la afirmación de que á la escuadra le fue imposible hacerse á la mar? De ninguna manera. Los buques no tenían averías que reparar; solamente habían de hacer carbón, y para esto sobraba tiempo. En Santiago existían en almacenes 3.500 toneladas, sin contar el que pudiera embargarse á los barcos mercantes surtos en bahía: provisión que, agregada á la que en bodega llevaran los cruceros, es bastante respetable.

En el libro antes citado se intenta demostrar que no hubo tiempo de estivar el combustible por falta de elementos para ello: expónese que de cuatro vaporcillos auxiliares que el puerto tenía, sólo uno de malas condiciones podía utilizarse, pues los otros ¡no sirven para remolcar gabarras en el interior de un puerto!; y por desgraciada coincidencia los dos únicos que hubieran podido prestar buenos servicios estaban reparándose. Una vez más se tropezaba con las deplorables coincidencias que en tantas ocasiones han inmovilizado nuestros buques de guerra, cuando más falta han hecho; y precisamente en este caso fue la coincidencia tan notable que el tiempo que el *Colón*, uno de los remolcadores aludidos, necesitaba para la terminación de la compostura que se le estaba haciendo, era de ocho días: justo y cabal el que estuvo completamente libre la boca del puerto.

No discutiremos nada de esto, pues basta lo asegure un Oficial de la Armada bajo su firma; pero no podemos menos de hacer constar que tales deficiencias dejan muy mal parada la previsión de la Comandancia de Marina de Santiago de Cuba, que en época de guerra y sabiendo que una escuadra española navegaba á pocos días de aquel puerto, tan desaten-

dido tenía cuanto dicha escuadra pudiera necesitar si llegaba á entrar en él. Pero ni aun esto exime de responsabilidad al que la mandaba, pues con buenas ó medianas condiciones resulta que existían en Santiago tres vaporcillos, todos los botes y gabarras del puerto, los boteros de éste, las embarcaciones menores de los barcos mercantes anclados en bahía, las de la escuadra y la marinería de ella. Si con todos estos elementos no se dejó de estivar carbón nunca, según afirma el libro á que nos referimos, y sin embargo no se terminó en ocho días, sería porque no se quisiese, pues sobraban medios para embarcar las 3.500 toneladas en los cuatro cruceros, en más corto plazo, bastando para ello poner empeño en conseguirlo trabajando con el ahínco y la premura con que era natural hacerlo en caso de tal urgencia.

Ya hemos dicho que el 27 llegó Schley con la división naval á sus órdenes, pero ni aun entonces estuvo siempre vigilada la entrada del puerto, pues precisamente en el mismo libro recién mencionado, cuyo autor, además de ser testigo presencial, hace cuanto puede por justificar la conducta del General Cervera, se manifiesta que los barcos enemigos, permaneciendo durante el día á la vista del puerto, se retiraban de noche, abandonando la vigilancia. Al procurar explicarse la razón de este hecho para él extraño, nos da el mismo autor una prueba de que con probabilidades de éxito y sin gran riesgo pudieron nuestros barcos salir de Santiago, pues refiriéndose al enemigo dice: «Yo supongo, porque otra cosa no se me ocurre, que no habiendo podido aún reunir todas sus fuerzas marítimas no querrían correr los azares de un combate durante la noche con una escuadra que contaba con un número de destroyers que ellos quizá desconocían, y que sólo conocieron más tarde por las confidencias que por medio de los insurrectos no dejaron de recibir.»

Conforme se dejaba pasar tiempo, manteniendo la escuadra en inacción verdaderamente inverosímil y dejándose bloquear con asombrosa pasividad, se iba dificultando cada vez

más la salida y comprometiendo gravemente la suerte de ella y la de Santiago de Cuba, hasta el punto de que cuando el día 1.º de Junio, con la llegada de la división mandada por Sampson, se verificó la reunión de fuerzas enemigas se encontraron nuestros cruceros verdaderamente prisioneros en el puerto. Con todo, aún pudo intentarse escapar de noche, si no con tan escaso riesgo como antes, aprovechando alguna favorable contingencia, que, á juzgar por los partes oficiales de Sampson, no debió faltar en los comienzos del bloqueo formal, establecido día y noche desde el 1.º de Junio. Dice aquél en el parte de la batalla naval de Santiago de Cuba: «Cuando llegué delante del puerto, la luna estaba llena, y por la noche »había luz suficiente para oponerse á cualquier movimiento »que se intentara fuera de la entrada; pero al menguar la luna, durante las noches oscuras, hubo oportunidad para que »el enemigo escapara ó dirigiera un ataque de sus torpederos »contra los barcos bloqueadores.» Respecto á la manera cómo de noche se verificaba el servicio de iluminación, decía el mismo Almirante en su orden de 8 de Junio: «Llamo la atención »sobre el deficiente manejo de los reflectores. Anoche algunos »se movían rápidamente de un lado á otro, y en tales condiciones un reflector es perjudicial. Debe dirigirse el foco de »luz al horizonte y moverle muy despacio, necesitándose sólo »tres minutos para recorrer un arco de 90°. El mejor medio »para descubrir un torpedero, es su propio humo, que no es »posible distinguir sino cuando la luz está muy bien manejada.» Todo esto indica que en los primeros días de la organización del bloqueo, cuando los americanos tenían que corregir deficiencias de él, no faltarían ocasiones para burlarlo ó forzarlo con probabilidades de escapar; pero se desaprovecharon tales oportunidades, como se habían desaprovechado los cuatro días (27 al 1.º), en que por la noche se tuvo franca la salida, como se desaprovecharon los ocho anteriores, cuando al frente no había enemigo susceptible de hacer resistencia formal.

¿Qué ventajas pensaba librar el Almirante español de su permanencia en Santiago, que anulaba la única escuadra de que disponíamos? ¿Qué fin táctico perseguía reduciendo sus buques á la condición de pontones arrinconados en un fondeadero? ¿Qué raciocinio le hizo dejarse bloquear por fuerzas superiores, aceptando la alternativa de capitular al fin en el puerto, ó aceptar un combate que, por bien que las cosas fueran, le había de costar por lo menos la pérdida de alguno ó algunos de sus barcos? A ninguna de estas preguntas puede darse contestación satisfactoria. La escuadra del Atlántico fue destruída en la batalla naval del 3 de Julio; pero para España quedó perdida desde el momento en que se dejó bloquear sin hacer nada para impedirlo ni para salir de Santiago, mientras tuvo facilidad de hacerlo.



¿Qué podía proponerse nuestra escuadra saliendo de Santiago de Cuba antes de la concentración de las enemigas? En primer lugar, ponerse en salvo, y esto era bastante; en segundo, retirarse de América, haciendo rumbo, bien á Canarias, bien á Cádiz, para reunirse á la de reserva, lo cual debía ser por entonces el primordial objeto de nuestras operaciones.

Según la época de su salida de Santiago, y según cual fuera la existencia total de carbón, habría sido ó no oportuno tomar la derrota por el Sud de Santo Domingo, para marchar luego directamente á los puntos indicados, ó seguir rumbo al Norte para dar de refilón un golpe de efecto en las costas de la América del Norte, haciéndolo en la forma indicada cuando estudiamos las operaciones que era posible emprender á la salida de Curaçao. Saliendo de Santiago sin pérdida de tiempo, cabía proceder de tal suerte; pero si se dejaban pasar algunos días, dada la situación de los barcos enemigos, la maniobra resultaría muy peligrosa, á menos de poderla verificar con absoluto sigilo.

Marchar á la Habana, no obstante lo que sobre esto han dicho algunos, era lisa y llanamente absurdo, pues aun dando por supuesto que se pudiera llegar sin encontrar un desastre en el camino, cosa bastante difícil dada la situación del enemigo, era salir de una encerrona para caer en otra, y tan inútil era la escuadra anclada en la Habana como fondeada en Santiago.

Alegando que no sólo librando combates se obtienen ventajas en la guerra, no ha faltado quien haya dicho que la escuadra del Atlántico, por el hecho de mantener en la boca del puerto de Santiago fuerzas superiores del adversario, distrayéndolas de otra parte, haciéndolas gastar carbón y teniéndolas en jaque durante mes y medio, ha prestado un servicio y llenado un cometido de importancia. Poca compensación es en verdad á nuestros mejores barcos destruídos la de que los enemigos hayan consumido unas cuantas toneladas de carbón; pero aparte de que esto resulta de un cómico fúnebre, podría-se admitir el razonamiento siempre que distraiendo aquellas fuerzas se hubiesen conseguido ventajas en lugares abandonados por los barcos americanos al acudir á bloquear la escuadra. Una fuerza, naval ó terrestre, que contiene ó distrae á otras enemigas superiores á ella, en tanto que un cuerpo ó división del propio ejército ó armada obtiene ventajas en distinta zona del teatro de la guerra, desguarnecida como consecuencia de la concentración del adversario sobre aquélla, presta un servicio verdadero; pues si ella no obtiene ventajas de resultados positivos, facilita el que otras las recojan. Si en tanto las flotas de Sampson y Schley bloqueaban Santiago, una flota española hubiese bombardeado los puertos de la América del Norte, ó derrotado y apresado los barcos yankees desperdigados alrededor de la costa cubana, podría comprenderse que el Almirante Cervera se arriesgara á ponerse en una mala situación para que en otra parte lograsen éxitos nuestras armas; si en el mar ó en disposición de hacerse á él con rumbo á las Antillas, hubiéramos tenido otra escuadra que la

encerrada en Santiago, tuviera explicación ó disculpa la inacción de ésta, pues aun cuando lo más oportuno fuera reunir las, cabe admitir que, procediendo en tal forma, se confiara en lograr ventajas; pero no teniendo fuerza alguna en disposición de aprovecharse del abandono en que los americanos dejaban el resto de la isla y sus propias costas, resultaba inútil el sacrificio de nuestros barcos é ilusorias las ventajas señaladas. No creemos, por tanto, que el General Cervera viera tales ventajas en mantenerse encerrado en Santiago de Cuba.

Las ya formuladas no son las únicas censuras que sugiere la actitud de la Escuadra del Atlántico: no sólo por su injustificada permanencia en puerto, desaprovechando las oportunidades de ponerse en franquía, deben hacérsele cargos, pues también se ha hecho acreedora á ellos por la impasibilidad desmoralizadora con que se dejó bloquear, y por su falta de iniciativa ante los buques enemigos, completamente tranquilos durante semanas y más semanas, como si á la vista de Santiago verificasen un simulacro de bloqueo sin enemigo á quien temer. A tal punto llegó la pasividad de nuestra escuadra, que es verdaderamente incomprensible é indisculpable. Ya indicamos lo poco airoso de su actitud al entrar en Santiago sin cuidarse de los barcos mal armados que por allí rondaban y siguieron rondando después impunemente, sin que lo fácil de la presa incitara á nuestros marinos á atacarlos. Sin interrupción siguieron presentándose ante la boca del puerto buques americanos incapaces de arrostrar combate con los cruceros españoles, como si en dicho puerto no hubiera ninguno de éstos; moviéndose con atrevimiento é imprudencia tan grande, que hace exclamar al defensor de todo lo hecho en Santiago de Cuba, cuyo libro hemos citado ya repetidas veces: «¿por qué siguieron presentándose en tan reducido número, expuestos á un fracaso?....»; y sin embargo, ni una vez se dió el caso de que se intentara atacarlos, como tampoco fue óbice el que los españoles tuviéramos superioridad marítima

en aquellas aguas hasta el día 27, para que el 25 capturaran los enemigos á la vista del puerto un vapor que navegaba en demanda de él, habiendo motivos para creer fuera uno que se esperaba con carga de carbón, que tanta falta hacía. Ni los barcos españoles hicieron siquiera intención de oponerse á la captura, ni la más mínima demostración para arrebatárselo á los capturadores, ni se reflexionó quedaba bastante mal parado el prestigio de la escuadra al permitir que, en su presencia, fuerzas inferiores hicieran presas, mientras ella seguía tranquilamente fondeada en el puerto. Cargo es este de tal importancia, que no hay excusa capaz de amenguar su gravedad, pues además de la urgencia que en el caso citado había de proceder de otro modo, en ocasiones como la indicada el honor de las armas exige que algo se haga para dejarlo en buen lugar.

Desde el 27 de Junio, que llegó Schley á Santiago de Cuba, hasta el 3 de Julio, fecha de la batalla donde quedó destruída la escuadra, ¡una sola vez se intentó atacar durante la noche á los barcos bloqueadores! Salieron los torpederos, fue descubierta su presencia por el enemigo, y se retiraron sin volver á hacer nada para ofender al adversario, ni entonces ni después. Tal inactividad es altamente censurable, y parece indicar apocamiento y falta de decisión. Véase lo que el periódico *Army and Navy Gazette*, de Londres, correspondiente al 4 de Junio, decía respecto á este punto:

«Es más inexplicable que los españoles hayan hecho tan  
»poco uso de sus torpederos para ofender á los bloqueadores.  
»En esto se presenta un contraste nada lisonjero para los es-  
»pañoles, entre su proceder y el de los torpederos japoneses  
»en Wei-Haiwei. La empresa de atacar al enemigo, desde el  
»exterior, sin base y en un tiempo casi ártico, era incompara-  
»blemente más difícil que todo lo que hubieran podido tener  
»que hacer los capitanes del *Furor* y el *Plutón*. Y, sin embar-  
»go, no podemos menos de recordar que los japoneses, noche  
»tras noche, volvían á la carga, en tanto que, después de la

»frustrada intentona del lunes, los españoles han permanecido »completamente ociosos».

No es ciertamente muy halagüeño para nosotros este juicio, pero lo peor es que es justo, y no el más severo de los formulados con igual motivo por los extranjeros, no transcribiendo aquí alguno de ellos, por estar expresado con dureza de lenguaje tan excesiva, que raya en el insulto.

Sosegadamente bloquearon nuestros adversarios el puerto y la escuadra; no fueron molestados ni una sola vez durante las operaciones del desembarco; pudieron proceder en todo con la misma comodidad que si en mil millas á la redonda no hubiera un solo buque español. Así se fue agravando la situación de la escuadra y la de la plaza, y llegó, por último, el mayor de todos los desastres: la ruína de la primera y la capitulación de la segunda.

\*  
\* \*

Adoptada la resolución de forzar el bloqueo á todo trance á raíz del honroso pero desfavorable combate del Caney y San Juan, hay motivo para suponer, sin gran riesgo de errar, que esta salida obedecía á la idea de que aquel combate prejuzgaba la rendición de Santiago en corto plazo, y en vista de ello se quería evitar que con la plaza cayeran los cruceros en peder de los americanos. Cuando se ha incurrido en un cúmulo de errores es difícil acertar en nada, pues las consecuencias de los desaciertos primeros cierran el paso á toda determinación benéfica. Malo era echar la escuadra al mar, y malo mantenerla en el puerto: la falta capital cometida antes fue no hacer zarpar á la escuadra cuando podía hacerlo sin riesgo; en el punto á que las cosas habían llegado á causa de nuestra pasividad, todo era malo porque nos habíamos metido en un callejón sin salida. No vamos, pues, á discutir si á principios de Julio era mejor ó peor huir ó quedarse; con mayor habilidad y superior prudencia al forzar el bloqueo acaso se

hubiese conseguido salvar alguno ó algunos de los barcos; á resistir Santiago unos cuantos días más, los tropas yankees se habrían visto obligadas á reembarcarse, según luego haremos ver, y permaneciendo la escuadra en el puerto se habría salvado ella y la plaza; y quién sabe si su salida y su destrucción no fueron factores que influyeron muy eficazmente para deprimir la moral de las tropas que la guarnecían y apresurar la capitulación. Sea lo quiera, lo cual no es fácil analizar, nos encontramos frente al hecho escueto, la batalla, y esto es lo que tenemos que considerar.

Desastre semejante es difícil encontrarle en la historia de las guerras navales; no fuimos vencidos, sino aniquilados; no sólo fuimos derrotados, pero ni siquiera logramos dañar lo más mínimo al enemigo. ¿A qué se debe hecho tan inaudito? A muchas causas: á impericia, á malas condiciones de los buques, á criminales deficiencias de la artillería y las municiones, á una multitud de concausas cuya responsabilidad corresponde por entero á personalidades y á la administración de nuestra Marina.

Uno de los errores propalados desde que se tuvo noticia de la batalla de Santiago es el referente al número de barcos enemigos con los que tuvo que combatir la escuadra española, exagerándose notablemente. Tomaron parte en la batalla seis buques de combate, á saber: cuatro acorazados, *Iowa*, *Indiana*, *Texas* y *Oregón* (el *Massachusetts*, que ordinariamente formaba parte de la línea del bloqueo, estaba en Guantánamo) y dos cruceros acorazados, *Brooklin* y *New-York*; un torpedero, el *Ericson*, y los auxiliares *Gloucester* y *Vixen*, yachts de recreo armados en guerra. La superioridad de los americanos era grandísima, pero no hasta el extremo que algunos relatos han hecho creer; y no debe perderse de vista para juzgar de lo ocurrido, que no se trataba por nuestra parte de vencer al enemigo, sino de atravesar la línea y escapar.

La empresa era sumamente difícil, teniendo que desembarcar del puerto á la vista del enemigo dispuesto en semicírculo

frente á la boca del puerto con sus buques de combate á cuatro millas de ella por término medio, y más próximos los auxiliares; pero por lo mismo requería gran prudencia, unida á una resolución á toda prueba. Lo primero exigía salir de noche, sin que para ello fuera óbice el que la boca estuviera alumbrada por los reflectores del enemigo, pues por mucho que alumbre un proyector, mucho más alumbra el sol, y aquél ilumina una pequeña zona y este lo ilumina todo. La segunda requería un ataque á fondo contra el centro de la línea, rompiéndola si era preciso, embistiendo á un barco y resignándose á perder uno ó dos de los propios para salvar el resto; pues una vez atravesada la línea, el tiempo que el adversario empleara en la virada sería ventaja para los barcos españoles que no quedaran en el camino, y los que sucumbieran lo harían ofendiendo al enemigo en lugar de embarrancar en la playa. Cayendo á toda velocidad sobre el centro, éste hubiera tenido que preocuparse de su propio riesgo, los barcos españoles habrían podido hacer fuego por las dos bandas, mientras que con el rumbo adoptado no sólo se paseaba nuestra escuadra delante de las bocas de los cañones yankees, realizando una marcha de flanco verdaderamente suicida, sino que se privaba de usar la mitad de su artillería.

Lo mismo en tierra que en el mar, fuerza cercada que quiere abrirse paso no tiene sino una manera de hacerlo: por sorpresa y recurriendo á la ofensiva más violenta; acumulando todo el esfuerzo sobre un solo punto. Querer romper el cerco combatiendo de soslayo es suicidarse y dar tiempo á que pase la impresión de la sorpresa y el enemigo pueda utilizar el total de sus fuerzas. En último extremo, fuera más gallardo morir matando y perder los barcos en la embestida arrojándolos contra los acorazados americanos, que estrellarlos contra la costa sin hacer daño ninguno á aquéllos.

De dos clases son las censuras á que el examen atento de lo ocurrido en la batalla del 3 de Julio da origen: las unas se refieren á la manera de librarla, las otras á los elementos,

barcos, artillería, municiones, de que el Almirante Cervera disponía.

Las primeras, someramente expuestas ya, queremos reforzarlas con la opinión del adversario—del enemigo el consejo—y con las de los neutrales, pues es altamente interesante para nosotros saber cómo nos juzgan los demás; así que, antes de entrar en el estudio de las deficiencias del material, terminaremos este artículo con la inserción de las opiniones citadas.

Decía Sampson en el parte detallado de la batalla de 15 de Julio:

«El sistema de huída adoptado por los españoles, navegando todos sus buques en el mismo rumbo, y la formación que adoptaron, disipó todas las dudas tácticas y dificultades que hubieran podido presentarse, facilitando la tarea de los buques de mi mando, que era envolverlos, trabar combate y darles caza, todo lo cual fue ejecutado con gran rapidez.»

En el periódico *La France Militaire*, correspondiente al 21 de Julio último, se publicó el siguiente juicio:

«Desde luego puede afirmarse que de esta guerra entre dos potencias marítimas no pueden deducirse enseñanzas útiles para los conflictos navales del porvenir.

»Una y otra tenían un material bastante incompleto; muy mediano el de los españoles; algo mejor, pero sobre todo más numeroso, el de sus contrarios.

»De parte de los primeros inconcebible negligencia y lamentable incuria en todos los preparativos militares de mar y tierra; de parte de los segundos, acusados, al parecer con motivo, de haber suscitado y alimentado la insurrección, lo mismo en Cuba que en Filipinas, una lenta, solapada y minuciosa preparación para el conflicto tan deseado, y que una circunstancia fortuita ha hecho estallar.

»Los americanos luchan á la inmediación de su base de operaciones, en tanto los españoles han de cruzar el Atlántico para auxiliar á la colonia que es manzana de la discordia entre los dos pueblos que se combaten.

»En tan deplorables condiciones, ¿cuál podía ser el objetivo de Cervera? Que el Almirante es un animoso y experto marino, es indudable; que la oficialidad y marinería que mandaba eran valientes, instruídas, disciplinadas y resueltas á sacrificarse, si menester fuera, es indiscutible; pero, á pesar de esto, nada podía intentar contra un enemigo veinte veces superior, provisto de todos los recursos que copiosamente le brinda un país rico y poblado; mientras que él, sin más elementos que los escasos buques que mandaba, había de preocuparse de vivir, combatir y proteger un país tan extenso como la Francia.

»¿Debió librar batalla en alta mar? Aun suponiendo que con ventaja lo hubiera hecho, después del esfuerzo que para ello hubiese sido preciso desarrollar, veríase en la precisión de arribar al puerto más cercano, la Habana ó Santiago, á reparar averías y provisiones, lo cual no podía hacerse en otro punto de la isla. ¿Qué hacer, pues, en su caso? Lo que oportunamente llevó á término (1) con buen éxito, refugiarse en Santiago de Cuba.

»Una vez en el puerto, podía el Almirante optar entre dos partidos: hacer á la carrera las reparaciones que imprescindiblemente necesitaran sus buques, aprovisionarlos, y hacerse á la mar lo antes posible para seguir representando el papel de escuadra fantasma, tan dichosamente comenzado, ocasionando constante alarma en los Estados Unidos con la amenaza incesante de bombardear sus grandes puertos, dando así tiempo á que el Almirante Cámara se le incorporase, ó bien, imitando la conducta de los rusos en Sebastopol, renunciar á toda acción naval, muy peligrosa contra enemigo tan enormemente superior, echar á pique los buques en los pasos estrechos, para impedir el paso al enemigo, y dedicarse por completo, con el personal y material de la escuadra, á defender á Santiago de Cuba.

---

(1) Por lo dicho antes, queda patente que en este punto no estamos conformes con la opinión del periódico francés sino condicional y transitoriamente.

»Desgraciadamente, á causa de la incuria é imprevisión de que antes he hablado, el punto donde el Almirante se refugió andaba tan escaso de medios de defensa, como de los de aprovisionamiento, y muy pronto, con su habitual jactancia, esta vez justificada, diéronse tono de tener embotellada á la escuadra que tanto les había inquietado.

»Llegamos al punto más delicado; las noticias, antes contradictorias, se hallan hoy conformes en que el Almirante Cervera salió de Santiago de Cuba en virtud de triple intimación del General Blanco ó del Gobierno de la metrópoli. Siendo así, ¿cómo se explica que para cumplimentar una orden tan discutida se haya elegido en pleno día, la hora de las nueve de la mañana? ¿Qué podía esperar de su inferioridad numérica y de la menor velocidad de sus buques, si como se ha dicho, las máquinas estaban fatigadas? ¿No era arrojarse á una derrota cierta?

»Parecía natural que estando resuelto á salir á todo trance aguardase un temporal de los que tan á menudo se presentan en aquellos mares, con el cual, á buen seguro, se habría ensanchado el cordón del bloqueo; ó cuando menos se aprovechara de una noche muy obscura para procurar burlar la vigilancia enemiga, si no completamente, pasando con el menor daño posible.

»Ir al sacrificio con deliberado propósito, cual lo ha hecho el Almirante, no cabe duda que es empresa para la que se requiere un alma muy bien templada, pero no indica una inteligente reflexión, á menos que la catástrofe haya que imputarla á las deplorables consecuencias del mando á distancia. La pequeña y valiente escuadra sabía que marchaba á buscar la muerte en medio de la enemiga casi sin dañar á ésta.

»El desastre ha sido total: las naves destruídas, los tripulantes muertos, heridos ó prisioneros.»

IGNOTUS.

# ÁVILA

---

## IGLESIAS OJIVALES

---

Cuando se toman en consideración el valor arqueológico de los monumentos de Ávila y la significación que ellos y la caballeresca ciudad tienen en la historia de Castilla, fíjase desde luego la atención en las murallas que defendieron á Reyes niños de las miras bastardas de la turbulenta nobleza; fíjase en las iglesias románicas, á las que van unidas las tradiciones locales más antiguas; pero no se concede más que un interés secundario á las demás iglesias y monasterios y á las numerosas casas señoriales. Es verdad que aquellas vetustas construcciones corresponden á los tiempos de mayor importancia histórica de la ciudad, y que por lo que hace á su mérito intrínseco, las murallas son un monumento único, y las iglesias románicas son ejemplares arquitectónicos raros, originales y característicos. Unas y otras pueden citarse como modelos por lo acabados y típicos (1); como tales los registra la historia del arte patrio, y si no se hace el mismo aprecio

---

(1) Véanse nuestros artículos *Ávila: Monumentos viejos y tradiciones añejas*, y *Ávila: Iglesias románicas*, publicados en los tomos 95 y 102 de LA ESPAÑA MODERNA.

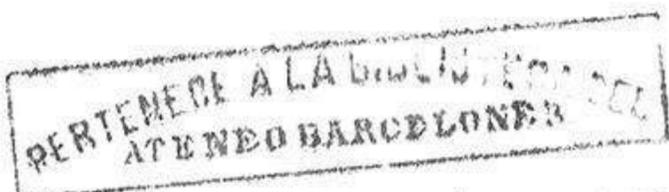
de los monumentos ojivales, es porque no son bien conocidos ni apreciados en su verdadero valor. Esta circunstancia nos ha movido precisamente á ocuparnos de ellos. En las ciudades como Ávila, sucede con frecuencia que los monumentos más viejos quitan interés á los que no lo son tanto, ó no van unidos á recuerdos históricos que hablen más vivamente á la imaginación. Es incalculable el perjuicio que estas cuestiones accesorias causan al conocimiento exacto de los monumentos. Nadie para mientes en que sin los monumentos ojivales, quedaría incompleto el proceso histórico del arte avilés; nadie se da cuenta de que sin las casas señoriales, no es posible completar el sistema defensivo de la ciudad amurallada.

Dicho proceso histórico-artístico nos ofrece como primera cuestión que examinar, la falta de suficiente número de construcciones del período ojival para establecer la serie demostrativa de su evolución. Basta examinar aquéllas para comprender que ésta no se ha efectuado en Ávila, sino que á ésta vinieron en distintos tiempos diversos constructores, los cuales no formaron escuela ni se sujetaron á un sistema local.

Las primeras manifestaciones avilesas del estilo ojival, se reconocen en las fábricas románicas, y son las cúpulas y bóvedas de San Vicente y de San Pedro, de que hicimos mención en el último artículo de los anteriormente citados. Allí consignamos que tales obras adicionales responden á un desenvolvimiento de la arquitectura de las iglesias de occidente; representan un paso más, paso decisivo por cierto, de sus atrevidos constructores, puesto que en ambas fábricas románicas, los arcos apuntados y las bóvedas de crucería, que acaso deban considerarse como las primeras reparaciones sufridas por aquéllos, son, de todos modos, las primeras enmiendas ó perfeccionamientos del sistema de construcción. Los arquitectos de los siglos XI y XII concibieron la estructura de las iglesias conforme al arco de medio punto, generador de la bóveda de medio cañón, con arreglo á tal principio construyeron, y en tal forma cerraron grandes espacios; pero dichas bóvedas

fueron tan poco duraderas, que apenas se conservan de ellas; en la mayoría de las iglesias románicas de España (y de las de Ávila en ninguna) las techumbres no pertenecen al estilo, son posteriores, casi siempre ojivales, y cuando no son de madera, de ensamblaje, que si acaso, datan del siglo XV. Las bóvedas y linternas de la basílica de San Vicente y la parroquia de San Pedro, datan del siglo XIII, son muy sencillas de forma, y están construídas con igual piedra que las partes románicas, de modo que pueden pasar como una continuación, y lo son, en efecto, pues se advierte cierta timidez: los arcos son todavía muy abiertos, las nervaduras de las bóvedas son dos baquetones gruesos que se cruzan, ofreciendo claves pequeñas, y los ventanales apenas se diferencian de los románicos en que van apuntados, y por lo mismo, más abiertos. Todo revela que los constructores ensayaban tales innovaciones esperanzados de dar á las fábricas vida más duradera de la hasta entonces conseguida.

Corresponden de hecho las indicadas obras á un período de transición, y por eso en el *triforium* de San Vicente, con sus huecos ajimezados y de medio punto, se ven columnas ó parteluces de tipo románico, robustas, aisladas, con capiteles grandes y volados, llenos de prolijas hojarascas, de feliz cuanto variada composición y finamente ejecutadas.



\* \* \*

Otro monumento en que también se reconoce la transición y de un modo más patente, es en la catedral, pues según consignamos en el citado artículo, el curioso sistema de arcos apuntados y bóvedas de crucería que cierran su doble deambulatorio, debe considerarse como obra del siglo XIII, que es la época en que se disponen de tal suerte las torres de defensa, porque esto es en suma aquel ábside notabilísimo. Hay en él un doble orden de arcos, de más luz los inmediatos á los machones de la capilla mayor, y lanceolados los inmediatos á

las capillas absidales, unos y otros robustos y sencillos, sin moldura alguna, en una palabra, como los de San Vicente y San Pedro. Las bóvedas, determinadas solamente por la intersección de los dos baquetones, ofrecen todavía iguales caracteres, corresponden al primer tipo, son todavía sobrias; pero en las más próximas al crucero se advierten atrevimientos, obligados por desigualdades del trazado general, hasta el punto de que al extremo de la parte del Evangelio las dos bóvedas se convierten en una sola de tres claves.

Sucede en la catedral de Avila lo que en todas: que el ábside es más antiguo que el crucero y las naves; solo que en Avila la diferencia parece más sensible porque en el crucero resaltan las líneas divisorias de la piedra del ábside, que es la piedra amarillenta, constante en todas las fábricas románicas avilesas, y el granito de los de estilo ojival, lo que permite distinguir á simple vista y reparar acaso de un modo demasiado absoluto las diferentes obras de los dos estilos. No se tiene en cuenta que la diferencia de la piedra empleada es más bien que una indicación cronológica, la prueba evidente de un cambio aconsejado por la experiencia. La piedra amarillenta, ya lo indicamos oportunamente, es muy deleznable, y de su mala vejez da cuenta, por desgracia, el estado en que se halla la basílica de San Vicente. Los mismos constructores del cubo y del ábside de la catedral emplearon granito para el muro de defensa y su barbacana, y para las columnas en que apoya el doble orden de bóvedas del deambulatorio, es decir, para aquellas partes que exigían más resistencia. Por otra parte, cuando se estudia un poco el monumento, échase de ver que la diferencia de estilo no es tan grande entre las dos partes indicadas.

Ya hemos dicho en qué forma y medida participa el ábside del sistema ojival. Resta consignar que en el primer cuerpo de la nave mayor, ó sea las arquerías que abren á las naves laterales, el recuerdo románico salta á la vista: los machones ofrecen igual estructura que los de San Vicente, los

capiteles, desnudos de ornato, análogo perfil sumario que los del deambulatorio. Las bóvedas de éste y las de las naves laterales diríase que están trazadas por la misma mano. Y cuando se ha observado todo esto, si luego se ve la planta de la catedral publicada por Street (1), con indicación de las fechas de las distintas partes del monumento, siéntese uno inclinado á creer, con arquitecto tan conocedor, coetáneas, es decir, del siglo XIII, todas las partes de la catedral menos el muro del crucero correspondiente al lado del Evangelio (esto no lo indica Street) y otros trozos accesorios, aparte, naturalmente, del semianillo del cubo defensivo, que Street lo cree anterior al 1200, y que debe serlo, por cuanto forzosamente fue construído primero que el templo, aunque desde luego formase parte del plan general del edificio. Este plan debió probablemente concebirlo el maestro Eruchel, cuyo nombre, que parece denotar nacionalidad francesa (muy en armonía por cierto con el origen normando de dicha fortificación), aparece en un documento del archivo capitular, una «permuta hecha en 1192 por el Obispo y Cabildo de unas heredades que tenían en Toledo por las que poseyó durante su vida el expresado maestro, y que á su muerte legó al Soberano Alfonso VIII» (2). De este dato deduce Quadrado que la cabecera del templo debe ser de dicho maestro, y aunque ignoramos cuándo vendría éste á España trayendo los nuevos principios del arte de fortificar, el supuesto tiene visos de certidumbre, pues tanto da para el caso, y mucho más si la influencia francesa fue tan directa, los últimos años del siglo XII ó los primeros del XIII, que es en suma la fecha que, atendiendo á todos los datos examinados, puede asignarse al mencionado ábside con su cubo defensivo.

Años después, pero en la misma centuria décimatercia,

---

(1) *Some account of Gothic Architecture in Spain*, London, 1865.—Plate X.

(2) Nota de Quadrado, en su libro *Salamanca, Avila y Segovia*. Barcelona, 1884, pág. 340.

debieron hacerse las naves laterales, sin que pueda asegurarse que la obra se interrumpiera, aunque así es probable que aconteciese á la muerte de Eruchel. Nada sabemos del continuador de su obra. La diligencia de Quadrado no consiguió sacar del Archivo capitular otra referencia que la exención de todo pecho «al maestro de la obra á fin de que fuese *más rica y más honrada* la iglesia, cuyo edificio le estaba encomendado» (1), otorgado por Sancho IV en un privilegio de fecha equivocada, que, según el sagaz comentarista debe corresponder al año 1293, privilegio confirmado por Alfonso XI y Don Pedro. Mas aunque no podemos ni siquiera consignar el nombre del arquitecto que mereció tan señalada distinción, podemos asegurar que no fue él quien trazó y levantó los dos cuerpos que se alzan sobre las arquerías bajas de la nave mayor, pues así nos lo demuestra la diferencia de estilo de estas y aquellas partes, correspondientes una al ogival primario y al secundario (siglo XIV) las otras, es decir, los dos cuerpos de arquerías de la nave mayor y del crucero, más las bóvedas de una y otro con los correspondientes arbotantes y botareles. Dichas bóvedas se diferencian de las del deambulatorio y de las que cubren las naves laterales en que sus nervios son más finos, pero su trazado es igual, salvo la del centro del crucero, que forma una estrella y tiene cinco lados; los soportes son también más delgados y gallardos, pues como observa con razón Quadrado, la catedral avileña no tiene muros sino que todo lo que se alza sobre aquellas naves son sutiles arquerías con calados ventanales rasgados hasta los lunetos de las bóvedas, de modo que pudo decirse eran sus muros de cristal, hasta 1772 (2) en que hubieron de tabicarse las arquerías del segundo cuerpo, ó sea el más bajo de los dos indicados, al que no le quitaba luz por cierto la techumbre de las naves laterales, pues de propósito estaba hecha á dos vertientes. También en-

---

(1) *Salamanca, Avila y Segovia*, pág. 349.

(2) *Idem*, pág. 352.

tonces debieron cegarse los calados cuanto peregrinos tímpanos de las mismas ventanas, con lo que estas han perdido su carácter, sin duda tanto como debió ganar la iglesia y, sobre todo, el coro, en condiciones de salubridad para el invierno.

A pesar de la alteración producida por tales reformas en el efecto de conjunto del interior, salta desde luego á la vista el contraste que forman en esta catedral la poca elevación de las naves laterales y la mucha de la nave mayor. Sin duda por ser tanta la desigualdad se creyó necesario para la estabilidad del edificio, aparte de los arbotantes, botareles y pináculos que, dispuestos conforme á los principios de aquel sabio sistema arquitectónico, contrarrestan los empujes de las bóvedas, poner otros apoyos interiores en forma de arcos escarzanos, dos en el crucero y otro en los segundos machones de la nave mayor, donde termina el coro. No fue dicha desigualdad un capricho del constructor: obedeció desde luego, desde el proyecto primitivo, al doble fin de la catedral, pues la altura de las capillas quedó determinada al construir los ábsides en el interior del cubo, y por otra parte era menester establecer comunicación entre las torres de la catedral, que debían serlo defensivas, y el adarve de la muralla y del cubo indicado; comunicación que, si había de ser independiente, no podía abrirse en un triforio, por el que al pasar la gente apercebida para la defensa de la plaza hubieran distraído seguramente á los fieles que en el interior del templo se apercebían á lo mismo con la oración. El edificio debía ser en el plan de sus fundadores, y lo fue en efecto, iglesia por dentro, castillo por fuera, y era menester que la disposición de sus partes fuera tal que permitiese la absoluta separación de ambos servicios. He aquí por qué el primitivo tejado, de losas de piedra ligeramente acanaladas, que todavía conserva la nave lateral derecha, sirviendo de piso al largo guardillón que inútilmente hicieron levantar en el siglo XVIII los mismos sin duda que tabicaron las ventanas, es de tan suave pendiente como el pavimento de una azotea. Era aquello como una continuación

del camino de ronda, y necesariamente debía estar á la altura de éste. Por otra parte, la capilla mayor ofrecía en su cubierta un punto obligado, y hasta necesario, de defensa, que por lo mismo era menester que dominara el almenado del cubo, el cual, aparte de estar muy separado de aquella, como á su vez domina la barbacana, tiene un adarve á bastante altura respecto de la muralla, de modo que dicha capilla tuvo que ser muy alta, una verdadera torre defensiva, y determinó la elevación de todo el templo y la diferencia de altura con las naves laterales.

Todavía la catedral, á semejanza del plan militar á que responden todas las antiguas casas avilesas, permitía y requería otras defensas: necesitaba dos torres que flanquearan su puerta principal y dominaran el circuito del edificio; dos torres que, por lo tanto, debían superar con mucho la altura de la nave mayor. Pero sólo la superó una, la del lado izquierdo, que fue la única llevada á término, y que por cierto es un ejemplar admirable en su género. Es de planta cuadrada, convertida en poligonal por los recios estribos que afianzan su ingente mole y resguardan algún tanto las ventanas que á dos alturas diferentes ofrecen sus muros. Toda su decoración, en armonía con la de los botareles y pináculos inmediatos, consiste en sencillas molduras que filetean horizontalmente los paramentos, una faja ó friso de rombos, interrumpida por los estribos, coronando las ventanas altas gabletes florenzados, y en el contorno de los huecos y en los ángulos todos un festón, al parecer de bolas, pero en realidad de brotes ó grumos, correspondientes uno á cada sillar del aparejo de las dichas partes. La creencia de que tales adornos eran las bolas ó *roeles* que por doquiera y como emblema parlante del linaje de los Dávilas, se hallan por la ciudad en las casas solariegas de tan noble gente, ha hecho creer hasta al mismo Quadrado, que las torres no son anteriores al final del siglo XV (1);

---

(1) *Salamanca, Avila y Segovia*, pág. 350.

pero fácil es convencerse de que no son *roeles* y de que, en todo caso, la disposición de éstos debe estar copiada de la de aquellos adornos, seguramente tallados al labrar los sillares, antes de montarlos, en una época anterior con mucho al reinado de los Reyes Católicos, acaso en el último tercio del siglo XIV.

La torre acabada, con el brazo izquierdo del crucero coronado de almenas, como toda la nave alta, eran seguros baluartes para la defensa de la puerta lateral de la iglesia, que para mejor resguardo se abre en la nave del Norte, y dominaban la plaza, que debió serlo de armas de la fortaleza que constituye la ciudad; es una especie de patio, cerrado al Mediodía por el palacio arzobispal y al Oriente por la muralla, en la que hay allí practicado de antiguo un utilísimo portillo, hoy denominado *Puerta del peso de la harina*, nombre harto prosáico, por cierto, para el portillo más importante de una ciudadela.

No podemos detenernos á describir y celebrar las peregrinas imaginerías, probablemente esculpidas en el siglo XIV en la archivolta de dicha puerta lateral, ni á lamentar la desgraciada y desigual decoración con que el estilo barroco vistió la fachada principal del templo; como tampoco á examinar los magníficos sepulcros que hay en el interior, las vidrieras, el coro, los altares, etc. Nuestras catedrales son museos de arte, y en la de Ávila todos esos accesorios constituyen la única decoración del edificio, que por lo demás, se halla desnudo de ornatos, sobre todo en la parte ojival que hemos examinado.

\*  
\* \*

Ya hicimos notar respecto del románico, que la arquitectura avilesa se distingue por su sobriedad ornamental, casi por su pobreza, manifiesta en algunas ermitas, antaño humildes parroquias de los arrabales de la ciudad. Esa desnudez de ornatos, más bien austeridad monumental, aparece como ca-

racterística en las demás construcciones ojivales avilesas, que pertenecen, sin excepción, al último período del estilo, los últimos años del siglo XV, la época en que imperaba por todas partes, algunas no lejanas, como Valladolid y Toledo, el *ojoival florido*, con toda su cargazón exuberante de hojarasca, tallos erpeantes é imaginerías. Nada de esto hallaréis en Ávila, donde por lo mismo se mira y aprecia como excepcional la portadita de Santa Escolástica, obra, sin duda, de un maestro no avilés, formado en aquel gusto decorativo. En las demás fábricas coetáneas, que son los conventos de Santo Tomás y San Francisco, la capilla de Mosén Rubí y las parroquias de Santiago y San Juan, son constantes y comunes la severidad de líneas, la ausencia de adornos, la delgadez esbelta de las nervaduras, que casi sin interrupción salen desde la base de los machones hasta las claves de las bóvedas, y la elegancia en el trazado de éstas, que constituyen la única nota decorativa de tan desnudas fábricas, cuyo efecto de conjunto es, en cambio, de imponente grandiosidad.

Sin gran esfuerzo podría establecerse el proceso del arte ojival avilés, siguiendo el desenvolvimiento de dichos caracteres desde sus primeras manifestaciones en la catedral, hasta las últimas arriba mencionadas; pero debe tenerse en cuenta que lo que estas tienen de común con aquellas, más que un fenómeno evolutivo de la forma, debe considerarse como la expresión más adecuada al espíritu estético de los avileses de antaño, más dados á lo místico que á lo terreno; al efecto de conjunto que al detalle; porque es indudable que el espiritua-lismo propende en arte á lo sintético, y el realismo al análisis. El estilo ojival terciario se nos ofrece en Ávila como obra de un período de tiempo muy corto, y sin ejemplos que precisen la transición desde los trozos ojivales más modernos de la catedral. Entre estos y las mencionadas construcciones hay un período de tiempo que no podemos llenar con monumento alguno.

Es una arquitectura de ingenieros, de constructores, que

sin grandes esfuerzos sabían resolver arriesgados problemas como el que se ofreció en la iglesia de Santiago, por la situación de la torre, parte de la cual está embutida en la nave del templo. Tal es la causa del esviaje que se observa en los arcos, y por consiguiente, de las desigualdades y atrevimientos en el trazado de las bóvedas.

Entre todas las indicadas fábricas, la más típica, verdadero modelo en su género, y sin duda una de las obras más artísticas y acabadas de Ávila es la iglesia y convento de Santo Tomás, erigida á las afueras de la ciudad por la piedad de Hernán Núñez Arnalte, tesorero y secretario de los Reyes Católicos, con la protección de éstos y los estímulos del famoso inquisidor Torquemada, destinándose á los Padres de la orden de Santo Domingo. Todo esto dice, apoyándose en documentos, el P. F. Cayetano G. Cienfuegos en el libro (1) que ha dedicado al edificio y á la institución [en él renovada después de muchos años de abandono del local, y añade con Quadrado (2), que las obras comenzaron el 11 de Abril de 1482 y terminaron el 3 de Agosto de 1493; las de la iglesia en 1497. En cuanto al supuesto que hace dicho autor, de que pudieran serlo del monumento los arquitectos Alonso de Covarruvias y Juan Guas, que lo fue de San Juan de los Reyes, de Toledo, el estilo de este edificio y el del Alcázar de la misma famosa ciudad, trazado por aquel, son datos comparativos suficientes para desvanecerlo. No es menester llenar con un nombre probable el hueco que permanecerá en blanco mientras un documento cualquiera no nos revele el que debe escribirse. Más no por permanecer anónimos son menos notables los monumentos que nos ocupan.

Dos partes distintas hay que distinguir en la fábrica de Santo Tomás: la iglesia y el convento. La primera, aunque

---

(1) *Breve reseña histórica del Real Colegio de Santo Tomás de Avila.*—Madrid, Aguado, 1895.

(2) *Salamanca, Avila y Segovia*, pág. 417.

no lo fue en el orden de la construcción, lo es, sin disputa, en cuanto á la importancia arquitectónica, que estriba en el mérito de su trazado, cuyos caracteres distintivos son la corrección, la pureza de las líneas, la severa gallardía y el atrevimiento sobrio de las nervaduras que forman las peregrinas bóvedas de crucería y los haces de columnillas, adosados, de la única nave que constituye el templo con su crucero, su coro en alto, su capilla mayor en alto también, para que fuera dominado desde aquel el altar, y sus capillas laterales, cuyas respectivas entradas se perfilan en los desnudos muros por arcos de medio punto. No hace falta saber la fecha: basta observar estos detalles para comprender que el monumento en cuestión y sus análogos en Ávila corresponden al último período del estilo ojival; ya han desaparecido los grandes haces de columnas; ya no hay rasgados ventanales, sino pequeños y abiertos en algunos lunetos; ya la estructura del templo no es á modo de esqueleto de piedra, con calados ó imagerías, sino desnudos paramentos en los que sirven de accidentes las columnillas ó baquetoncillos, sobre las que se extiende, á modo de cornisa, una faja destinada á contener una larga inscripción que no llegó á ponerse, y que si se hubiera puesto nos habría ahorrado el trabajo de puntualizar la parte respectiva que en la fundación tuvieron los citados personajes, y nos revelaría el nombre del constructor. Este reservó sus mejores ideas para desarrollarlas en el trazado de las bóvedas, que además de su corrección y de la pureza del estilo se distinguen por la serie de nervios y cruces de los mismos, que van dibujando estrellas y otras figuras geométricas de un gusto sencillo y elegantísimo, al propio tiempo que subdividen hábilmente los empujes y las resistencias.

Evidente parentesco con esta construcción, guardan la iglesia (hoy abandonada y profanada hasta el punto de servir de cuadra) del derruido convento de San Francisco, que se halla también á las afueras de la ciudad, por el lado Nordeste, y la llamada capilla de Mosen Rubí. La primera se tiene

por algo anterior á la de Santo Tomás, en atención á la noticia de que en 1430 erigió para entierro suyo y de sus descendientes los Bracamontes, el Mariscal de Castilla D. Alvaro Dávila, lo que desde Quadrado (1), llaman todos los comentaristas «capilla mayor», pero que en modo alguno puede ser la que forma el ábside, frente á la gran nave de la iglesia, pues sobre tener poco fondo, ni conserva restos de tales sepulturas, ni muchos espacios, por cierto, en que haberlas tenido. La «capilla mayor», así llamada propiamente por su tamaño, en el documento en que consta la noticia, debe ser una poligonal cerrada por una bóveda circular, de numerosos y finos radios, que se alzan junto al ábside, y con entradas por él y por el crucero, á la parte del Evangelio. Basta observar lo irregular de dicha entrada, para comprender que la capilla y la iglesia no son coetáneas, y muy bien pudo ser que aquella se construyese como adición de la primitiva iglesia que ya existía en 1294, y sufrió un incendio y alteraciones considerables. Lo demás, la nave mayor, sus bóvedas de crucería y la disposición del coro en alto y al fondo, no dejan lugar á duda de que la iglesia fue reconstruída por el mismo tiempo que Santo Tomás, y no mucho antes.

En cuanto á la capilla de Mosén Rubí, claramente se advierten en su planta, y más aún en los fáciles y peregrinos enlaces de las nervaduras de sus bóvedas, que es una construcción poco posterior á Santo Tomás: es la última del estilo ojival avilés. Su planta asemeja á una estrella, con sus picos cortados, y una estrella subdividida en varias concéntricas y en otras figuras geométricas, forma la crucería. Por desgracia, en el siglo XVII sufrió una reparación que desfiguró la iglesia, adicionándola con una nave rebajada, de decadente gusto clásico.

Por fuera, las iglesias mencionadas son de lo más sencii-

---

(1) *Salamanca, Ávila y Segovia*, pág. 416.

llo que puede imaginarse: sus muros lisos, los recios y cuadrados estribos que contrarrestan los empujes de las bóvedas, no ofrecen otro accidente que los festones ó rosarios de bolas que guarnecen los ángulos y las cornisas; los rosarios de bolas, que son la única invención decorativa propiamente avileña, y que sin duda estuvo en boga durante el siglo XV, sobre todo en el último tercio y los primeros años del XVI. En la fachada principal de Santo Tomás, el motivo en cuestión bordea hasta la ventana circular del segundo cuerpo, y el arco rebajado de la portada, que descubre las archivoltas de arcos conopiales, en cuyo derredor campea *la granada* como emblema, á la sazón recién añadido, al escudo real. Este, sostenido por el águila de San Juan, campea entre dos leones, tenantes de banderas, sobre dicha ventana; y este relieve, más las lindas figuras de la Anunciación y de santos sobre repisas y bajo doseletes filigranados, que aparecen en la portada, son los únicos detalles decorativos del monumento. Basta ver esta fachada para comprender que este monasterio, como otros varios, fue una fundación de los Reyes Católicos. Solamente la granada repartida, pero no prodigada, en la sobria ornamentación exterior é interior, marcaría la fecha del edificio, aunque no conservaran los documentos la de 1496, ó sea cuatro después de la conquista del último reino moro, y por consiguiente, el período de entusiasmo y de fervor religioso provocado por la terminación gloriosa de la Reconquista. Hicieron los Reyes Católicos en Santo Tomás, no un sencillo convento, sino una morada para ellos, humilde como la deseaban sus cristianas aficiones, y lo bastante holgada para los menesteres de la corte, y un panteón para su hijo, aquel varón en quien ellos y España toda pusieron tantas esperanzas, y cuya temprana muerte cambió por entero los destinos de nuestro país. Allí yace, enmedio del crucero de la iglesia, figurado en alabastrina estatua que reposa en un túmulo labrado por micer Domenico Alejandro, en el gusto florentino; y verdaderamente que no cabe sepulcro mejor emplazado enmedio

de la imponente soledad de aquel crucero, al que han de descender desde el lejano coro los cantos de los monjes, y desde el elevado altar las bendiciones de los oficiantes.

Aquellos Reyes, que hacían en tales casas religiosas una vida en armonía con las reglas monásticas, cuidaron de que en el coro se les dispusieran sitials apropiados, y con efecto, con sus escudos en el respaldo, y bajo ricos doseletes, aparecen ambos tronos junto á las puertas de entrada, que es lo único que les separa de la sillería, joya ornamental del convento y aun de Ávila, donde se ha dado en decir que la talló un judío, porque no se ha comprendido que la ausencia de figuras y el predominio absoluto de trazados geométricos, cuya variedad inagotable y peregrina revela la original fecundidad de su autor, denota que éste era un ornamentista y no un imaginero, á cuyo cincel era extraña la figura. Alguna hizo, sin embargo, muy pequeña, y bastante débil.

Lo que fueron palacio y convento, cada cual dispuesto en torno de un claustro, de los cuales el último está cubierto con bóvedas y el primero con viguería, no corresponden á la arquitectura religiosa, sino á la arquitectura civil, que en Ávila ha dejado numerosas muestras, doblemente curiosas por el carácter militar que ofrecen, y el papel que por lo mismo desempeñaron en el plan estratégico á que responde toda la disposición de la ciudad.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

# LA EDUCACIÓN POPULAR DE LOS ADULTOS

---

## PRELIMINAR

La serie de artículos que hoy publico en lengua española, gracias al benévolo apoyo que el insigne pedagogo francés M. F. Buisson se ha servido prestarme, constituye una de las obras sobre educación popular más interesantes, y de más provechosa y agradable lectura, que actualmente puede ofrecerse al aficionado á esta clase de estudios. El problema de la *educación popular*, parte acaso la más capital, por el momento, del problema complejo de una *educación nacional*, preocupa con justicia en todos los pueblos cultos. No basta, se dice, haber hecho de la instrucción primaria una necesidad social, sentida con una intensidad mínima por todos, y satisfecha gratuitamente por la escuela pública, elemental ó superior; del propio modo que el Estado y el esfuerzo privado atienden de consuno, con el Instituto ó Liceo, con la Universidad ó la Escuela especial y con otras numerosas instituciones análogas, á la educación y á la preparación profesional de los jóvenes de las clases pudientes, es preciso que la sociedad por sí misma, ó mediante la iniciativa ó el concurso del Estado, continúe la obra de la escuela en los adultos de las clases populares. En el tra-

bajo de M. Chevalley, que traduzco á continuación, ha de verse el razonamiento de ésto muy claro.

Ahora bien, el pueblo en donde probablemente se ha llegado á sentir con más fuerza ese *nuevo deber social*, como lo llama M. Buisson, es Inglaterra. Allí es donde las gentes se han dado, tiempo hace ya, clara cuenta, con la intensidad que hace falta para que la voluntad se mueva, de la necesidad imperiosa de ir hasta el pueblo en sus representaciones más humildes, más miserables, más desamparadas, para dar á todos el alimento del alma de la educación, en aquel período crítico, verdaderamente decisivo para el porvenir de cada hombre: en el período inicial de la juventud.

También Francia ha hecho mucho, en estos últimos años, en la obra de la educación popular. El libro reciente de M. Eduardo Petit, *Autour de l'Education populaire*, lo pone bien de manifiesto, como antes lo demostraran ya las corrientes producidas en la opinión por los Congresos del Havre (Congreso libre de las Sociedades de enseñanza popular, 1895) y de Burdeos (Congreso de la Liga de la Enseñanza, 1895). De más de veintitrés sociedades de instrucción popular nos da cuenta el citado libro de M. Petit, aparte de la indicación bien significativa que se desprende, para apreciar el valor de la agitación social favorable á la educación del pueblo, del hecho de hallarse al frente de la misma hombres de la talla política y de la respetabilidad moral de MM. Bourgeois, Poincaré, Greard, Buisson, Lockroy, Brouardel, Carnot (Adolfo) y tantos otros.

Realmente, Francia no desconoce hoy en la práctica ninguno de los medios por los cuales la acción tutelar de la sociedad pudiente se manifiesta en la función regeneradora del pueblo, por virtud de la educación. Preocupa allí mucho ya el movimiento hermosísimo, y universal casi, de la *Extensión universitaria*. Uno de sus hombres políticos más distinguidos, M. Poincaré, define muy bien el deber social de la Universidad que la obra de la *Extensión* suponía. «Las Universidades

—decía—son, ante todo, establecimientos científicos..... Pero eso no quiere decir que vivan separados del mundo real. Al lado de sus funciones intelectuales, la enseñanza superior tiene funciones sociales que no piensa abandonar.» No sólo esto. El movimiento de la *Extensión Universitaria* ha tenido una consagración oficial por obra del Ministro de Instrucción Pública, M. Combes (1896), quien en importante circular sancionaba la participación de los profesores de las Facultades y de los Liceos en los cursos nocturnos de adultos. Ni ha dejado de verse con toda claridad en Francia el lado *benéfico y tutelar* de la acción pedagógica sobre el pueblo; la institución de los numerosísimos *Patronatos* escolares en París y en los departamentos, lo demuestra. Me falta espacio para señalar, siquiera indicar los más importantes: baste como ejemplo, y como prueba de la buena orientación de esta obra, lo que M. Petit nos dice del *Patronato de aprendices y de empleados*, patronato laico del tercer *arrondissement* de París; su objeto consiste «en proseguir, después de la escuela primaria, la educación y la instrucción de nuestros niños; en sustraer á los jóvenes aprendices y empleados del influjo del aislamiento y de los peligros de la calle, y, por último, en preparar las generaciones futuras en el respeto de los deberes cívicos y en la idea de los sacrificios para con la patria. Todos los domingos y días de fiesta, el Patronato está abierto á todos los jóvenes mayores de diez y siete años, sin distinción de culto ni de profesión. En él encuentran, al propio tiempo que juegos de toda suerte, los medios de educación y de recreo más variados. Ejercicios de gimnasia y de tiro, instrucción y paseos militares, música vocal é instrumental, biblioteca, conferencias industriales, comerciales, científicas..... Además, el Comité administrativo procura buscar colocación adecuada á los aprendices y empleados.....» (1). Y no sólo esto: la obra de las bibliotecas populares ha tomado en Francia gran desarrollo, merced á mu-

---

(1) Ob. cit. de M. Petit, pág. 62.

chos esfuerzos, pero muy especialmente gracias á la iniciativa de M. Minet, fundador del llamado *Sou des bibliothèques*, especie de cooperativa escolar para la adquisición de libros y revistas, así como la obra de la mutualidad, la de la instrucción doméstica populares, los museos, etc., etc.

En suma, repito, el problema de la educación popular, tal como queda indicado, puede estimarse ahora en Francia como una verdadera preocupación nacional, como una tarea que atrae con más ó menos fuerza el concurso liberal de las clases intelectuales, políticas y ricas del país.

Pero quizá es algo reciente esta preocupación, en tan alta medida al menos. En el desarrollo regular que la historia de la instrucción pública ha tenido en Francia, desde que en 1789 surge la idea de una *educación nacional*, puede decirse que, ante todo, se preocuparon los directores de la enseñanza, por hacer efectivo el principio de la gratuidad, de la obligación y de la neutralidad de la escuela como escuela oficial, pública, dedicando gran parte del esfuerzo social y político á la constitución de la enseñanza secundaria de jóvenes de uno y otro sexo, á la enseñanza técnica y á la renovación de la vida científica de las Universidades y altos centros de educación y de cultura. El problema de la educación popular, en el grado y forma que representan las instituciones y esfuerzos á que nos referimos más arriba, se ha presentado, quizá, con el carácter de verdadero problema nacional, en época relativamente cercana. Los Congresos citados del Havre y de Burdeos lo han agitado, y precisamente para contribuir á esa agitación, y para mostrar un buen camino que seguir, es para lo que el gran pedagogo M. Buisson hizo componer la colección de noticias ó monografías que hoy publico.

En efecto, el insigne Buisson, el colaborador ilustre de Ferry, director más de veinte años de la instrucción primaria en Francia, apóstol incansable de la regeneración de la nación por la escuela; aquel á quien, con MM. Pécaut, el creador insigne de la institución modelo llamada Escuela de Fontenay,

Steeg, el director del Museo pedagógico de París, Drumont, Marion, Lavissee y tantos otros, debe la tercer República la obra admirable de la enseñanza pública; Buisson, digo, deseando ofrecer á sus compatriotas un ejemplo digno de imitar en punto á lo que el esfuerzo individual y colectivo privado, secundado por el Estado, es capaz de hacer cuando un ideal generoso y fecundo le guía, no encontró nada mejor que la publicación de los trabajos autorizadísimos, interesantes en extremo, que el lector español puede ver á continuación.

Y si la publicación era oportuna en Francia, ¿no ha de serlo en España? Ciertamente es que aquí todavía no hemos andado la mitad del camino necesario: aún es un problema por resolver el de la escuela primaria, universal, obligatoria y bien provista: los maestros no siempre cobran, ni los hay en número suficiente, ni los que hay pueden estar á la altura de su misión; los edificios escolares, cuando no son el pórtico de la iglesia, ó una bodega mal aireada y peor iluminada, cuando están hechos para prestar el servicio de la escuela, no siempre han sido construídos con la inteligencia debida; la población escolar es aún escasa, lo que explica la enorme masa de los *analfabetos* que acusan los censos: en suma, no podemos decir como los franceses dicen: «Ya tenemos escuela, ya hemos procurado el medio indispensable de instrucción de los hijos del pueblo, en la edad á que la escuela se refiere; podemos, pues, y debemos pensar en proseguir la obra de la escuela primaria, para que ese hermoso esfuerzo nacional no se pierda en los jóvenes que tienen que ganarse, de prisa, el pan con el trabajo de sus manos.»

Però esto no importa. De un lado es útil llamar una vez más la atención de las gentes que en España leen, hacia un problema tan vital como el de la educación de los adultos de las clases populares; y de otro, es indispensable hacer ver más y más á las gentes cultas y á los ricos de las ciudades populares de España, y aun de todos los centros de población, en los cuales, mal ó bien, la instrucción primaria es un hecho, ese

*nuevo deber social* de la instrucción del pueblo; y para ello, nada mejor que estas noticias variadísimas, ricas en datos, llenas de inestimables enseñanzas, sugestivas como lo es todo ejemplo, y verdaderamente autorizadas, pues salvo el trabajo de M. Chevalley, (excelente resumen de la acción social en la educación popular inglesa), todas ellas están escritas por personas prácticamente conocedoras de las diferentes instituciones de que se da sucinta cuenta.

He aquí ahora, para terminar, la lista de monografías relativas á las instituciones á que me refiero, y que á continuación traduzco:

*Cursos nocturnos: Evening Continuation Schools.—Recreative evening Schools Society*, por Mr. J. Edward Flower, Secretario general de la Sociedad.

*Birbeck Institution*: noticia según acta oficial.

*Extensión Universitaria—University Extension*: estudio por Mr. Michael E. Sadler, jefe de oficina en el Departamento de Educación, exsecretario general de la *University Extension*.

*Toynbee Hall*: noticia por Mr. Thomas Hancock Nunn, residente en Toynbee Hall.

*Colonias Universitarias.—University Settlements*: noticia por Mr. Samuel Barnett, Presidente Director de Toynbee Hall.—*The Bermondsey Settlement*, por M. J. Scott Lidgett, Director del establecimiento.—*The University Hall Settlement*, por Mr. W. G. Field, publicista, y J. Russell, exsecretario general.

*Instituciones politécnicas.—Polytechnic Institution Battersea*, por Mr. Sidney H. Wells, principal de la Institución.—*Sheffield Technical School*, noticia según las actas oficiales.—*Polytechnic Institute Hounslow, Isleworth y Tweckenham*, noticia según el informe de 1895.

*Educación social del obrero.—Working men secondary Education; People's Drawing Room; Social Institutes, etc.*, por

el Rev. P. B. Paton, Presidente fundador.—*United Kingdom Band of Hope Union*, por Mr. Charles Wakely, Secretario general.

*Bibliotecas.*—*Home Reading national Society*, por el Reverendo J. B. Paton, fundador.—*Free Libraries*, por el Inspector real P. A. Barnett.

*Para las jóvenes.*—*Evening Home for girls*, por Miss C. M. Paton, Presidente.—*The Girl letter Guild*, por Miss M. Kenward, Secretaria general.

*Apéndice. Otra colonia universitaria.*—*Hull Housse, University Settlement, Chicago*; noticia según *Hull House Maps and Papers*.

ADOLFO POSADA.

## PROLOGO DEL SEÑOR BUISSON

La compilación de documentos que ofrecemos al público francés está destinada á procurarle las noticias directas de primera mano acerca de una cuestión que está á la orden del día en Francia, y que Inglaterra parece haber, en parte, resuelto.

Todos, en Francia, reconocen la necesidad de completar la educación del niño con la del adolescente y del adulto. Y todos también reconocen que de la iniciativa privada es de quien principalmente debe esperarse esta segunda mitad de la obra escolar, sin la cual resultaría la primera gravemente comprometida.

Dos Congresos, el del Havre y el de Burdeos, acaban de dirigir, uno tras otro, á la conciencia pública, un apremiante llamamiento, pidiéndole que acepte ese nuevo «deber social», y que intente cumplirlo.

Con ocasión del primero de esos Congresos, algunos delegados de la Asociación inglesa habían tenido á bien concurrir ofreciendo á las Asociaciones francesas de instrucción popu-

lar, con sus simpatías, las luces de su experiencia. Por rápidas que hayan sido sus comunicaciones dirigidas á las secciones del Congreso, era imposible desconocer su alcance.

Por otra parte, en vísperas ya del Congreso, algunos artículos, escritos con mucho calor por un joven profesor de escuela normal, M. Chevalley, habían llamado de una manera muy particular la atención hacia las obras de educación popular, cuya maravillosa expansión contempla Inglaterra desde hace algunos años.

Esas diferentes indicaciones nos han hecho pensar que tendría, para cuantos se ocupan activamente entre nosotros en reconstituir los cursos de adultos, un interés de primer orden completar esta información, enterarse con más exactitud de lo que se ha intentado por los ingleses, dándose cuenta de los métodos por ellos seguidos, de los escollos con que han tropezado y que han evitado, de los resultados, en fin, que han obtenido.

Unos cuantos días pasados en Londres han sido suficientes para que pudiésemos reconocer la riqueza del asunto, y para convencernos del servicio que podría prestar un examen más detenido de los ejemplos que Inglaterra nos ofrece.

No es que en materia tal, el ejemplo ajeno pueda dispensar el esfuerzo de una inspiración personal y original. Realmente no es resolver el problema copiar la solución encontrada por otros y para otros. La espontaneidad es manifiestamente la primer condición del éxito, cuando se trata de obras que sólo valen en virtud de su exacta adaptación á las necesidades del tiempo, de la raza y del medio.

Pero no por esto resulta menos útil y prudente el enterarse de lo que en otra parte se haya hecho. De un país á otro país vecino, las diferencias, por profundas que sean, jamás lo son tanto que el uno nada tenga que aprender del otro. Y, especialmente, en materia de educación popular, hay un fondo tal común de necesidades humanas y sociales, doquier las mismas, que sería deplorable que el resto del mundo lo ignorase,

privándose así de todo el beneficio que supone la experiencia ajena.

Pero al bosquejar ese cuadro de las obras inglesas, á fin de evitar el riesgo de poner las impresiones personales en el lugar del testimonio de los hechos, se nos ha ocurrido que el mejor medio sería pedir, para cada una de las principales instituciones de este orden, una especie de noticia ó de informe breve á uno de los hombres que la haya fundado ó que la dirija. De este modo cada cual hablará de lo que conoce á fondo, cada cual aportará su testimonio libérrimamente y bajo su propia responsabilidad.

El lector francés, iniciado por los hombres más competentes en el funcionamiento de cada sociedad, sacará de esos documentos las lecciones, comparaciones y conclusiones que le sugiera la contemplación de tantos procedimientos distintos de los nuestros y distintos entre sí.

A modo de introducción, conservaremos los artículos de M. Chevalley, á que más arriba nos referimos. Mediante esa rápida exposición de conjunto, antes de pasar al detalle de las diversas empresas escolares y sociales, podrán contemplarse en una ojeada las grandes líneas de su acción común.

No sabríamos cómo expresar nuestra gratitud hacia las personas tan autorizadas á quienes debemos esas noticias, inéditas en su mayoría. El público francés estimará en cuanto vale manifestación tal de simpatía; ni una sola de esas cortas Memorias dejará de leerse, sin sentir interés por la obra que describe y respeto hacia aquellos que á ella se consagran.

Una palabra, para terminar, acerca de la traducción. Enterados de nuestro proyecto, varias personas que conocen á Inglaterra y que la aman, nos han ofrecido su concurso desinteresado, contentas, decían, de contribuir así por su parte al servicio de la causa de la enseñanza popular en ambos países. Creemos cumplir un deber dando las gracias á esos colaboradores y á esas colaboradoras, entre los cuales á nadie extrañará encontrar varios profesores de las escuelas primarias

superiores de París, que han residido largas temporadas en Inglaterra, como pensionados del Ministerio de Instrucción pública.

También debemos manifestar nuestro reconocimiento á M. James Guillaume, secretario de la redacción de la *Revue Pédagogique*, que se ha dignado poner á nuestra disposición su experiencia y su excepcional saber, para ayudarnos á explicar ciertos puntos técnicos y á resolver muchas dificultades de detalle.

F. BUISSON.

París, 1.º Junio 96.

## INTRODUCCIÓN

### LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS EN INGLATERRA (1).

Ahora precisamente que va á inaugurarse el Congreso de Educación popular del Havre, puede no ser inútil dar á conocer los esfuerzos intentados en un país vecino, para resolver el problema que con tanta razón preocupa á los educadores franceses.

La cuestión es doble. ¿Cómo, por una parte, impedir en la juventud popular la pérdida, hoy segura, de los conocimientos adquiridos en la escuela primaria? Y toda vez que Educación es inseparable de Instrucción, ¿cómo, por otra parte, continuar durante la juventud esta educación del hombre y del ciudadano, objeto supremo de toda enseñanza nacional, pero que corre el peligro de resultar nula si se la abandona prematuramente? (2):

---

(1) Cartas al director de *Le Temps*, publicadas en los números de los días 13, 16, 17 y 20 de Agosto, 1896.

(2) V. *Revue de l'Enseignement primaire*, (Nov. Dic. 1892. Enero, 1893), tres artículos sobre *Education des adultes en France*, por A. Chevalley.

Sin que sea necesario insistir, se concibe desde luego el inmenso interés del problema. Porque si la instrucción adquirida en la escuela primaria no debe continuar, perdiéndose desde el momento en que el joven llega al cuartel, ¿á qué gastar tantos millones é imponer tan enormes sacrificios al país? Ahora bien; el hecho perfectamente averiguado es, que la mayoría de nuestros jóvenes obreros y campesinos, ya por abandono, ya por falta de medios, llegan á la edad del hombre infinitamente menos instruídos que á la salida de la escuela. Pero no se trata sólo de instrucción. El hijo del pueblo, arrojado á la vida — ¡y á qué vida! — desde los doce años, ¿puede razonablemente conservar intacta la educación recibida en la escuela? A los doce años, no es cuando el carácter está formado; no es á esa edad cuando la embriaguez, el vino ó el juego solicitan á un joven; á los doce años no es la edad en que los padres ilustrados abandonan á sí propios á sus hijos. ¿Puede, en verdad, sorprender, cuando su familia permanece distraída, ó es cómplice, cuando los malos ejemplos abundan á su alrededor y nadie existe que les tienda la mano, el que tantos jóvenes del pueblo pierdan presto los hábitos tan laboriosamente adquiridos en la escuela primaria? ¿No es una especie de hipocresía, cuando nada se ha hecho por sostenerlos, acusarlos á ellos solos por su propia caída ó, lo que es peor, proclamar la «bancarrota» de la escuela que les prepara como mejor puede, pero que no ve nunca su obra continuada?

La preocupación de sostener intelectual y moralmente la juventud popular, domina á los ingleses de una manera muy particular. Quizá tienen para ello razones también particulares. Han resuelto el problema de la manera á la vez compleja y eficaz que les es propia, sin plan preconcebido, sin dirección oficial, por el múltiple esfuerzo de las iniciativas privadas ó de las asociaciones libres. Pero, en la evolución de las instituciones que se han fundado sucesivamente, y luego transformado y reemplazado, hay más que un ejemplo para nosotros: hay una lección.

## I

## LOS ORÍGENES: CURSOS Y CONFERENCIAS

*University Extension.*

En 1800 fue cuando el doctor Birkbeck fundaba en Escocia, y poco después en Londres, los primeros cursos de noche para los adultos. La idea se propagó tanto, que durante la primera mitad del siglo, los *Mechanic's Institutes* ó colegios de obreros, surgieron en todas partes. Hacia la misma época, además, fundábanse en Francia las Asociaciones politécnica y filotécnica, nacidas ambas de la misma necesidad y concebidas según el mismo espíritu. Pero, en virtud de un rasgo muy especial del carácter sajón, en Inglaterra los obreros mismos eran los que, libremente asociados, sufragaban en gran parte los gastos de su instrucción, y elegían, por el intermedio de los comités, sus oradores y profesores, en vez de esperar á ser invitados á escucharles. No se trataba, por lo demás, de otra cosa que de propagar conocimientos útiles, y no se ideaba otro medio de educación que el de enseñar lo más posible al mayor número.

El movimiento, preciso es reconocerlo, fue una hermosura de entusiasmo y de energía. Hombres como Brougham, no se desdeñaban de convertirse en conferenciantes ó maestros en los colegios de obreros. En Londres, hacia 1850, más de veinte grandes instituciones de ese género se abrían todas las noches. Entre los organizadores, encuéntranse los nombres de Bentham y de Cobbet, al lado de los de Brougham y de Birkbeck; entre los conferenciantes, todos los hombres de talento del partido liberal.

Esos colegios de obreros han continuado viviendo y pres-

tando servicios hasta hoy día. A partir de 1862, transformáronse casi en todas partes, bajo el influjo de la Sociedad de los Institutos de obreros, que tenía por objeto hacerlos recreativos al par que instructivos, á fin de luchar contra el atractivo de la taberna y el peligro de la embriaguez. Pero las conferencias y los cursos se perpetuaron. Liberales ó conservadores, esos «clubs» ó «institutos» de obreros, han servido poderosamente á la causa de la instrucción de las ciudades de Inglaterra, pues en 1883 no contaban menos de 500.000 miembros, todos gentes que vivían de su trabajo manual. Conocido es el gusto de los ingleses por la conferencia: manifiéstase hasta en el fondo mismo de los condados, y no es en verdad pequeña la sorpresa que un francés que viaja por Inglaterra experimenta, al asistir en invierno, en las más pequeñas aldeas, á «lecturas» seguidas y repetidas. Unas veces es el «squire» quien organiza esas conferencias; otras es el *clergyman* ó el maestro de escuela. Se asiste á ellas sin dificultades, porque uno de los privilegios de los países donde los partidos religiosos no se confunden con los partidos políticos, es este de poder hacer que la energía intelectual de las diferentes iglesias se ponga al servicio de la instrucción del pueblo. Casi siempre, al lado de la capilla, del templo ó iglesia, hay un «hall» ó sala de reunión, en la que durante el invierno se tienen conversaciones interesantes. Un inspector eminente me aseguraba hace poco tiempo, que en Inglaterra no hay quizá una sola aldea donde no se celebren todos los años conferencias instructivas. Mil sociedades trabajan, por otra parte, en la propaganda de sus ideas por el mismo medio. En parte alguna la palabra se dirige más á menudo al pueblo. En suma: puede afirmarse que, tanto por medio de los colegios ó clubs de obreros, como por las iglesias ó las sociedades privadas, Inglaterra ha puesto hace ya tiempo al alcance de la juventud popular, las conferencias que hoy se reclaman entre nosotros.

Además, á medida que se propagaba la enseñanza, y sobre

todo, después de la ley de Educación de 1870, los cursos nocturnos y los de adultos se multiplicaban en todas las escuelas. Fueron primeramente lo que hasta ahora han sido entre nosotros, fecundos en buenos resultados, cuando se trataba de suplir en aquellos que los frecuentaban la falta de toda educación primitiva, pero impotentes para retener la clase infinitamente más numerosa de los obreros que, provistos ya de una instrucción elemental, se resistían á volver á ser escolares. La institución parecía, pues, declinar, cuando, hace dos años, se realizaba en Inglaterra, merced al auxilio y perfección del *Education Department*, una reorganización completa de las clases para adultos, análoga á la que se realiza en este momento por nuestra Administración de la enseñanza primaria. La enseñanza de las escuelas nocturnas, no sólo se ha hecho más interesante, sino que se la ha adaptado á las necesidades de todos, haciéndose agrícola, industrial ó comercial, según las localidades. El reglamento de 1893, que ha atendido de una manera tan liberal á la enseñanza en las clases primarias de noche, ha sido altamente aprobado por la mayoría de los educadores ingleses, y sus buenos resultados no han tardado en dejarse sentir. Los cursos de adultos, moribundos, han resucitado inmediatamente, y sólo en Londres hánse contado 265 en el invierno de 1893-94, con un total de 12.000 alumnos adultos.

He ahí, pues, en Inglaterra, dos grandes instrumentos de educación popular: las conferencias do quier que son posibles; cursos de adultos do quier que son útiles.

Pero aún hay más.

Desde hace unos veinticinco años, la enseñanza universitaria misma, hasta ahora inaccesible á las masas, ha llegado á brindarse á todas las gentes inteligentes, hasta en el fondo de los campos. No pudiendo el pueblo llegar hasta las Universidades, las Universidades van hasta el pueblo; tal es, por lo menos, la fórmula del gran movimiento en pro de la extensión de la Universidad—*University Extension*—que los excelentes

trabajos de M. Max Leclerc (1) han dado á conocer entre nosotros. Durante el semestre de invierno de 1893-94, Cambridge ha enviado á los condados 60 conferenciantes, Londres 34 y Oxford 41. En más de 400 ciudades y aldeas se han dado series de conferencias, y el número de personas que las han seguido se ha elevado á 49.000. Hoy día basta que una población proporcione un local, y en ciertos casos, una pequeña garantía pecuniaria á una de las Universidades, para recibir inmediatamente profesores y obtener, por tal modo, las enseñanzas que precisamente desee. Casi en todas partes, á los cursos de noche, frecuentados por artesanos ó empleados, se han añadido durante el día cursos permanentes, destinados á las personas desocupadas y á los estudiantes de uno y otro sexo. Y así se han establecido, como en Reading, por ejemplo, verdaderas Universidades locales y populares, enteramente apropiadas á las necesidades de la ciudad, porque las Universidades se limitan á proporcionar maestros, dejando siempre á los organizadores de los cursos la elección de las materias de la enseñanza. Los comités locales son los que fijan las tasas de los cursos, bajándolas ó elevándolas, según la condición de los alumnos; reduciéndolas casi á nada para los cursos más populares. Ellos son, también, los que toman á su cargo todos los gastos que no resultaron cubiertos al final de ejercicio.

Podrá formarse buena idea de la intensa vida local que en esta ocasión se ha manifestado, teniendo en cuenta que los comités de provincia han gastado desde hace dos años, en los cursos de Oxford sólo, 1.250.000 francos. Al terminar los cursos hay exámenes, y los «certificados» dados por la *University Extension*, aun cuando no confieren grado alguno, no por eso son menos solicitados. Es preciso reconocer, sin embargo,

---

(1) Max Leclerc, *Le Rôle social des Universités*, 1 folleto, en 16, 2.<sup>a</sup> edición, París. Armando Colin, 1892.—Del mismo autor: *L'Education et le Societé en Angleterre*, 2 vols., en 18. A. Colin, 1894.

que esta enseñanza, primitivamente destinada á los obreros y á los trabajadores, ha sido utilizada, sobre todo, por una clase muy superior en educación: la burguesía modesta. Pero no por eso los cursos dejan de estar abiertos á todos, y el movimiento ha suscitado una porción de buenas voluntades, hoy preparadas, para acometer nuevas empresas, despertado la curiosidad intelectual en las ciudades de provincia, dormidas en otros tiempos, y provocado, en suma, entre la población adulta de más de 400 localidades, un verdadero renacimiento popular del saber.

Conferencias, cursos, hasta una especie de Universidad popular, he ahí lo que un inmenso concurso de buenas voluntades ha podido asegurar al pueblo inglés para continuar ó rehacer su educación. En verdad que con esto podía darse por realizado todo lo necesario. En Francia, al menos, la opinión general no se advierte que vaya más allá, en punto á la organización de un sistema semejante de instrucción.

Ahora bien, cosa singular, en Inglaterra es donde precisamente todo ese aparato de cursos, de conferencias, de pura enseñanza en fin, se reconoce hoy por todos como insuficiente. Se empieza, por de pronto, para lograr cultivar al verdadero pueblo, el de abajo, por renunciar á proporcionarle únicamente un saber de que él no se cuida, y así ocurre que los promovedores de un reciente movimiento, abandonando las antiguas asociaciones, que sólo tenían por objeto propagar la instrucción, juntan ahora sus esfuerzos en vastas y complejas instituciones nuevas, para intentar una obra completa de educación. Intentaré, inmediatamente, dar á conocer los grandes establecimientos conocidos bajo el nombre de *Instituciones politécnicas* y de *Palacio del pueblo*, surgidas al impulso de las nuevas corrientes de ideas.

## II

## COLONIAS UNIVERSITARIAS: TOYNBEE HALL (1)

Decía antes que las lecciones, las conferencias y las clases de adultos, se juzgan ya como insuficientes para realizar por sí solas una obra de educación eficaz en la juventud popular. ¿Cuáles son, en efecto—se me ha dicho do quiera, en el curso de mis indagaciones—las gentes atraídas por las conferencias y las lecciones públicas? Aquellas mismas que ya sienten gusto por saber: ved, si no, el ejemplo de la extensión de la Universidad. Pero, ¿y á los otros, á los millones que forman el ejército del trabajo y de la miseria, para qué les sirven esos cursos? Establézcense conferencias en los barrios más pobres y más ignorantes, y véase luego cuántos pobres verdaderos y cuántos de los más ignorantes acuden á ellas. Para aceptar lecciones, aunque sean gratuitas, es preciso sentir la necesidad de aprender, y esa necesidad no la experimentan los miserables: estómago hambriento no escucha. La única enseñanza que puede atraerles, desde luego, es aquella cuyas ventajas adviertan inmediatamente: la que se refiere á su oficio ó á su profesión. Toda enseñanza destinada á los adultos debe, por tanto, ser, en una amplia medida, técnica y profesional.

Pero ninguna enseñanza, por completa que sea, basta para cambiar los hábitos de la vida. Ahora bien: he ahí la cuestión. ¿Qué importa el saber, si ha de servir para el crimen? Lo que nos hace falta no son tanto conocimientos nuevos como hábitos nuevos, distracciones más sanas y mejores gustos. Para ha-

---

(1) Véase en la *Université de Paris*, Diciembre 1890, *Les Etudiants et les Peuples dans l'East-End*, A. Chevalley; y en la *Revue Pédagogique*, primer semestre, 1893. *Toynbee Hall*, por M. Le Templier.

cerlos nacer, no basta propagar el saber: es preciso establecer relaciones más estrechas con la juventud del pueblo, darle nuevos medios de gastar sus energías, vivir, en una palabra, con ella y para ella. No se trata sólo de una unión, sino de una comunión de las clases: esto es lo más necesario. Entonces, y sólo entonces, después de haber atraído á aquellos á quienes se quiere atraer, con la creación de centros permanentes de unión y de vida intelectual, se podrá, mediante una frecuentación más fácil, instruirles á la vez que «elevándoles». He ahí el objetivo.

No me detendré en la tesis de los promovedores del movimiento que ha terminado con la creación de las instituciones politécnicas y de los Palacios del pueblo. El ejemplo de lo que han hecho, demostrará de mejor manera lo que han querido hacer. Fueron en un principio muy varias las tentativas. Como de costumbre en Inglaterra, los poderes públicos no han intervenido más que para secundar y ampliar el esfuerzo, ya feliz, de las asociaciones ó de los particulares. Elijamos, pues, entre las mil instituciones de orígenes muy diferentes, las que han servido de ejemplo, y veamos luego cómo el Gobierno ha sabido animarlas y suscitar otras nuevas, aunque dejando siempre á cada una su vida particular.

Las *Universidades* son las que han dado el primer ejemplo de adhesión colectiva á esta obra.

La fundación del *Palacio del pueblo* del East-End ha demostrado el gran interés nacional que aquella despertaba.

Pero la *Institución politécnica* de Regent-Street, anterior á todas las demás, es aquella cuya organización práctica ha servido á todas de modelo.

Hace veinte años que comenzaba el movimiento en el seno de las Universidades de Oxford y de Cambridge. Era por los tiempos en que el célebre Ruskin, profesando en Oxford, se iba con sus discípulos á recomponer un camino vecinal, para mostrarles así la dignidad del trabajo manual. Era también entonces, cuando, bajo el influjo de hombres como Denison,

Maurice, y más tarde Toynbee, se propagaba y dominaba la idea de que era preciso cumplir un deber fraternal para con los pobres, yendo á vivir en medio de ellos, y llevándoles no sólo el saber, sino la simpatía, y además el ejemplo de una existencia más elevada. El deber más especial de la juventud culta y rica era precisamente—se decía—consagrar una parte de su tiempo á esta obra antes de lanzarse en la vida. Los jóvenes independientes como Toynbee, tomaron uno tras otro el camino de los sombríos barrios de Eas-End para vivir allí en medio de los pobres. Luego siguiéronle los graduados de las Universidades, quienes, en los barrios más miserables de la metrópoli, fundaron casas, verdaderas «colonias universitarias»—*University settlements*, tal es su nombre—para aquellos de entre los mismos que quisieran dedicar una parte de su juventud al «trabajo social».

Cada uno de esos obreros, después de haber terminado sus estudios, pasaba á habitar la casa de su colegio por un tiempo dado, comprometiéndose á realizar en medio de la juventud vecina, una determinada obra de educación, de recreo ó de enseñanza. Un gran número de instituciones de ese género existen hoy diseminadas por los barrios populares de Londres; las unas, la mayoría, laicas, las de Oxford; las otras, con enseñanza religiosa como parte de su obra educativa. La más notable de todas llámase Toynbee Hall, en recuerdo de Toynbee. Puede servir de tipo.

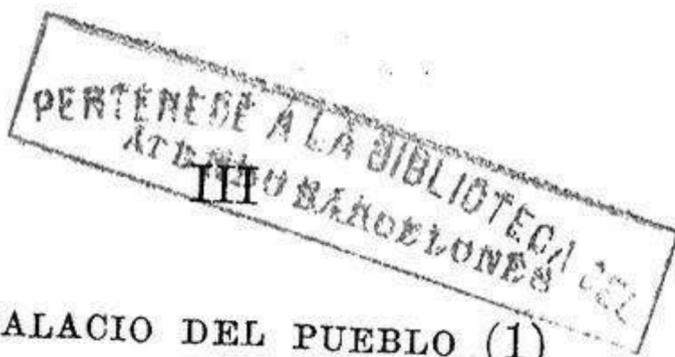
Hablando con propiedad, es un convento laico que proporciona, por un alquiler, habitaciones á los miembros de las Universidades, que quieran consagrar uno ó varios años de su vida á la educación de los obreros de Whitechapel. Los «residentes», que jamás faltan (78 hasta 1894), y los «asociados» (unos 250) que, sin vivir en Toynbee Hall, cooperan con los residentes, realizan juntos una doble tarea: social y educativa.

De una parte, mediante sus asociaciones de todo género, atraen hacia sí la juventud de los alrededores: á este fin responden las sociedades de excursiones, de discusiones; las unio-

nes atléticas de football, de cricket ó de tennis; las exposiciones animales, de pinturas ó de productos locales; los conciertos; las veladas; en suma, todas las obras que personalmente conducen los residentes, los cuales, además, aprovechan su situación particular, tan ventajosa, para verificar indagaciones económicas de gran interés, como la de 1882, sobre las gentes sin trabajo de Londres. Por fin pónense al servicio de los pobres para la dirección de sus cuestiones, habiendo conseguido revisar, durante un solo semestre, 133 casos de habitaciones insalubres. Por otra parte, las conferencias y los cursos que organizan con el auxilio de la Sociedad para la extensión universitaria, sus bibliotecas y sus periódicos, sirven para la instrucción de los 800 jóvenes que frecuentan la institución. Dos inmuebles nuevos, adquiridos por Toynbee Hall, proporcionan, en buenas condiciones de baratura, excelentes habitaciones á los discípulos de las clases nocturnas, y mister Barnett, director de la institución, anuncia ya la formación de una verdadera Universidad de obreros. Ora enseñen á visitar los talleres, ora organicen recreos de escolares ó investigaciones económicas; los residentes proclaman que, á pesar de las divergencias políticas y religiosas que los separan, trabajan todos unidos en un mismo pensamiento, cual es el de establecer relaciones amistosas con los jóvenes que les rodean, y servirse de ellos luego para elevar sus gustos y sus aspiraciones.

El influjo moral de esta institución ha sido enorme en Inglaterra. Toynbee Hall ha dado, en efecto, el ejemplo de lo que puede conseguir, en el medio peor, la abnegación de algunas personas cultas, demostrando la posibilidad de llevar hasta las capas más profundas, el sano influjo de la educación, y suscitando así una beneficiosa emulación entre las «colonias universitarias» de los barrios pobres de Londres.

La simpatía pública, despertada por los esfuerzos de las Universidades, manifestábase por entero con la fundación del «Palacio del Pueblo.»



## EL PALACIO DEL PUEBLO (1)

El origen del Palacio del pueblo, es curioso. Hacia 1883, Mr. Walter Besant, novelista inglés bien conocido, describía en una de sus obras (2), la sorprendente desolación de los barrios populosos de Londres. Hablaba de la depravación en que caían uno ó dos millones de miserables, en medio de una soledad intelectual absoluta, mientras los ricos vivían la vida elegante y culta en el otro extremo de la capital. Su héroe y su heroína despedíanse de su existencia ociosa y consagraban su fortuna á la fundación de un «Palacio de las Delicias», en el cual ofrecían á sus hermanos miserables, todos los goces intelectuales y artísticos reservados á los ricos. Eran, como se ve, estas las mismas ideas que habían provocado la creación de las «colonias universitarias». El éxito de la novela fue grande, pues respondía á una verdadera preocupación pública. Ahora bien; por aquel entonces mismo, un comité de Londres buscaba la mejor manera de utilizar para los miserables del East-End un legado benéfico, destinado á su educación. Sir E. Hay-Currie, que estaba al frente del comité, resolvió aprovechar la corriente de opinión producida por la novela de Mr. Besant y el ejemplo de las «colonias universitarias». Para realizar de alguna manera el sueño del novelista, hizo un llamamiento á la caridad pública. De todas partes se respondió al llamamiento, y la suma enorme que pedía, pronto fue suscrita. En 1887, la Reina misma presidía la apertura del

(1) V. *Revue Pédagogique*, Diciembre, 1890; *Le Palais du Peuple de East-End*, por A. Chevalley.

(2) *All sorts and conditions of men*.

E. M.—Enero 1899.

Palacio del pueblo. En suma, la institución surgía por entero merced á uno de esos movimientos súbitos, y á veces irreflexivos, de generosidad pública que periódicamente agitan á Inglaterra.

Todo ello fue concebido según un plan grandioso. En esa «ciudad maldita» del East-End, donde la taberna era el único lugar de cita del pobre cuando reinaban la niebla y el frío, un amplio jardín invernadero ofrece diariamente á las familias y á los niños su atmósfera suave y sus calles de árboles. En la inmensa sala de reunión, conocida con el nombre de Queen's Hall, celébranse los domingos conciertos y por la semana conferencias. Sus baños públicos son los más vastos de Inglaterra; los gimnasios de hombres y mujeres, los mejor provistos; la biblioteca popular, una de las más ricas; la escuela industrial, una de las mejor concebidas. A decir verdad, traspasáronse un poco los límites de la prudencia, porque las dificultades financieras surgidas más tarde, hubieron de detener la marcha de la institución, á la cual, sin embargo, millón y medio de pobres llegaron para participar de los sanos recreos durante el primer año. Hoy la obra ha sido restaurada y está de nuevo próspera; su influjo es á la vez social y educativo, como el de Toynbee Hall; en cuanto á su organización, vamos á encontrarla más perfecta aún en el «Polytechnic» de *Regent Street*.

#### IV

##### INSTITUCIÓN POLITÉCNICA DE «REGENT STREET»

Queda uno estupefacto cuando se piensa que la institución de Regent Street reúne, en el corazón de Londres, unos 18.000 jóvenes, y les proporciona un verdadero centro de educación, de instrucción, de recreo, de vida intelectual y social,

en una palabra. Y todo es la obra de un hombre, de Mr. Quintín Hogg, uno de los grandes negociantes de Londres. No relataré los humildes comienzos de la institución; ni cómo mister Hogg, joven aún, se iba, disfrazado de limpiabotas, á reclutar por las calles jóvenes aprendices para conducirlos á la escuela nocturna, instalando luego su clientela, cada día más numerosa, en locales siempre demasiado estrechos, hasta acabar, por último, después de treinta años de sacrificios y de donar su fortuna, con la creación de la más hermosa institución educativa de adultos que en el mundo existe. Básteme decir que una vida como la de Mr. Hogg, es la más gloriosa que un hombre puede tener en una ciudad moderna.

Para ser miembro del «Poly», diminutivo cariñoso del nombre de la institución, un empleado ó un obrero, sean cuales fueren su pasado, su origen, su nacionalidad, su religión, su partido, no debe reunir más que dos condiciones: tener de diez y seis á veinticinco años de edad y comprometerse á pagar un cheling por mes. Más joven, dejaría demasiado pronto la escuela ó la familia; más viejo, sería menos susceptible de educación. Admitido gratuitamente, estimaría menos su admisión. El hombre es así, y no aprecia más que lo que le ha costado un pequeño sacrificio. Por de contado, las matrículas no cubren más que una parte de los gastos. Hasta 1889, mister Hogg era quien atendía á todo, gastando así varios millones desde la fundación de la obra. A partir de esta fecha, los poderes públicos le han ayudado: ya veremos cómo.

Una vez admitido el joven, bástale decidirse, según sus gustos, para encontrar el útil empleo de sus ratos libres. El gimnasio le abre á diario sus puertas: allí hay un millar de atletas. La hermosa piscina de natación le espera. En cuanto á los distintos «clubs» atléticos, cada uno tiene su local en el «Poly», y sus campos de juego, fuera, todos son formidables. Los jugadores de foot-hall y de cricket tienen su sitio en Wimbledon; los remadores su «boat house», en el Támesis; los patinadores su «rink» en Brompton. Los ciclistas, en fin, en nú-

mero de 230, forman la más famosa asociación de Inglaterra y cuentan campeones que París ha aclamado.

En el interior, el joveu ya miembro se unirá, ya sea á la sociedad de las discusiones políticas, el Parlamento del «Poly», que cuenta 500 miembros, ya sea á los círculos de lectura, de jugadores de ajedrez, de fotografía. Si tiene afición á las lenguas extranjeras podrá afiliarse á la sociedad alemana ó la sociedad francesa, más próspera aún, que ejecuta nuestras comedias, lee nuestras revistas y no habla más que nuestra lengua en sus reuniones. Es, quizá, músico, pues ingresará en la orquesta, en el orfeón ó en la banda musical del «Poly». Nada le impide pertenecer á todos los clubs, si así lo desea. Como están dirigidos con toda libertad por los miembros mismos, que soportan sus pequeños gastos, ningún obstáculo se le opone. Aun cuando no pertenezca á ninguno, no por eso la biblioteca circulante dejará de ofrecerle cada noche sus 6.000 volúmenes; la sala de lectura, sus periódicos, sus revistas; el restaurant, sus comidas á precio corriente; la Sociedad de socorros mutuos, su auxilio en caso de enfermedad; la oficina de colocaciones, sus noticias; la caja de ahorro, sus cajas; la oficina judicial, sus anuncios legales..... ¡Qué se yo! ¡Hasta encontrará en el «Poly» un peluquero!

Esto por lo que toca al lado social y recreativo de la institución. El influjo de las autoridades del «Poly» no se ejerce más que de una manera insensible. Se procura á los jóvenes todas las facilidades posibles para organizarse; se les da local y material, luego se les permite obrar según las reglas aprobadas, y se estima al joven salvado, inmediatamente que ha logrado contraer una afición honrada, aunque sea un sport, y hábitos sanos que le apartarán de los malos.

Pero al lado de los clubs y de las sociedades, el «Poly» posee todo un sistema de instrucción que apenas se puede bosquejar aquí. Primeramente, para los niños de menos de diez y seis años hay una especie de escuela primaria superior, con una enseñanza mercantil muy desenvuelta. Luego, para los

adultos, todo un conjunto de clases nocturnas, cuya lista sola llenaría una columna. La enseñanza religiosa tiene allí su parte, pero sin ser más obligatoria que las demás. De hecho encuéntrase en el «Poly» tantos católicos, judíos y disidentes como protestantes anglicanos.

Lo que conviene hacer notar es, que al lado de la enseñanza general, necesaria á todos, hánse establecido un gran número de cursos técnicos, absolutamente prácticos, profesionales y especiales. En cada una de esas clases nocturnas no se admiten más que los obreros del oficio á que la enseñanza se refiere. Ningún curso se ha fundado sin antes haber sido pedido. Pero desde el momento en que se encuentra el maestro y que la institución le ha procurado un taller y el material, debe dedicarse á un objeto preciso, práctico, inmediatamente útil. Sin lo cual sus discípulos, que en parte lo pagan, lo abandonarían pronto, y el curso se terminaría por sí mismo. Así pueden prosperar cursos absolutamente técnicos como los siguientes: grabado en cobre, trabajo en yeso, fabricación de tramos de escaleras, dibujo de muebles, carruajes, corte de vestidos, compostura de relojes, etc., etc. Si no encontrasen un beneficio inmediato y el medio de mejorar su situación, los obreros de los alrededores no frecuentarían en el número que lo hacen, más de 10.000, esos cursos, que les cuestan, por término medio, de 5 á 12 francos al semestre.

Bien se ve la tarea considerable que la institución politécnica realiza. El joven que se hace miembro de ella tiene su vida ocupada. Divide sus veladas entre los cursos y las clases que le son útiles, las Sociedades de que forme parte y las distracciones que organizan éstas. En los días de descanso y de fiesta juega con su club. Durante sus vacaciones, si las tiene, el «Poly» organiza para él, á precios ínfimos, grupos de excursionistas que llegan hasta Suiza, Francia y Noruega. No hay allí nada que suponga una absorción del individuo, porque no se imponen ni condiciones, ni opiniones, ni reglas. Trátase, por el contrario, de la expansión coompleta de su ser, procu-

rándole un campo abierto á todas sus energías, y la salud por la libertad y la actividad.

Tales son, en suma, la historia y la organización de las grandes instituciones que han hecho triunfar en Inglaterra la causa de un nuevo sistema de educación de los adultos. Todas las que dejamos descritas y muchas más aún, han sido el resultado de esfuerzos privados. Cómo los poderes públicos han acudido á secundarlas, á garantizar su vida y á provocar por todas partes otras instituciones análogas; de qué manera, en una palabra, se ha producido la intervención oficial, he ahí lo que nos queda por examinar.

## V

### «UNIVERSITY HALL»; OTRAS INSTITUCIONES:

#### LOS «CHARITY COMMISSIONERS» Y EL «COUNTY CONCIL».

Mientras las grandes instituciones antes descritas se formaban y prosperaban, otras muchas, todas semejantes por su organización, nacían por do quiera. Bastantes, especialmente en las provincias, estaban afiliadas á las iglesias. Por tal manera, aldeas modestas tuvieron muy pronto su «Institut» más ó menos análogo al retrato ideal trazado en *Roberto Elsmere*. Mr. H. Ward, el autor de esa notable novela, consagróse por sí mismo á una de las nuevas instituciones de educación popular en el Norte de Londres. No creo necesario insistir aquí acerca de su obra, recientemente descrita por el profesor Bonnet-Maury en la *Revue des Deux Mondes*. Por todas partes, en las grandes ciudades, los antiguos círculos de obreros se transformaban bajo el influjo de las nuevas ideas. Los cursos nocturnos tomaban un carácter más técnico y más atractivo. Sobre todo, se empezaba á no contar únicamente con ellos para ejercer un buen influjo sobre la juventud que á los mismos era llamada, y se propendía, más á inspirarles mejores hábitos de vida

que á darles nuevos conocimientos. En Londres, sobre todo, el esfuerzo local fue considerable. Yo he podido visitar alguno de los nuevos establecimientos de educación de los adultos creados por asociaciones diversas; no me han parecido inferiores á los otros. El de Saint-Peter's, cerca de Victoria, es digno de especial mención. Así, pues, el movimiento se afirmaba por todas partes, y los poderes públicos no podían permanecer por más tiempo indiferentes á las obras cuyo interés nacional era evidente.

En Londres, el auxilio partió primeramente de los «Comisarios de la caridad» (*Charity Commissioners*). Constituyen estos un comité encargado por el Gobierno de velar por la administración de los legados y de las fundaciones benéficas, cuyo objeto ha desaparecido. Posee, con algunas de las atribuciones de nuestra Beneficencia pública, recursos mucho más importantes para toda clase de subvenciones.

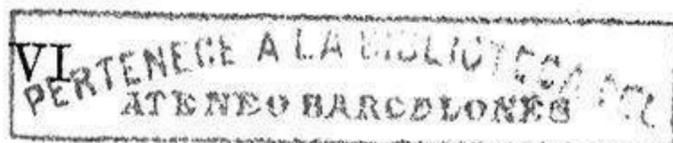
Los «Comisarios de la caridad» contribuyeron con largueza á la fundación del Palacio del pueblo; á partir de 1889, aseguraron á la institución de *Regent Street* una suma de 90.000 francos anuales; además, tomaron gran parte en la fundación de nuevas instituciones en Londres. Para los inmensos barrios pobres del Sur, donde un gran comité local proyectaba levantar tres establecimientos semejantes al de *Regent Street*, los «Comisarios de la caridad» dieron 3.750.000 francos, á condición de que se suscribiría una suma igual. Esta suma se obtuvo: y en la actualidad, los nuevos «Poly» se hallan abiertos en el Sur de Londres, en *New-Cross*, en *Borough-Road* y en *Battersea*, contando cada uno con sus tres ó cuatro mil adheridos. Los Comisarios prometieron también cinco millones para la fundación de cuatro nuevos establecimientos en el Norte de Londres y ampliaron sus subvenciones á todas las instituciones particulares que les parecieron dignas de apoyo.

Por otra parte, el mismo Gobierno se decidió al fin, hace algunos años, á prestar su concurso á todas las instituciones que tuvieran por objeto la educación de los adultos y por me-

dio la enseñanza técnica. Se recordará que en 1890 se estableció un nuevo impuesto sobre los alcoholes; Mr. Goschen, Ministro de Hacienda, atribuyó entonces á los Consejos de condado el producto casi íntegro del nuevo impuesto. Este, á su vez, debía emplearse para auxiliar á las instituciones locales, cuya enseñanza podía servir á la educación técnica y profesional de los obreros. Tal es precisamente el caso de las instituciones politécnicas y de los Palacios del pueblo. Recompensando su tarea docente, que hasta cierto punto puede medirse por el número de alumnos, se aseguraba también su obra de educación, más silenciosa, más difícil de evaluar, pero no menos fecunda en resultados. De esa manera es como el Consejo del condado de Londres ha podido consignar en 1895 unos dos millones y medio á las instituciones politécnicas, á los Palacios del pueblo y á los demás establecimientos de enseñanza técnica de Londres. En los condados, desde la asignación de semejante subvención oficial á la educación de los adultos, en todas partes se fundaron nuevas instituciones. De Londres, el movimiento se ha propagado á las provincias, y apenas hace algunas semanas que se anunciaba, por ejemplo, en el condado de Meath, la creación de una docena de nuevas instituciones politécnicas sólo en los distritos rurales del Yorkshire.

En Londres ó en los condados, todas esas instituciones tienen un mismo carácter. Todas atraen y llaman al joven, con las facilidades que ofrecen para una vida común: baños, gimnasios, bibliotecas, conciertos, representaciones. Todas concurren á su educación inspirándole por medio de sus sociedades y de sus clubs, hábitos y pasiones sanas, que no le dejan ni tiempo ni ganas para el desorden y el libertinaje: así se cumple, sin ceremonias, una gran obra moral y social, por la sola virtud del ejemplo y el único remedio de la actividad. Todas, por último, contribuyen también á la instrucción del joven, ofreciéndole no sólo los conocimientos generales, útiles á todos, sino ese saber técnico é inmediatamente utilizable, único que puede atraerle y retenerle de una manera permanente.

¿Quiere esto decir que todo sea perfecto en esas instituciones politécnicas? Por mi parte, quisiera menos utilitarismo, un llamamiento menos constante al interés de los jóvenes que las frecuentan. Es indispensable, sin duda, ofrecer á esta juventud beneficios serios para llamarla y retenerla; es muy hermoso hacerle aceptar por tal manera los leves sacrificios saludables que de ella se exigen en cambio. Pero es preciso que no olvide que de lo que se trata, ante todo, es de su educación, esto es, de algo infinitamente precioso y que, sin embargo, no se traduce siempre en resultados materiales y en beneficios próximos. Consentir que degeneren en educación de negocios lo que no debe ser más que cuestión de educación, he ahí el peligro grave en esto, como en todo, en Inglaterra. El mal se manifiesta particularmente en la enseñanza dada en los cursos nocturnos. Si esta enseñanza prosigue especializándose hasta lo infinito, podrá contribuir á formar obreros más instruídos y más capaces en cada rama de la actividad nacional, pero no servirá para formar hombres y ciudadanos.



#### LAS BIBLIOTECAS POPULARES (1)

Felizmente, al lado de las instituciones nuevas, existe un agente más antiguo, pero además más potente, para la educación general y desinteresada del pueblo: las nuevas bibliotecas populares.

Las bibliotecas populares no faltan en Francia, á Dios gracias. Pero me atrevo á decir que les falta algo: estar convenientemente instaladas y utilizadas. No nos referimos, claro es, á las bibliotecas municipales ó á las bibliotecas sabias, sino

---

(1) V. *Annuaire de l'Enseignement primaire*, 1893. (A. Colin, editeur). *Bibliothèques populaires en Angleterre*, per A. Chevalley.

á las que están destinadas especialmente al pueblo. En su mayoría son almacenes de libros, abiertas dos ó tres veces á la semana, apenas. El resto del tiempo, el capital intelectual que representan, duerme en los estantes. De periódicos, revistas, sala de lectura, cero. Van á ella únicamente los que ya tienen gusto por los libros. En cambio, aquellos á quienes se debería inspirarles tal gusto, no son ni llamados ni solicitados. En una palabra, esas bibliotecas populares, el primero y el más útil agente de la educación de los adultos, no tienen entre nosotros un carácter bastante popular. No ocurre así en Inglaterra.

Si recorréis los barrios populares de Londres, no podréis menos de advertir, en las grandes vías, un cierto número de establecimientos casi todos nuevos, pues que no los había en 1885, con este rótulo: *Free Public Library* (Biblioteca pública y gratuita). La gran puerta, constantemente abierta, da siempre á la calle. Las gentes entran y salen sin cesar. A la noche, las ventanas brillan con más fuerza aún que las de la taberna próxima, invitando así á la muchedumbre. Después de haber franqueado la puerta, encontraréis, ante todo, una sala de lectura. En pupitres especiales hállanse instalados todos los periódicos del día: en mesas, las revistas: en todas partes, he visto revistas ó periódicos franceses. Las gentes leen en silencio, uno los anuncios, otro noticias, un tercero el órgano de su oficio ó de su profesión. Se circula sin molestar, porque un grueso hule amortigua el ruido de las pisadas. Yo frecuenté hace tres años cuatro de las grandes bibliotecas populares de Londres, y siempre he visto en ellas un centenar de personas, á todas las horas. En una pequeña ciudad de provincia, en Cheltenham, la sala de lectura recibía mil doscientos visitantes al día. Al lado de esta sala está la biblioteca circulante, donde sólo se hacen préstamos de libros. He ahí á qué se reduce la biblioteca francesa, y no está abierta todos los días. Por último, encima está la sala de trabajo, silenciosa y tranquila, calentada en invierno, con numerosos pupitres, donde los lec-

tores pueden consultar y utilizar todos los libros de estudio que la biblioteca contiene.

Un establecimiento de esta naturaleza en el centro de un barrio ó de una pequeña ciudad, es un llamamiento constante hacia la luz, un asilo abierto siempre para pasar un rato de descanso. Los periódicos y las revistas, las ilustraciones, atraen hasta á los más ignorantes. Acuden primero para ver los grabados, los anuncios de asuntos, las noticias del día. El funesto efecto, tan sensible entre nosotros, de la lectura asídua del mismo periódico de cinco céntimos, se neutraliza, porque hay allí de toda clase de periódicos. A la noche, las salas de lectura y de trabajo, alumbradas y bien templadas, son el refugio del joven laborioso y aislado á quien el frío arroja de su habitación. ¿Cuántos hay en París á quienes un asilo como ese habría salvado?

Cada una de esas bibliotecas es el fruto de un esfuerzo local. Según la ley Ewart, basta que diez contribuyentes hagan al Consejo de la parroquia la petición escrita de una biblioteca popular, para que la cuestión sea inmediatamente sometida á los electores de la parroquia. Vótase como si se tratase de una elección política, y si el resultado es favorable, el municipio se recarga con medio penique suplementario por libra de impuesto, á fin de fundar y de conservar una biblioteca popular. Precisamente en las parroquias en las que los obreros han tenido mayor trabajo para conquistar una biblioteca por medio de su voto, es donde el éxito de semejantes establecimientos ha sido más vivo. De 1885 á 1893, se han fundado unas treinta bibliotecas populares de ese modo en Londres, y existen 250 en Inglaterra. Unos han protestado contra el abuso, otros han hablado de socialismo. »No tengo miedo á ese grito — dice un «solicitor general» al inaugurar una biblioteca;— miramos las cosas de frente, para ver si son buenas ó malas, y las juzgamos sin preocuparnos con su etiqueta.» Igualmente Mr. Gladstone, al inaugurar otra de esas nuevas bibliotecas, las proclamaba uno de las más poderosos instrumentos de educa-

ción que á un pueblo pueden ofrecerse. Y hay que reconocer, en efecto, que, para provocar el gusto por la lectura y satisfacer la necesidad de la instrucción, nada vale más que esos establecimientos, siempre abiertos, siempre atractivos y confortables. Hay entre las nuevas bibliotecas populares inglesas y las que conocemos en Francia, la misma diferencia que entre el gran almacén ampliamente hospitalario y la tienda donde sólo entran los iniciados. Es preciso, si se quiere atraer al gran público, abrir sus puertas, y abrirlas sin miedo.

## VII

### CONCLUSIONES

Así, pues, gracias á las instituciones politécnicas y á los establecimientos de enseñanza técnica; gracias á las bibliotecas populares, que los secundan silenciosamente, elabórase hoy en Inglaterra un verdadero sistema de educación de adultos, complejo en sus orígenes y uniforme en su acción. ¿Qué puede esperarse? En esto, más que en cosa alguna, es peligroso el optimismo, porque el campo es inmenso, los obreros pueden fracasar en su obra, y, por otra parte, toda esperanza exagerada engendra una reacción injusta. Pero hay por lo menos un resultado incontestable. Los millares de jóvenes que se adhieren á esas nuevas instituciones—y las de la capital que hemos citado, reúnen por sí solas 50.000—son todos del pueblo y de las clases pobres. Todos sufren y trabajan á diario, y sin embargo, viven, gracias á las instituciones que hemos descrito, una vida física, intelectual y moral, superior á la de nuestra juventud trabajadora. Resultan apartados, por una sana actividad, de las tentaciones de ese mal social que roe las naciones, que se llama embriaguez, ignorancia, desorden. Para decirlo de una vez, son la levadura de una próxima ge-

neración. ¿No basta esto para justificar el esfuerzo que las mismas significan?

Ahora bien, este esfuerzo saludable ha sido todo él local y privado, antes de ser impulsado oficialmente. Local y privado es aún hoy, á pesar de la intervención de los poderes públicos. La conciencia, pues, de un deber social que es preciso cumplir, es la que ha inspirado los sacrificios de donde han nacido las instituciones que dejamos descritas. La idea de una obra necesaria de justicia y de seguridad, es la que ha impulsado desde el primer momento á las Universidades, suscitando luego á los donantes y á los fundadores, provocando, en fin, los esfuerzos individuales, hasta agitar á toda la clase inteligente y rica de la nación. Sin ese convencimiento público de la necesidad del esfuerzo, sin esa profunda y general convicción, ninguna tentativa oficial, ninguna empresa privada tiene probabilidades de éxito. Para esa obra nacional es preciso la cooperación de la nación, la simpatía viva, activa, de todos cuantos se preocupan por el porvenir del país. Si, pues, se quiere en Francia continuar la educación del escolar y perpetuar el influjo de la escuela, la primer condición es persuadir á cuantos piensan, á cuantos tienen, que la obra es urgente, que es, además, posible. Si el ejemplo de lo que han hecho nuestros vecinos puede servir de algo, estas notas no resultarán inútiles.

## UNA INSTITUCIÓN DE EDUCACIÓN POPULAR

### EN LONDRES.

#### I

Antes de que se discutan en los Congresos del Havre y de Burdeos los medios de continuar la obra de la escuela en la

juventud popular, quizá resulte interesante conocer con algún detalle, una de las grandes instituciones recientemente fundadas en Londres para la educación de los adultos.

Desde hace diez años, las conferencias y las lecciones nocturnas, tan abundantemente creadas por nuestros vecinos, sustitúyense por establecimientos nuevos, extremadamente complejos, donde, sin dejar de propagar la instrucción, se intenta al propio tiempo la educación completa de la juventud popular. No voy á elegir ahora como tipo ó ejemplo el famoso Instituto politécnico de Regent Street, aun cuando con sus diez y ocho mil asociados y su excelente organización práctica haya sido digno de servir de modelo á todas las demás instituciones de su género, porque este establecimiento se debe á la generosidad de un solo hombre; además, recluta su personal en un barrio relativamente rico é instruído. Lo que importa es saber si esas nuevas instituciones destinadas al pueblo llegan al verdadero pueblo, al de abajo, que es el más difícil y el que más necesita ser «elevado». La institución politécnica de Borough Road, situada en uno de los barrios más absolutamente pobres del Sur de Londres, debida, por otra parte, al concurso de la iniciativa privada y de los poderes públicos, será, sin duda, un ejemplo mejor.

¿Quién no conoce, de oídas á lo menos, esos barrios miserables de Londres, con sus filas de casas leprosas, todas análogas; bandos de niños sucios en la calle; algunas niñas bailando en el fango, al compás del piano mecánico; las mujeres adornadas con innobles esteras, y, por último, el indispensable borracho cantando al aire libre? Todo respira miseria y tristeza; y si realmente las nuevas instituciones pueden hacer algo para levantar un tanto esa gente, ¿no merece la pena detenerse en ellas? La de Borough Road está establecida desde hace tres años en el centro de uno de esos barrios, en el solar de una de las más antiguas escuelas normales de Inglaterra. ¿Cómo se fundó? ¿Cómo está organizada? ¿Qué resultados ha producido?

Hará pronto diez años que se fundaba un comité local para dotar á los quince mil obreros que habitan el Sur de Londres, de tres instituciones de educación popular, semejantes á las que un gran movimiento de generosidad pública acababa de crear en el Este de la metrópoli. Como siempre en Inglaterra, en el origen de esta obra se tropieza con una iniciativa privada y local. Para encontrar los fondos necesarios, se acudía primeramente á los «Comisarios de la Caridad» (Charity Commissioners), en cuyas manos la ley había puesto los recursos de numerosos legados. Ofrecieron estos desde luego, hasta tal punto la opinión pública era favorable á semejantes tentativas, una suma de 3.750.000 francos para los tres establecimientos en proyecto. Pero pusieron una condición. Como la obra era local, era preciso realizar un esfuerzo local que revelase que se deseaba tal obra, que se quería participar en ella y que se la sostendría. Decidióse, pues, que era necesario reunir, por suscripción pública, una suma igual al donativo de los «Comisarios», antes de comenzar los trabajos. Gracias á los esfuerzos del comité, á los desprendimientos de las grandes corporaciones de comerciantes y de los ricos del Sur de Londres, reuniéronse los 3.750.000 francos en dos años. En la lista de suscriptores encuentro grandes negociantes suscriptos con donativos regios, un glorioso anónimo que daba 20.000 libras esterlinas, y, por último, grandes corporaciones, como la de plateros, que entregaba de una sola vez 625.000 francos para comprar los terrenos. En 1891 había ya los siete millones y medio necesarios, y se iban á levantar presto las tres nuevas instituciones, la una en New-Cross, la otra en Battersee, y la tercera, la que nos ocupa, en Borough Road, entre Lambeth y Bermondsey.

La caridad pública y la iniciativa privada habían, pues, bastado para fundar esos tres establecimientos. En 1893, su éxito estaba asegurado; afluían las peticiones de admisión, pero era necesario conservarlas. Para adquirir el terreno y erigir un establecimiento como el de Borough Road, destina-

do á más de 3.000 miembros, con sus salas de reunión y de recreo, su gimnasio, sus bibliotecas, sus salas de cursos, sus talleres; para adquirir el material y asegurar el personal necesario, se estimaba, con razón, que los dos millones ya adquiridos no eran excesivos. ¿Sería necesario acudir todos los años á la solicitud pública? Entonces fue cuando se ejerció, no sólo respecto de Borough Road, sino de todos los establecimientos análogos, la intervención del Gobierno.

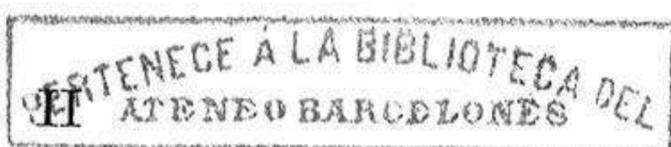
Un gran número de instituciones del mismo género se habían levantado, en efecto, hacia la misma época en Inglaterra, bajo el influjo de las mismas ideas. Unas, provenían de esfuerzos particulares; las otras, debíanse á la generosidad de asociaciones benéficas; por último, muchas, especialmente en las aldeas y en las poblaciones pequeñas, estaban afiliadas á las diferentes iglesias. Pero todas tenían el mismo objeto, esto es, acudir á la educación y á la instrucción de la juventud popular; á su educación, proporcionándole los medios de una vida más elevada; á su instrucción, por medio de cursos y de clases nocturnas de un orden generalmente técnico y profesional. El deber del Gobierno era sostener esas instituciones nacientes, que realizaban una obra de interés nacional. La ocasión se presentó en 1890. Establecido por Mr. Goschen, Ministro de Hacienda, un nuevo impuesto sobre los alcoholes, atribuía á los Consejos de condado el producto de ese impuesto, que había de aplicarse al fomento y progreso de la educación popular y profesional.

Así fue como en 1893 el Consejo de Londres pudo consagrar 16.000 libras esterlinas á la educación de los adultos en la metrópoli, y como la institución de Borough Road pudo recibir ella sola del Gobierno una suma de 25.000 francos al año. Además, reserváronsele con cargo á las rentas de las fundaciones benéficas de Londres, 8.000 libras. Por último, á la manera como la corporación de plateros sostiene con sus donativos la institución de Neu Cros, y la de los Pañeros el Palacio del pueblo del East-End, así la antigua y rica corpo-

ración de comerciantes de hierro aseguraba á Borough Road 1.800 libras de renta anual.

He ahí, ciertamente, un ejemplo bien característico de la manera cómo se fundan la mayoría de las instituciones inglesas. Se advertirá que el Gobierno, siguiendo la costumbre, no ha intervenido más que para continuar una obra ya comenzada y organizada por un vigoroso esfuerzo local.

Veremos cómo se ha desenvuelto.



La institución politécnica de Borough Road, instalada en un inmenso local, está dirigida por un Consejo de personajes influyentes del barrio. Comités especiales dirigen la obra de la educación. Esas funciones son gratuitas. Para vigilar la obra de instrucción, ha sido preciso procurarse servicios de un director y de una directora de la enseñanza. Por último, un secretario está encargado de la administración interior.

Como todos los establecimientos análogos, á la manera que el gran «Poly» de Regent Street, que se ha tomado por modelo, la institución politécnica de Borough Road tiene dos objetos. Proporciona la instrucción general y profesional á sus miembros, mediante los cursos nocturnos de sus clases y los ejercicios prácticos en sus talleres. Pero, sobre todo, atrae y retiene á la juventud obrera de los alrededores, para asegurar su educación, gracias á sus recreos y diversiones, á sus sociedades y á las facilidades que ofrece para una vida común. Toda la organización material del establecimiento está concebida con arreglo á esa idea. Al efecto, hase construído un gran anfiteatro central para los conciertos, las conferencias, las proyecciones luminosas, las representaciones dramáticas; hay además un gimnasio, salas de billar y juegos de todas clases; un restaurant barato, una sala de lectura, bien provista de periódicos, una hermosa biblioteca popular con más

E. M.—Enero 1899.

de 4.000 volúmenes; por último, un buen número de salas para las reuniones de los clubs y de las sociedades que tienen la institución como centro, sus asociados por miembros y sus fundadores por patronos.

Por medio de esas sociedades, es como se ejerce de la manera más aparente, pero también más real, la acción benéfica de la institución. Ofrecen aquellas al joven obrero mil medios de gastar sanamente su actividad. Así, según sus aptitudes ó sus preferencias, se hace miembro del club de football, del tennel, del cricket; va á jugar todos los sábados con su club y se ejercita en las diferentes manifestaciones de la institución. Entra á formar parte, ya sea de la sociedad coral, ya sea de la orquesta. Toma parte en las exposiciones periódicas de los productos de la industria local que se celebran en la institución. O bien se hace inscribir en el Círculo de economía política, acude á oír las conferencias célebres ó aporta á ellas un contingente de noticias precisas y locales sobre las cuestiones que constituyen el objeto de investigaciones sistemáticas, división del trabajo, aprendizaje, huelgas, salarios, exceso de producción, etc. Puede además hacerse miembro de la Sociedad de historia natural, de la Sociedad de taquigrafía ó de la de «aficionados á las antigüedades». Por último, como en todas las asociaciones populares de Inglaterra, encontrará en Borough Road una Sociedad de «Shakespearianos», que leen en alta voz los dramas de Shakespeare, y asisten en corporación á las representaciones de su poeta. Todas las instituciones de educación popular que yo he visitado en Londres, rinden culto al gran poeta nacional. Nada se puede ofrecer en Francia, que á eso se parezca, en honor de Corneille. De la propia suerte se encuentra en Borough Road el Parlamento en miniatura, tan conocido en todas las escuelas inglesas. Obreros con sus manos negras se ejercitan en el uso de la palabra, al modo como los estudiantes de las Universidades, y no sorprende menos oír á esos herreros ó á esos carpinteros calificarse mutuamente de «honorables», y ejercitarse en el respeto hacia la

palabra ajena por la observancia de las reglas de la discusión parlamentaria, que escuchar á esos barbilampiños de colegio pronunciar con tono grave un discurso de primer ministro.

Todos esos clubs dan de tiempo en tiempo fiestas, á las cuales se invitan unos á otros los miembros de ellos. Las jóvenes tienen, como los jóvenes, sociedades diversas. Los directores y los miembros de los comités de educación invitan por series, ya en sus casas, ya en Borough Road, á todos los miembros de la institución: celébranse *garden-partis* en verano; en días señalados organizanse veladas. Gracias á esas fiestas periódicas establécese cierta comunión entre las gentes cultas y ricas que se interesan por la institución y la masa de los pobres, que son sus miembros. Un periódico semanal sirve de lazo entre unas y otras, y refleja la vida social de la institución. Sólo en el número de 15 de Julio, en pleno período de vacaciones, encuentro relaciones de una velada literaria, de un «*garden-party*», de tres ó cuatro excursiones, de una exposición de pinturas y de numerosos viajes de vacaciones.

Por tan diversos medios es como los organizadores de la obra trabajan por arrancar al joven aprendiz del medio de los malos influjos. Se proponen sustraerle á la vida brutal, proporcionándole, por el ejemplo y la asociación, los medios de una vida más culta. No se trata de morigerar ni de evangelizar. La obra es social y no religiosa. Lo que allí se ataca no es el mal denunciado por los teólogos, sino los distintos males, embriaguez ó ignorancia, libertinaje ó pereza, que arruinan á la raza y á la sociedad. Cuéntase para obtener el remedio eficaz, con la acción benéfica de una actividad sana, facilitada en la asociación, mantenida por el ejemplo. No se pretende sofocar ó ahogar la vida, reprimiéndola, sino, por el contrario, embellecerla, ocuparla, para hacerla mejor: hacer obrar, y no limitarse á enseñar sólo, he ahí la regla de la obra.

Pero no se crea por esto que la instrucción se abandona en Borough-Road. Ofrécese ésta liberalmente en los cursos nocturnos. Pero tiene ese carácter técnico y profesional que

hoy se encuentra en todos los institutos de educación de adultos en Inglaterra. Dar á los obreros de los cursos nocturnos los conocimientos que desean y que habrán de serles útiles, he ahí, según se cree, el único medio de atraerlos y de retenerlos. Por otra parte, esta instrucción técnica no es inferior á una instrucción liberal. Obligado constantemente el hombre á limitar sus conocimientos, puede muy bien limitarlos á lo que le es inmediatamente útil. Todo puede servir para la educación de las inteligencias. Es necesario, dice recientemente el profesor Stuart, enseñar á las gentes «lo que necesitan saber y no lo que no desean aprender», ó lo que nosotros creemos bueno para ellos. Doy la teoría por lo que pueda valer.

En Borough Road, todas las industrias del barrio, que ocupan cierto número de miembros de la institución, forman el objeto de una enseñanza precisa, positiva, en los talleres especiales del establecimiento. Hay entre los miembros muchos plomeros, albañiles, dependientes de Banco y carpinteros, pues también hay en la institución talleres y cursos especiales para la plomería, la albañilería, la composición, la taquigrafía, la ebanistería ¡qué sé yo! No se admiten en cada uno de esos cursos más que los obreros y aprendices pertenecientes al oficio que constituye su objeto. Todos son pagados. El precio es poco elevado—de tres á diez francos al año para los miembros:—pero aun siendo tan escasa la cuota, se necesita que el curso proporcione serias ventajas, para que se haga semejante sacrificio de tiempo y de dinero. A título de curiosidad, he aquí el programa de albañiles y mamposteros en el invierno de 1894-95: «Muros de contrafuerte y muros de dique; muros de cierre; construcción y unión de alcantarillas, cimentación, arcos oblicuos, colocación de pisos y techos incombustibles, chimeneas y muros profundos, etc., etc. Todos estos trabajos se ejecutarán por los alumnos del curso según una escala determinada y según sus dibujos propios, en los talleres de la institución.»

Al lado de esta enseñanza técnica y pagada, los cursos gra-

tuítos ofrecen la instrucción elemental y general necesaria para todos. No son los menos seguidos.

¿Cuáles son ahora los resultados obtenidos? ¿Se ha llegado al pueblo en sus miserables? ¿Se ha conseguido ejercer sobre él un sano influjo? La institución tiene tres años apenas. Sin embargo, es un centro de vida para 3.326 jóvenes de uno y otro sexo del barrio que frecuentan las lecciones y las sociedades. Todos pertenecen á la clase pobre; la mayoría ganan lo indispensable para vivir. Por tanto, deben apreciar en mucho los beneficios de la institución cuando sacrifican en ella los 50 céntimos por mes de su cuota. En 1893, de los 1.696 miembros, no ha encontrado ni uno solo, salvo 13 maestros, que no ejerciera un empleo manual; la mayoría eran mancebos, mecánicos, tipógrafos y zapateros; pero abundaban también los albañiles, tejeros y esportilleros. No cabe ser más del pueblo.

Todos esos jóvenes no pueden estimarse completamente salvados porque frecuentan la institución. Pero casi todos adquieren en ella gustos, conocimientos, una manera activa é inteligente de emplear sus descansos, que por siempre les apartan de los hábitos de la vida brutal. No son todos santos, claro es, esos plomeros y ladrilleros. Pero no se trata de hacer santos, sino hombres más instruídos, más activos y más cultos. La institución de Borough Road está admirablemente organizada para realizar semejantes progresos entre los jóvenes que á ella acuden. Según el testimonio de los que los conocen de cerca, no hay uno que no adquiriera en Borough Road alguna pasión sana, los unos por su deporte, los otros con su club ó con su estudio. Ahora bien; nada es tan potente como una pasión sana para arrasar el camino á las demás. El gran secreto de la educación popular no consiste, pues, en refrenar las energías, sino en utilizarlas. Por no haber encontrado en sazón un objeto legítimo, atractivo, es por lo que tantas voluntades juveniles se malgastan y pierden.

Las nuevas instituciones inglesas, que ofrecen á los jóve-

nes actividades populares una variedad tan suficiente de útiles derivados, realizan, sin duda, una obra tanto más útil cuanto que no sirven á ningún partido. Por mi parte, censuraría con gusto ciertos defectos de las mismas, como el abuso del reclamo. Pero su principio mismo persistiría inatacable, y el gran esfuerzo nacional, desinteresado con respecto á toda consideración política y religiosa, que la ha creado, es digno de ser citado como ejemplo. Este esfuerzo lo atestiguan mil signos; comienza entre nosotros. ¡Ojalá alcance el merecido éxito!

A. CHEVALLEY.

# EL CUBANO

---

El único que en Cuba comparte con el español la dicha de ser blanco, de pertenecer en general á una clase social más elevada y de poseer ciertos derechos inalienables, es el cubano (1). Los dos, el español y él, son entre sí tan extraños y enemigos, como cabe entre gentes que habitan permanentemente la misma tierra. El criollo es á su modo tan interesante como el español, y merece una descripción circunstanciada. Teóricamente, debería ser el cubano un español como otro cualquiera, como es el norteamericano un inglés. Si hay en su sangre algo que no sea español, seguramente no procederá de alemán, francés, irlandés ó indio, sino que debe proceder de países que están más cerca del Ecuador y la costa de Guinea. Procuraremos describir, como realmente es, al criollo, al hombre blanco de los trópicos, que quizás está predestinado á ser el fundador de una nueva nación.

Al primer golpe de vista, no se compone más que de pelos, dientes, ojos y cuello de camisa. Con esto no se acaba su exterioridad, pero es la primera impresión que produce. Cuando se le va conociendo más, llega el convencimiento de que es algo sui géneris, un tipo muy particular, lo mismo en lo es-

---

(1) Nos proponemos dar á conocer en esta Revista los artículos, justos ó injustos, que vean la luz en las publicaciones extranjeras referentes á España y á las naciones americanas de nuestra raza.—N. del D.

piritual que en lo corporal. Después de uno ó dos años de trato, se empieza á tenerle por muy inteligente; exhibe distintos rasgos que, propiamente hablando, rara vez van mano á mano con un buen carácter, pero es desde muchos puntos de vista un hombre agradable. De fisonomía fina y expresiva, á menudo hermosa y nunca basta, dura ni angulosa, tiene un aire de lo más esbelto y fino de remos que se puede imaginar. Las piernas son secas como husos, los brazos como bastoncillos de paseo, que se ensanchan únicamente en las articulaciones. El cuerpo es tan delgado como una grulla y la obesidad es una cosa casi desconocida en él. Sus hombros son delgados y angulosos, y aunque marche algo inclinado hacia delante, no hay que interpretarlo como síntoma de padecimiento pulmonar ni de gran erudición. Su tez pocas veces es clara, generalmente de un matiz obscuro no desagradable, si bien á menudo se aproxima á un color que según las preocupaciones reinantes, no es precisamente distinguido ni menos aristocrático. Pero nunca he visto un cubano con expresión encogida ni ojos estúpidos.

El cubano es el *dandy* neto. Se adorna como una mujer; oprime sus pies, ya sin esto bastante pequeños, con zapatos exageradamente estrechos; se pone cuellos ridículamente altos ó muy bajos y camisas de colores abigarrados y chillones, tan escotadas que se puede ver el arranque de un pescuezo de gallina y los huesos claviculares. Hace poco tiempo usaba pantalones anchos como sacos, que flotaban al viento, y todo su traje parece venirle demasiado holgado, mientras que en años anteriores se encerraba en un traje como pegado á su cuerpo. Pero lo más importante de su *toilette*, su coronamiento, es el sombrero. De dónde haya podido sacar las formas con que se adorna la cabeza es imposible de averiguar. A pesar de lo cálido del clima, es el sombrero estrecho, negro y pesado, de figura de carbonera vuelta al revés. Un cubano es capaz de llevar camisa verde, frac negro y corbata blanca. En las ciudades de Cuba, bullen muchos fenómenos semejantes y

casi sin excepción son paseantes que matan el tiempo. Nacidos en tierra de esclavos, ordinariamente con la expectativa de la herencia de un ingenio ó por lo menos con el apoyo de una rica parentela, los jóvenes cubanos creen que su misión en este mundo es el ser un adorno de los trópicos, hacerse lo más bonitos que se pueda y matar el tiempo con gracia. Adorna sus manos, delicadas y descarnadas, que recuerdan las de una joven anémica, con anillos llenos de piedras de diferentes colores. Sus uñas son tan largas como las de un aristócrata chino y cortadas en punta. Se le puede perdonar su cara de expresión afeminada, se le puede pasar por bueno su ridículo y juguetón modo de vestirse, pero nunca se acostumbra uno á admitir aquellas manos de cubano. Cada vez que tomo una de estas manos, me pasa por la imaginación la idea de aplastar aquella cosa tan lastimosa é inútil hasta convertirla en una masa amarilla informe; de buena gana la dejaría en tal estado que le doliese á su dueño por un año entero.

Cuando se le encuentra de camino á la estación, siempre se podrá observar que tras de él sigue un negrito con la bolsa, y cuando llega á su destino alquila enseguida otro negrito por el estilo. Por ningún oro del mundo se dejará ver por la calle cargado con un maletín. No lleva más que el bastón. No puede soportar ni la más ligera sospecha de que por falta de bienes de fortuna se le viese forzado á buscar una ocupación cualquiera. Si se ve necesitado, vivirá todo el tiempo que pueda de deudas, empeñará todo lo que tenga y acabará Dios sabe cómo. De ordinario decae en su aspecto, por las malas circunstancias, pero no por esto se despierta su talento financiero. Si crece la mala hierba en sus ingenios y en las dificultades financieras, como sucede en todas partes, sale mal librado, entonces por regla general queda sin amparo ninguno y desesperado. Se postra en un ensimismamiento embrutecedor y tiende al suicidio; cae en la más profunda tristeza, parece repleto del deseo de llamar la atención general sobre los golpes de adversa fortuna con que le afligen los santos.

Yo creo que la diferencia esencial entre los dos rivales vecinos en Cuba, es la siguiente: el español como individuo tiene un carácter fuerte y resuelto; el cubano es débil é inconstante. El español en su vida privada y como individuo del mejor carácter, cumple por lo menos generalmente con la primera condición fundamental: mantiene su palabra. Es un hombre de familia. La mujer y los hijos le son sagrados y su casa es también su hogar. No duda de la honradez de sus hermanos y de su madre y no tiene ninguna sospecha respecto de su propia paternidad, todo lo cual puede suceder en un cubano, sin que excite verdadero escándalo. El español tiene un sentimiento muy fuerte de parentesco y familia y como patriota vocinglero y legitimista respetable é inquebrantable que es, permanece fiel á su tierra en todas las circunstancias. El patriotismo es su flaco, y su amor á la patria le ciega, le hace injusto y á menudo hasta cruel. Pero tiene un carácter bien definido, y es más llevadero de pagar estimación á una mala cualidad bien definida y reconocida, que el estimar una bondad amable, pero sin consistencia.

Por todo lo que he dicho del aspecto exterior y la fisonomía del joven cubano, quizás no sentirá deseos el lector de entrar en averiguaciones más circunstanciadas de su fisonomía interna; pero sin embargo, no es indiferente como objeto de estudio. Como marido es incomparable; si en alguna situación ó condición de la vida queda bien significado, es en el matrimonio. Es éste en él una brillante cadena de infidelidades conyugales, que muchas veces sucede que empiezan en el día de la boda. Uno de los peores rasgos del cubano es que no cree honrada ni decente á ninguna mujer del mundo, cuando debía saber, como lo sabe todo el mundo, que no hay mujer más fiel y madre más tierna que la cubana. Muchos casos he visto de mujeres americanas desdichadas, que se habían casado con un cubano emigrado en Nueva York, recorrer todas las ciudades de Cuba en busca de su infiel marido, que se había hastiado de ella y había vuelto á los oscuros amoríos de su juventud.

Muchas de mis paisanas (alemanas) caen en este desdichadísimo casamiento, en parte porque dan crédito á las palabras de estos jóvenes, cuando les pintan en inglés chapurreado la patria lejana como un paraíso, y en parte porque no carece de *picanteríe* esta clase de casamientos exóticos.

Así como en el matrimonio es también en otras muchas cosas el cubano. Llano y flexible para cerrar los tratos, como su progenitor el español, comprende, sin embargo, los medios de librarse después muy astutamente de todo compromiso. Apenas me doy cuenta de cómo he de describir la incertidumbre de este hombre, incertidumbre que forma una parte de su esencia. Es superficial, quizás consista en esto. No tiene cuidado ninguno ni reparo ante la palabra de hombre, puede que en esto consista. Pero me parece como si un egoísmo infantil, el más craso amor propio formase el rasgo fundamental de su ser. Es flojo, sin la más mínima fuerza de voluntad. Lo asombroso es que al lado de esto pueda tener una completa cortesía, una expresión inteligente, una comprensión rápida, la apariencia de una gran posesión de sí mismo y estimación de los demás.

Probablemente no podrá dejar de hacer el lector la pregunta ¿qué será de esta gente y de su tierra, si algún día cae ésta bajo su dominio? La contestación á esta pregunta queda para el porvenir. La Historia nos enseña que el talento de dominación aparece muchas veces con la necesidad de su ejercicio. Ya he indicado antes que el cubano quizás esté llamado á ser el fundador de una nueva nación, si no degenera antes y se convierte en bastardo.

Pero tarde ó temprano han de caer las grandes Antillas bajo el dominio del negro. El y sólo él prospera allí; los descendientes de los blancos degeneran. La raza negra se multiplica; es sana, fuerte, activa. El fosforescente mar es su ambiente natural y florece bajo los rayos de aquel sol abrasador que marchita y aniquila á los demás hombres. Hay un límite á la aclimatación, límite que el hombre no puede traspasar. Yo creo que el cubano es tanto el producto de las condiciones de

clima, como de su ascendencia española. En Cuba cambian las ovejas su color y su lana por el dibujo y el pelo de la cabeza. Donde crece el plátano se marchita el hombre que no sea negro.

Después de todo lo dicho, apenas será necesario mencionar que la sociedad cubana se encuentra en una situación peculiar, en un estado de transición. A pesar de lo cual no avanza un paso ni aparece ningún cambio, y este estado dura desde hace mucho tiempo. El antagonismo inalterable entre las dos clases, las obligó á que, viviendo juntas con odio nunca amornado año tras año, siguiéndose en los mismos oficios, hablando la misma lengua, encontrándose en todas partes, sin embargo no se tratasen social ni amigablemente, ni tuviesen verdadera intimidad. La joven cubana escuda su corazón enfrente del joven español, aunque sea, como frecuentemente sucede, buen mozo, caballeroso y rico. Hay muchos casos, sin embargo, de tales casamientos, porque al fin y al cabo las mujeres son mujeres; pero se expone á la oposición de la familia y de la opinión pública. La madre cubana nunca le abre las puertas de su casa si no está bien probado que se ha operado en él un completo cambio en el modo de pensar. Los niños españoles y los cubanos van á la misma escuela y son compañeros de juegos; pero tan pronto como han llegado á mayores, cada uno va por su camino y cada uno vuelve á su casta. No obstante, todo esto no sucede abiertamente. La sociedad se da la apariencia de una gran alegría, aunque este gusano roedor se fija en su corazón. Mil esperanzas é inclinaciones naufragan en estas murallas, que no pueden pasarse ni rodearse, y así los hombres como las mujeres combaten y vencen sus sentimientos más naturales y justificados deseos por permanecer fieles á una ley que nadie ha impuesto, y de la que, sin embargo, se dejan guiar todos, que muchas generaciones han conservado concienzudamente, y cuya fuerza de imposición parece ser muy grande.

Una existencia de esta especie, ha hecho al cabo del cubano una especie muy peculiar de aristócrata. Es prudente é

inteligente, reconoce dónde está su fuerte y lo aprovecha con todas sus fuerzas en la vida privada. No siendo más que simplemente un rico, se rodea de todos los esplendores externos imaginables, se reconcentra en sí mismo y vive como un potentado en medio de sus vasallos y parásitos. Nunca es aclamado públicamente, ni levantado sobre la tribuna, ni requerido á explicar en un discurso su opinión sobre los asuntos públicos; pero está acostumbrado á este apartamiento que ya no le conmueve ni le impresiona. Se consuela y coloca su ambición en la conciencia de su propia dignidad.

Podrá parecer justamente que hasta ahora no he sabido decir mucho en favor del cubano. Tengo quizás amigos, que podría citar como prueba de algo mejor, y de los que se podría decir mucho. Pero lo que quería era escribir aquí sobre toda la clase en general, y creo haberlo hecho á conciencia y con sobriedad; creo también que el cubano conseguirá estimación cuando caigan los lazos de la dominación y sea llamado á tomar en sus manos las riendas del poder, y entre en relaciones con los habitantes de un mundo mayor que el suyo propio. Tiene sus buenas cualidades; se desenvolverá seguramente en el curso de los tiempos por la educación que ha de adquirir fuera de su isla. Su amabilidad agradable, su rápida comprensión, su amistosa indulgencia respecto de la ignorancia y estupidez ajenas, su afán de ser cortés y agradable, su amistoso apresuramiento hacia la aproximación del forastero, le hacen en todo caso un camarada grato, y que aproximadamente se le puede calificar de *gentleman*. Yo querría que fuese menos de esto y más hombre, que más á menudo tuviese en sus ojos el relámpago de la justa indignación y el rubor allí donde corresponde. Si fuese honrado en sus aduladoras protestas y en su amistad, si mantuviese lo que promete y creyese en lo que dice, entonces ganaría mi simpatía.

JAMES W. STEELE.

(Traducido de *Die Unoschan* por T. de Aranzadi.)

# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: ESPAÑA EN AMÉRICA: Resonancia de las opiniones de España en la América de origen ibérico.—El amor á la madre patria.—Los escritores y poetas que han defendido nuestros derechos ó han cantado á España con motivo de la guerra con los Estados Unidos.—La colonia española en la Argentina, y el libro *España*, de Calixto Oyuela.—El General Mitre y el poeta Guido Spano. = ARGENTINA: Relaciones con Chile. — El protocolo de la Puna de Atacama. — Conferencia en Buenos Aires.—Corriente conciliadora.=URUGUAY: La revolución latente.—Censuras del Presidente provisional Cuestas.—Conatos de insurrección.—Las elecciones legislativas. — La revolución colectivista fracasada.—El asesino de Iriarte Borda y el Jurado.=BRASIL: El nuevo Gobierno de Campos Salles. — Tendencia política y económica.—Los Ministros.=PARAGUAY: El Presidente Aceval.—Sus propósitos.=CHILE: La cuestión de Tacna y Arica. — La opinión contra Bolivia.—Andrés Bello: inhumación de sus cenizas.=PERÚ: Las futuras elecciones.—Civilistas y demócratas: candidaturas presidenciales. — Piérola y las provincias cautivas.—Reclamaciones norteamericanas. = ECUADOR: El arriendo de las islas Galápagos. — Colombia y Venezuela.—Nicaragua y el canal.

Vemos con satisfacción en la prensa americana recoger con simpatía las ideas que en los periódicos de la Península se vierten acerca de los intereses políticos que afectan á los problemas palpitantes que hoy preocupan en general á toda la raza que se ha formado de nuestra sangre, desde las costas californianas al país de los onas, y en particular, á cada una de las nacientes nacionalidades, y que á la vez auguran y aun preparan soluciones más profundas en los destinos del porvenir. Nuestras ideas han merecido el honor de ser reproducidas con nuestras revistas y artículos, ya en parte, ya íntegros, en la prensa de varios Estados americanos, donde á la

vez alternan con otros artículos de *La Epoca*, autorizados con el nombre del ilustre publicista español que los suscribe, y siempre con el nombre insigne del Sr. Castelar, el luminoso verbo de las democracias latinas de los dos mundos. Esta repercusión de ideas y sentimientos, que cada día ha de estrecharnos en lazos de nobles alianzas del corazón y los afectos, de la inteligencia y de la imaginación, del espíritu y de la moral, y á la vez en la digna comunicación y en el fecundo intercambio de nuestra producción respectiva, de nuestras manufacturas particulares y de todas las dádivas de la naturaleza, del trabajo y del arte, consolida en nosotros la esperanza de una reconciliación definitiva más alta y generosa, sobre la cual en una y otra orilla del Atlántico se coloque lo que debemos á los mismos vínculos de una misma fe, á las relaciones de una misma sangre, á los recuerdos de una misma historia y á la dirección suprema de unos mismos destinos en el espacio y el tiempo.

Como síntoma de estas crecientes simpatías, estimamos el hecho psicológico reciente que en la Argentina se ha verificado, y en el que los entusiastas españoles de allá se han adelantado á los pensamientos que abrigábamos los españoles de acá, y que sólo esperábamos la aprobación definitiva y la ratificación y cange solemne del tratado ominoso que se ha suscrito en París para ponerlo en práctica. Con motivo de la guerra inicua que los Estados Unidos declararon á España, no para obtener la independencia de una posesión colonial oprimida por sistemas vejatorios de administración, ni reducida á la infecundia y al obscurantismo, pues todo el mundo americano es testigo del grado de libertad política que bajo nuestra dominación gozaban Cuba y Puerto Rico, y el florecimiento material que hacía tan exuberante su opulencia, sino para arrebatarnos, como detrás de una encrucijada, todo el poder colonial que España aun tenía, así en América como en el mar de China y aun en el mar boreal, el recuerdo de la antigua metrópoli ultrajada, el hervor de la sangre nutrida en la fa-

milia y en la historia, á pesar de las conquistadas independencias, los estímulos de la lealtad y las indignaciones del sentimiento de la justicia atropellada, inflamaron en todos los Estados de origen ibérico la imaginación del mayor número de los hombres ilustres que, así en la esfera razonadora del saber como en el vasto ámbito de la inspiración, modelan el pensamiento ó en las lucubraciones majestuosas del raciocinio ó en las expansiones espirituales de la poesía, y un número enorme de publicistas, de tratadistas del derecho público, de oradores y polemistas, y otra multitud más extensa todavía de poetas geniales, desde el principio del conflicto ayudaron á la patria en el estímulo de la defensa de su honor, la acompañaron en la indagación de su derecho, y la impulsaron á los dictámenes ocultos del destino con el recuerdo pindárico de sus glorias, y con la esperanza de éxitos que la suerte veleidosa nos ha negado. ¡Cómo los españoles hemos de olvidar nunca la selección agradecida de esos nombres fraternales que ya amamos con todo el apasionamiento del corazón: Ricardo Palma y Ricardo Becerra, Soledad Acosta y Concha Espina de la Serna, Calixto Oyuela y Ruben Darío, Antonio José Uribe y Evaristo Rivas Groot, Carlos Horacio Garbarini y Fernando Restrepo, Domingo Garbán y el italoargentino José Tornasi, Roque Saenz Peña y Severiano Llorente, Rosa del Valle y Andrés A. Matta, Benjamín Victorica y Urquiza y Enrique Arboleda, José Jover, Enrique W. Fernández y Domingo Garbán, E. Ventura Carán y Ricardo Carrasquilla, Roberto Vargas Tamayo y Enrique Restrepo, José S. Chocano y Adolfo Llanos, y mil otros que no es posible enumerar!

Pero entre todos estos, Calixto Oyuela ha alcanzado el honor de que su *Oda á España*, así como su soneto *Finis justitiæ*, no sólo se haya reproducido en toda la América que fue española, desde Buenos Aires, donde se escribieron, hasta Méjico, en el límite más próximo del avaro vencedor del Norte, sino que á la vez han dado la vuelta al mundo, habiéndose reimpresso á un mismo tiempo en la prensa de Manila é Ilo-Ilo con

los versos patrióticos por España de los poetas filipinos Carlos Ledesma, M. R. Blanco Belmonte, Isaac Fernando Ríos, Luis d'Almonte y J. Tolosa Hernández, sino en España misma, en periódicos de Madrid, de Barcelona, de Cádiz, del Ferrol y Santander. En la capital de la Argentina, la *Oda á España*, que ha sido leída en sociedades patrióticas y literarias, en actos solemnes académicos y en los teatros, la colonia española no ha podido permanecer indiferente al honor dispensado á la patria, en sus terribles horas de amargura, por este gallardo paladin bonaerense; y habiendo abierto una suscripción en su seno, determinó hacer una impresión lujosísima de todas las obras escritas por Oyuela en glorificación de España y de sus nombres ilustres. Realmente, esta distinción debiera haber estado acompañada de una muestra oficial por parte del Gobierno de Madrid, que demostrara que los afectos de la colonia española de la Argentina en pro del eximio poeta y escritor están completamente identificados con los españoles de aquí y con los que, en las altas esferas de nuestro poder ejecutivo, deben convertirse en expresiones públicas de gratitud, á nombre de la patria común, hacia los que con nosotros han batallado con tanto valor y tan ostensiblemente en el rudo empeño en que con los Estados Unidos hemos estado comprometidos. Pero ya que todavía el Gobierno de Madrid no ha condecorado con una gran cruz de Isabel la Católica el noble pecho del entusiasta poeta argentino, nuestro hermano por la sangre y nuestro hermano por el corazón, aquella colonia, interpretando los afectos, que aquí hemos de guardar indelebles para cuantos en este como en todos los terrenos activos, ya de la opinión, ya de los auxilios materiales, ya de los auxilios personales, nos han ayudado en esta prueba desgraciada y terrible, han hecho algo de lo que en la Península aún permanece en el embrión del proyecto; y la edición del volumen que lleva por título solamente el nombre amado de ESPAÑA, y que se nutre con diez y ocho obras en prosa y verso de CALIXTO OYUELA, todas consagradas á asuntos y nombres españoles, no es

E. M.—Enero 1899.

más que un adelanto de lo que España, en realidad, está obligada á hacer en ofrenda de agradecimiento por los que, extranjeros por sus respectivas patrias americanas y hermanos por la sangre, la historia y el corazón, han constituido durante la última guerra la legión honorífica de la inteligencia y del talento que por nosotros se ha batido en el libro, en el folleto, en la revista, en el periódico, con el saber, con el raciocinio, con la inspiración, con el arte, y siempre con el amor y el entusiasmo por nuestra causa.

La *España*, de Oyuela, contiene, con un gran retrato en fototipia del autor, las composiciones que se titulan: 1.º, *Oda á España*; 2.º, *Finis justitiæ*; 3.º, *A Fray Luis de León*; 4.º, *Colón*; 5.º, *Epístola á Rafael Calvo*; 6.º, *A España*; 7.º, *Despedida al público de Buenos Aires, escrita para el actor Fernando Díaz de Mendoza*; 8.º, *La raza en el arte*; 9.º, *Manuel Tamayo y Baus*; 10, *Marcelino Menéndez y Pelayo*; 11, *Noticia acerca de la vida y escritos del poeta catalán Manuel de Cabanyes*; 12, *Crónicas dramáticas*; 13, *Representaciones de Rafael Calvo, 1884*; 14, *Vico*; 15, *Crónicas dramáticas*; 16, *Representaciones de María Guerrero, 1897*; 17, *Brindis*; 18, *España y Echegaray*.

La *Oda á España* empieza con estas clásicas estrofas, de corte escultural y verso libre:

¡Vuelve á ceñir el casco refulgente,  
Materna egregia, y la invencible espada  
Con que trazaste un día por el mundo  
Surco inmenso de gloria!

¡Levanta en ira ya el potente brazo  
Con que arrancaste un orbe de los mares,  
Genial sembrando en soledades bárbaras  
Mil pueblos florecientes!

Y la que, inerme, en ímpetu sublime  
Supo postrar al capitán del siglo,  
¡Castigue ahora la codicia infame  
Del mercader de América!

. . . . .  
. . . . .

Las naciones de América, tus hijas,  
Miran con llanto, palpitante el seno,  
Cómo á jugarse van en lid horrenda

Tus sagrados destinos;

Y por vínculo eterno á tí enlazadas,  
Al entrever tus triunfos, con orgullo  
Sienten cruzar por sus erguidas frentes

Ráfagas de tu gloria.

¡Oh España! ¡Oh madre! Yo, que por mis venas  
Siento correr tu sangre generosa,

Y nunca, hijo espúreo, ó descastado,

Negué mi ilustre stirpe;

Yo, que á la faz del universo, altivo  
Por madre te confieso, veneranda,

En esta hora trágica y solemne

Beso tu frente augusta.

Y con el alma en tí, anhelante espero,

Enamorado augur de tu ventura,

Que el gran clamor en los espacios truene.

¡Por España, victoria!

La publicación del libro *España* en Buenos Aires ha dado lugar, al ser por el autor remitido á las personalidades más ilustres de la política y las letras en la Argentina, á cartas é incidentes, algunos de los cuales merecen ser consignados aquí. Recibido el obsequio de su ejemplar respectivo por el General D. Bartolomé Mitre, Presidente que ha sido de la República, y la persona que con el General Roca, D. Carlos Pellegrini y D. Bernardo de Irigoyen, comparte los primeros prestigios de aquel país en todas las esferas de la inteligencia y del poder, contestó á Oyuela en los términos siguientes: «BARTOLOMÉ MITRE saluda afectuosamente á su amigo el señor Calixto Oyuela, y le agradece el envío de su precioso libro titulado *ESPAÑA*, en el que, en verso y prosa, ofrece su homenaje *en su hora trágica* á la inteligencia *de la madre patria* en el pasado y en el presente, y cuyo infortunio la hace más simpática, armonizando los sentimientos para honrar al poeta y al crítico que corona su cabeza con flores piadosas y balsámi-

cas.» Otro de estos libros fue enviado á D. Carlos Guido Spano, el poeta setentón, correspondiente de la Real Academia Española, á quien acaso este honor envanezca menos que el juicio de Appleton, que de él dice: *Guido is one of the most popular poets of the Argentina*. El caso es que su contestación, que realmente no está escrita en el castellano clásico propio de un académico correspondiente de la Española, ni es galante para el autor de ESPAÑA, ni es afectuosa para la nación que le ha honrado con el más noble de sus títulos: «CARLOS GUIDO SPANO—dice—saluda atentamente al poeta laureado, su amigo un tiempo, D. Calixto Oyuela; acusándole recibo del libro en verso y prosa, que tuvo la obsequiosidad de remitirle, y que le fuera á él ofrecido, en esmeradísima edición, por sus admiradores españoles. Es éste un espejo terso y límpido en que el distinguido autor, cual amoroso infante *no despechado todavía* de la madre España, refléjase en el conjunto académico de su fisonomía moral. *Si con sus opiniones se disiente*, habrá que reconocérsele el culto de la forma, y los primores y las cortesanas del ingenio. *Corona de Marqués merece el escritor elegante, que, dando la espalda en un terrible conflicto de guerra á los republicanos de América, se inclina severamente ante el trono de los Felipes y de Fernando VII.*» Oyuela no se ha mordido los dedos, y á esta carta intempestiva de una prematura chochez, ha respondido: «CALIXTO OYUELA saluda al atildado y académico poeta Sr. D. Carlos Guido Spano, de quien se siente siempre amigo, y le agradece cordialmente las benévolas frases, *tan llenas de graciosa coquetería*, con que ha tenido la fineza de responder al envío del libro ESPAÑA. Si algo bueno hay en él, hónrase en reconocer que lo debe, en gran parte, al castizo autor de *Nenia*, cuyas obras y palabras le inculcaron desde la adolescencia el culto de la forma castellana, y aun el amor, la admiración y el respeto de la grande é infortunada España. Cree que hay algo infinitamente superior á las formas de los gobiernos, tronos ó repúblicas, y á las divisiones geográficas: *la idea y el sentimiento de la justicia, inicua-*

*mente hollada por los «republicanos de América» en la CRIMINAL guerra de conquista á que el digno maestro se refiere, violadora fatal de los principios fundamentales del derecho público americano. Ante el triste y plebeyo espectáculo que ofrece hoy al mundo la democracia anglosajona, la vieja aristocracia europea aparece glorificada en altísimo trono de luz. El autor de ESPAÑA, que no es, en efecto, como el acicalado escritor á quien contesta, un despechado de su raza y de su origen, del noble hogar de sus abuelos, reverencia sin duda más el trono y la grandeza de Carlos V y de Felipe el Prudente, que la lanza de Quiroga y el dogal y el puñal del ilustre restaurador de las leyes, D. Juan Manuel de Rosas, á quien no faltaron servidores sumisos, ni póstumas simpatías; pero no necesitó más corona que su amor á la justicia y al derecho, para ponerse decididamente, en la feroz contienda, al lado de la nación de Pelayo y de Cervantes, madre de América.»*

Afortunadamente, en la ocasión luctuosa por que España ha pasado, en toda la América que regó nuestra sangre y recibió los símbolos de nuestra fe y los laureles de nuestra historia, nos cabe la satisfacción de que los OYUELA leales hayan sido más que los GUIDO SPANO, de apellidos extranjeros pertenecientes á pueblos de Europa que fueron vencidos y dominados por España más de dos siglos.

\*  
\* \*

Y ya que este interesante incidente, que aunque de aspecto exterior puramente literario, es esencialmente en su fondo de carácter internacional y político, nos ha llevado al campo de la República Argentina, por la Argentina hemos de comenzar la narración y juicio de los últimos hechos, que indudablemente tienen una gran importancia, así bajo el punto de vista de las relaciones particulares entre esta República y la de Chile, como lo tendrá más adelante en su influencia inevitable en los asuntos generales de la América Meridional. La

corriente que aún no hace tres meses era tan belicosa, así en Buenos Aires como en Santiago, á pesar de los elementos díscolos que, como el perito Barrios Arana y el diplomático Walker Martínez, con el apoyo de *La Tarde* y otros periódicos radicales, por todos los medios imaginables han querido agriar hasta convertirlo, ó en un conflicto internacional que impusiera la intervención de otras potencias, ó en un *casus belli*, ha tomado el carácter de una aproximación entre los dos Gobiernos y entre los dos pueblos, de cuya política inteligencia, si logra arraigarse y fortalecerse por largo tiempo, se promete toda la América de origen ibérico grandes beneficios. Limitada la larga controversia sostenida durante cuarenta y tres años sobre la demarcación de la frontera andina, en el proyecto de trazado hecho por las respectivas Comisiones técnicas, á varios puntos determinados, de los que los principales son: la Puna de Atacama, el lago Lácar, el valle Dieciséis de Octubre, el valle del lago de Buenos Aires y el lago Toro, la soberanía que se discute ha logrado remitirse en conformidad con los últimos tratados puestos en vigor y por la eficacia de la negociación diplomática llevada á cabo en Santiago, después que la acción de los peritos fracasó por no haberse podido poner de acuerdo, al arbitraje de un tercero, cuya designación también había quedado acordada en los últimos pactos en favor de la Reina Victoria de Inglaterra. Pero habiendo quedado desglosada del protocolo general la parte relativa á la Puna de Atacama, territorio cuya soberanía por parte de Chile nunca estuvo definida, pues perteneciendo á la pequeña República de Bolivia, ésta había hecho cesión de dicho territorio á la gran República del Plata, las largas deliberaciones sostenidas para el arreglo de esta cuestión, no sólo han conducido á temperamentos de concordia entre los dos Gobiernos, sino que en las negociaciones que aún faltan por verificar, se tiene la esperanza de que no sólo se llegará á una avenencia conciliadora, primero entre la Argentina y Chile, y después con Bolivia, sino que se pretende que para el resto

del problema, respecto á los demás puntos en litigio, se resuelva también por arreglos directos, evitando así molestias al árbitro, dilación al término concluyente de la cuestión y economía á los grandes gastos que pudieran ocasionar las negociaciones que se entablaran en Londres entre el alto árbitro y los delegados respectivos, y los de las nuevas Comisiones compuestas de peritos terceros, á quienes hubiera que subrogar un nuevo estudio sobre el terreno de la delimitación geográfico-política que se persigue.

Las actas relativas á la Puna de la Atacama preceptúan de común acuerdo entre los Ministros que han entendido en estas negociaciones: primero, que se celebre una Conferencia en Buenos Aires para trazar la línea divisoria, teniendo en cuenta todos los documentos y antecedentes de la referencia y para *proyectar las soluciones que correspondan en los asuntos que puedan interesar á los dos países y que sean sometidos expresamente á su deliberación*; segundo, que esta Conferencia se componga de diez delegados, cinco por Chile y cinco por la Argentina; tercero, que si los delegados llegasen á un acuerdo sobre el primer punto á que se refiere la base primera, ya fuese por unanimidad, ya por mayoría, quede trazada definitivamente la línea divisoria acordada, comunicándose inmediatamente á los Gobiernos para que lo pongan en conocimiento de Bolivia, á fin de proceder á establecer en el terreno los hitos necesarios; cuarto, que aprobados estos extremos, la Conferencia pase á dilucidar las demás cuestiones que se le sometan, no siendo obligatorios sus acuerdos hasta que, notificados á los dos Gobiernos, éstos se pronuncien sobre ellos; quinto, que la Conferencia sólo dure diez días, y sexto, que si después de la tercera reunión la Conferencia no se hubiera trazado la línea definitiva, otra Comisión demarcadora mixta, ya con anterioridad nombrada, comenzará á desempeñar su cometido. En otro protocolo adjunto se fijan los términos para la formación de esta Comisión demarcadora y las funciones á que tendrá que constreñirse, y, finalmente, después de sometidos y

aprobados estos protocolos por el Senado chileno, se levantó por los delegados diplomáticos otra acta, en la que se consignó que la Conferencia que se ha de reunir en Buenos Aires celebre su primera sesión el día 1.º de Marzo del año de 1899, que hoy comienza; que el Presidente de la República de Chile nombraba comisionados para ella á D. Eulogio Altamirano, D. Rafael Balmaseda, D. Enrique Mac-Iver, D. Eduardo Matte y D. Luis Pereira, y el Presidente de la República Argentina á D. Bernardo de Irigoyen, D. Bartolomé Mitre, don Juan José Romero, D. José Evaristo Uriburu y D. Benjamín Victorica; por último, para el caso de que á la tercera sesión no se llegase al trazado de la línea divisoria, la Comisión demarcadora se compondría, bajo la presidencia de Mr. Buchanan, Ministro de los Estados Unidos en Buenos Aires y árbitro definitivo en la cuestión, de un delegado chileno y otro argentino, de los que forman parte de la Conferencia referida.

Sólo en Chile el protocolo de la Puna ha tenido algunos contradictores, hasta el punto de que el periódico *La Tarde* ha tomado acta de los nombres y representación política de los diez y seis Diputados que votaron contra él, considerando este voto como un título de gloria; pero la verdad es que la base primera del protocolo ha sido muy bien recibida, así de un lado como del otro de la cordillera, pues sobre la misión oficial y ostensible que se refiere á la soberanía y demarcación de la Puna de Atacama, se ha interpretado en el párrafo que hemos subrayado más arriba una misión confidencial más íntima, con perspectivas de proyectos de recíproco interés para los dos países, y que serán un vínculo y un testimonio de la solidaridad que puede establecer una política de unión que favorezca los intereses de toda la raza ibero-americana en las contingencias del porvenir, así como una prenda de relaciones comerciales que estrechen más los afectos entre los dos pueblos. El periódico que en Buenos Aires representa la política del General Mitre, *La Nación*, ha escrito con este motivo: «Las aspiraciones internacionales son bien expresivas en

este sentido, y lo demuestra la impotencia de las tentativas hechas para reavivar excitaciones que se azuzaron con el deseo de hacer fracasar las gestiones y los propósitos de las cancillerías. La Comisión mixta que se pone al habla con motivo del arreglo de la Puna, tiene un cometido de alta influencia política, y los Gobiernos deben fomentarla, invistiéndola del significado y atribuciones que se requieren para que responda á la inspiración que ha aconsejado su nombramiento.» El mismo periódico elogia lo que en el preámbulo de los protocolos se dice acerca de los propósitos *de procurar* en todo lo demás soluciones y avenimientos directos. Y efectivamente, estas aspiraciones han quedado tan vivas en Chile, que ya en el Senado se ha discutido la conveniencia de renunciar los arbitrajes propuestos, para que las soluciones vengan del sentimiento de concordia que se ha apoderado de la opinión pública, desde que han podido desecharse las preocupaciones y las desconfianzas recíprocas, que por espacio de tantos años fomentó la inconveniencia', arrastrando á uno y otro Estado á peligros que no puede apreciarse hasta donde hubiera llegado su gravedad, si en la tirantez de los tres últimos años hubiera estallado la guerra.

\*  
\* \*

Mientras estas cosas han podido conducirse, á fuerza de habilidad y constancia, á estos términos, gracias á la benéfica influencia de los dos Presidentes Errázuriz y Uriburu, á la actitud resuelta del General Roca, que ha sucedido á este último en la presidencia de la Argentina, á los Ministros de relaciones extranjeras de los dos Estados, Latorre y Alcorta, y á la magnanimidad de los hombres superiores de Estado con que la Argentina felizmente cuenta, principalmente el General Mitre y los Sres. Irigoyen y Pellegrini, en la otra República de la margen del Plata, en la Oriental, no han dejado de producirse hechos que han promovido grande expectación en toda

la América meridional, y aun más que espectación, notoria alarma.

Desde el asesinato del Presidente Iriarte Dorda están perturbados los ejes políticos de aquella sociedad, con grave perjuicio de todos sus intereses, así morales como materiales. El doctor Cuestas, que á título de Presidente provisional le sucedió, tuvo por algún tiempo el talento de rodearse de gente ilustrada y de prestigio y la fortuna de que la opinión, con sentimiento unánime, se pusiera de su parte, alentando su gobierno [y esperando de él las reparaciones que exigía la situación violenta y de descrédito en que Iriarte Dorda había dejado al país. El día de la toma de posesión de su elevada magistratura, más de cuarenta mil almas invadieron las calles de Montevideo y los alrededores de su residencia para aclamarle. Disueltas las Cámaras, desterrados los enemigos, hubo un instante que se gozó de cierta tranquilidad; pero esta paz duró poco, y la asonada del 4 de Julio último, enteramente militar y enteramente dominada por la policía, por no haberse puesto del lado de los artilleros insurrectos la opinión, descubrió que el poder dictatorial del doctor Cuestas había descendido de su primer concepto tanto como han descendido en la masa general del país los sentimientos rebeldes y el ansia de novedades, que tanto fomenta las ambiciones personales como enflaquece las fuerzas de toda nación. La asonada del 4 de Julio se redujo á un movimiento de 700 hombres de milicias regulares, dotados de buen armamento y de cañones modernos, que se rindió con todo su parque á adversarios civiles casi sin armas y sin municiones, á un acto de magnanimidad de Cuestas, que en vez de abrir los duros procesos de la ley, primero permitió retirarse á sus domicilios á los insurrectos y después los proscribió del suelo de la Oriental, y á la violencia de una situación de mayor tirantez entre los elementos de la política, que se tuvieron unos por vencedores y otros por vencidos, sembrando el desconcepto en éstos y la desconfianza en aquéllos.

Al Gobierno personal que desde entonces ha impuesto el doctor Cuestas, se le imputa que ni se asocia de los colorados ni se auxilia de los blancos, ni admite la adhesión de los constitucionalistas. Cuestas ha constituido una verdadera dictadura, sin más objetivo que preparar las elecciones que preceden á la que en Marzo próximo se ha de verificar para la legalización constitucional de la Presidencia; pero entretanto se ha visto empeñarse en una guerra de depuración del ejército, que cada día ha producido más numerosas emigraciones de los desafectos, habiéndose rodeado de un círculo especial de jefes y oficiales jóvenes, que no están contaminados con los hábitos inveterados de la antigua indisciplina, y con los cuales aspira á realizar el progreso efectivo de que la fuerza armada se reduzca á su papel exclusivo de organización técnica al servicio de la patria, en vez de perseverar siendo un instrumento amenazador enfrente de la opinión. Todo esto se ha censurado como avances exclusivos para asegurar Cámaras adictas y subordinadas que á la vez le aseguren á él el voto para la presidencia; pero después de todo, en los Gobiernos representativos estas son las eternas quejas de la crítica, que realmente no descansan sobre concepciones imaginarias, que por desgracia en todas partes son una realidad; mas los cargos de corrupción que se hacen á los que gobiernan bajo este punto de vista ceden de su gravedad considerando que los que los forman incurrirían en las mismas censuras si ellos fueran los encargados de manejar el manubrio, y que la experiencia ha demostrado, lo mismo en las Repúblicas parlamentarias que en las Monarquías representativas, que si el escollo de las instituciones autocráticas es generalmente el despotismo y la tiranía, el escollo de las instituciones que se fundan en el voto de los pueblos es siempre la corrupción.

El domingo 27 de Noviembre debían verificarse en todas las provincias del Uruguay, como en efecto se han verificado, las elecciones legislativas, que son el prelude de las elecciones presidenciales, que se verificarán el 1.º de Mayo próximo. En

el prejuicio de esta lucha hay que considerar los movimientos que pronosticaban la revolución que se ha intentado, y que ha fracasado también. La lucha de la opinión, por medio de los periódicos, ha sido violentísima, teniendo en cuenta que sólo en Montevideo se publican *El Siglo*, *La Razón*, *El Telégrafo Marítimo*, *El Día*, *La Tribuna Popular*, *La Vanguardia*, *La Nación*, *El látigo*, *La España*, *La Voz de España*, *El Bien*, *La Reacción*, *El Nacional* y *The Montevideo Times*. De estos periódicos, los más violentos enemigos de la situación han sido *La Vanguardia* y *El látigo*, el primero de los cuales ha concitado contra sí la ira de los poderes públicos hasta el punto de haber sido encarcelado su director. Sólo hay que excluir del ardor de la contienda los dos periódicos españoles; pero como *La Voz de España* ha consignado en sus columnas, en la delicada situación política por que hace tiempo atraviesa el Uruguay, su condición de asilado en un país extranjero le impone la neutralidad más absoluta en las luchas de los partidos y hasta la omisión absoluta de las mismas noticias que puedan servir de estímulo ya á unos ya á otros contendientes entre las parcialidades militantes. La última esperanza de nuestros connacionales se cifraba en el resultado de las elecciones, opinando que cualquiera que éste fuese, la tranquilidad se restablecería después del voto de los comicios.

Y en efecto, así ha sucedido. Aquel pánico que ha dominado en Montevideo durante todo el mes de Noviembre, que sembraba el temor y la desconfianza por todas partes, que paralizaba las transacciones y el movimiento mercantil, que dejaba reducidas las expansiones sociales al funcionamiento de uno ó dos solos de los teatros de la dilatada ciudad, que amontonaba dentro de sus muros una parte considerable del ejército regular y una escuadrilla compuesta de los cañoneros *Artigas*, *Suárez* y *Rivera* y del aviso *Flores*, dispuesta á acudir al punto á donde la reclamasen las necesidades de la seguridad y el orden; aquella vigilancia por costas y fronteras por donde se esperaban las invasiones diarias de los emigrados del

Brasil y de la Argentina; aquella intranquilidad substancial que durante todo ese mes ha crecido por días con las noticias que el telégrafo comunicaba de Paisandú, del Quegay, de Salto, de Guaviyú, de Tacuarembó, de Cerro Largo, de Artigas, de Treinta y Tres, de los montes de San José, con la reclamación de la Argentina por la captura que el cañonero *Flores* hizo de los vapores *Franz*, *Venus* y *Doli*, de la matrícula de Buenos Aires, por sospechar de que conducían armas para los insurrectos; los rumores incesantes y la ponderación que los acompañaba sobre la inminencia de la revolución colectivista; las prisiones continuas de jefes militares traídos á la capital desde todas las guarniciones de la República; los nombres de los emigrados de más prestigios, á quienes cada día se les presentaba repasando la frontera con grupos de hombres armados, más ó menos numerosos; las vacilaciones de muchos de los candidatos á Diputados y Senadores, después que el señor Schiaffino presentó en los clubs políticos la propuesta de que sólo se consagrasen como oficiales las candidaturas de los que previamente significasen su conformidad con el acuerdo electoral cuya quinta base obligaba á apoyar en las elecciones de Marzo, irrecusablemente, la candidatura Cuestas; la oposición de los comités formados por colorados y nacionalistas disidentes, proclamando candidaturas senatoriales en Montevideo, contrarias á las del Gobierno, y que entrañaban el compromiso de sostener también contra Cuestas la candidatura presidencial del doctor Herrera; las alarmas de las invasiones del grupo de Cuchilla Negra con el Teniente Sinforiano Mesa, del Coronel Rodríguez por Artigas y la del Capitán Cesáreo Quintana; las sublevaciones en la Barra de Santa Lucía, en los montes de Arazati y en el pueblecito de San José, y por último, en Melilla con el excomisario Legris; los pronósticos, en fin, de que el domingo 27, día en que habían de verificarse las elecciones, la revolución estallaría simultáneamente por todos los extremos de la República, todo, todo fueron fantasmas que desaparecieron al alborear de ese día, en el cual las

elecciones se realizaron en Montevideo, en Canalones, en la Florida, en las Minas, en Maldonado, en Rocha, en San José, en Colonia, en Durazno, en Tacuarembó, en Soriano, en Rivera, en Cerro Largo, en Paysandú, en Treinta y Tres y en Río Negro, con perfecta regularidad, sin el menor asomo de alboroto, y dando una victoria completa á las candidaturas adictas al Gobierno de Cuestas.

El fracaso de la revolución colectivista era ya conocido la víspera de la elección, y los amigos del ex Presidente Herrera, el rival de Cuestas, atribuían el fiasco al General Esteban, que desde Buenos Aires había dirigido el movimiento. De la capital de la Argentina nunca se movieron los coroneles Rodríguez y Flores, ni los Generales Estéban, García y Martínez, ni el Mayor Isasmendi, que eran los que debían haber acaudillado los grupos rebeldes que en Zárate llegaron á reunir 200 hombres. Después de las elecciones se ha reconocido que la influencia oficial sólo se ha dejado sentir en Tacuarembó, Salto, Paysandú, Treinta y Tres y tal vez en la capital. En la Bolsa de Montevideo desde entonces se cotizan ó en alza casi continua, ó con firmeza, cuando menos, todos los valores, así públicos como comerciales, y, como para consolidar más el triunfo del Dr. Cuestas, su adversario más formidable el ex Presidente D. Juan José Herrera, el viernes 2 de Diciembre fallecía en Montevideo, dejando sin jefatura al partido blanco, y sin candidatura de oposición á los pocos que aun pudieran combatir la presidencial. Cuestas, procurando aparecer magnánimo, no sólo mandó abrir las prisiones á los detenidos á causa de las agitaciones militares del mes de Noviembre, sino que ha hecho apresurar la vista del recurso de apelación que tenía presentado el asesino de Iriarte Borda, y en esta vista Arredondo ha alcanzado un veredicto absoluto, en que se ha declarado que el último Presidente de la República no murió á causa de las heridas que aquel criminal le infiriera. Se ha invocado, como circunstancia atenuante, que el asesino procedió estimulado por el patriotismo y por el deseo

de prestar un servicio á su país. Pero hay que confesar que hasta entre los que á la raíz del suceso celebraron el crimen de regicidio cometido con Iriarte Borda, cuya administración era el oprobio de la República, ha producido un movimiento de terror esta sentencia, que ante tal crimen sienta un precedente tan degradante.

¿Ha cesado por esto la intranquilidad política en el Uruguay? El Dr. Cuestas, á quien no se puede negar el valor de su ambición, todo lo ha sacrificado á su próximo triunfo presidencial. De sus intenciones, si logra ser consagrado en la Presidencia, no se debe dudar: todo Jefe de Estado tiende al bien y al progreso del país que rige. Pero los caminos que ha escogido, no siendo los de heroica conciliación, dejan la opinión más dividida que nunca, y el veredicto de inculpabilidad pronunciado en favor del asesino de su antecesor, puede convertirse en dogal que á él mismo lo sofoque en la alta posición que ocupa y á cuya consolidación aspira.

\*  
\* \*

El Brasil se regocija con las esperanzas de la nueva situación que se ha inaugurado con la presidencia del doctor Campos Salles. Se recuerda que en el tiempo del Imperio este estadista fué uno de los tres republicanos que lograron hacerse elegir Diputados y tomar asiento en las Cámaras para minar en él el trono, que ante las nuevas democracias americanas allí se sostenía como un verdadero anacronismo, y que después de la revolución que derrocó aquel orden de cosas fue uno de los Ministros del Gobierno provisional de Deodoro de Fonseca. Su gira por las principales cortes de Europa, donde fue tan bien recibido y tan obsequiado, se aprecia en Río Janeiro como síntoma de beneficios inmediatos, así en la corriente de la inmigración que tanto necesita un territorio tan extenso, tan feraz, tan rico y abundante en todo género de producciones, y que en gran parte permanece sin poblar ni explotar, como en

la animación simultánea de la corriente mercantil. Pero hay que tener en cuenta que á esta expedición personal cerca de los Gabinetes más autorizados de Europa, íntimamente se le da un alcance político que desde Buenos Aires se observa en todos sus recónditos pensamientos, pues en realidad la Argentina no sólo es con su rival histórico del otro lado de los Andes con quien tiene que dirimir el largo pleito para alcanzar la hegemonía y preponderancia que pretende en la América meridional sobre toda la raza de origen ibérico, sino con su vecino más inmediato, de origen portugués, de territorio aún más extenso y rico que el mismo de la gran República del Plata y de población que la aventaja casi en dos tercios. Hay en pró de la Argentina, sin embargo, un factor favorable á sus proyectos, que es de suma importancia: la lengua portuguesa, dialecto de la castellana, no se habla en América fuera de los límites del antiguo Imperio: la castellana es común á todo aquel continente, á los pueblos del istmo, á los isleños de la mayor parte de las Antillas y una gran parte del continente del Norte. La asimilación de estos pueblos á los intereses de la Argentina es más fácil y poderosa que las obstrucciones que pueda levantar el Brasil, aun con todas las ayudas internacionales.

Por lo demás, en la esfera de los intereses interiores de la nueva República, el Gobierno que ha formado el doctor Campos Salles ofrece grandes garantías á los éxitos de su política, si ésta se cifra en los progresos morales y materiales del país. Joaquín Murtinho, su Ministro de Hacienda, es más que una promesa. Bajo la presidencia de Moraes, su Memoria político-económica fue una obra prodigiosa de economía y de reparación, y reveló un gran estadista. A Severino Vieyra, el Ministro de Obras públicas y Caminos, se debe ya la transformación de la ciudad de Río Janeiro, desde que fue el paladín de la reforma de la ley orgánica del distrito federal. El Ministro de Relaciones extranjeras, Olyntho de Magalhaes, es conocido por la diplomacia europea desde su representación

en Suiza bajo el gobierno del Mariscal Peixoto. El ejército brasileño no cuenta oficial más distinguido que el Ministro de la Guerra, general Mallet, uno de los doce que el 1.º de Abril de 1892 deportó el aludido mariscal. Lo mismo puede decirse del de Marina, Baltazar de Silva, sobre todo desde que murió el ilustre Saldanha de Gama y se separó de la plana activa de la Armada del Brasil Custodio de Mello y Jaceguay, y finalmente, aunque joven, el Ministro del Interior, Epifanio Pessoa, es un gran orador de Parlamento, como lo demostró en la Cámara de Diputados representando su Estado natal de la Parahyba, en la ruda oposición que hizo al Presidente Peixoto.

Todos han llevado alto espíritu de reformas á sus respectivos Ministerios, y la opinión en Río Janeiro les es muy favorable, porque reconociendo la ilustración y méritos de los nuevos Ministros, se prometen recibir de su administración un impulso enérgico en el camino de los progresos que hacen á los pueblos prósperos y felices.

\*  
\* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

En el Paraguay estas mismas esperanzas se encarnan en el nuevo Presidente Aceval. Los pueblos nuevos de América todos tienen unas mismas necesidades: nutrir su población, poner á sus ciudadanos en la corriente de las ideas progresivas de la instrucción y el derecho; aplicar á la facundia de la naturaleza que les rodea las explotaciones lucrativas del trabajo y la de los inventos de la civilización; facilitar la comunicación por la apertura de grandes vías comerciales y buscar los centros del intercambio para dilatar los elementos de la prosperidad.

Todos estos pensamientos se atribuyen al nuevo Presidente del Paraguay, que es hoy la esperanza de este pueblo, sólo abierto á la comunicación del mundo exterior por el cauce de un río distante, muy distante del mar.

\*  
\* \*

E. M.—Enero 1899.

Del otro lado de los Andes, Chile aprovecha el minuto de tregua y la esperanza de reconciliación con la Argentina, para aplicarse á la imperiosa atención de su estado financiero y de sus obras de utilidad, á la conservación de las fuerzas defensivas que ha adquirido y á la observación de los horizontes por donde puede ensanchar su necesidad de expansión y de imperio.

Con el Perú ha diferido la solución de las cuestiones sobre las provincias de Tacna y Arica, apenas con la Argentina ha alcanzado un momento de respiro. Con Bolivia no pierde momento en que recordarle que las manifestaciones hechas en la Paz y en Sucre en favor de una alianza con la Argentina cuando se temía la guerra, han sido un agravio difícil de olvidar. La prensa de Santiago y de Valparaíso niega la utilidad que ni para Chile ni para Bolivia tendría conceder á la República infantil de las mesetas andinas la vía marítima que le había ofrecido por pactos solemnes, con el pretexto de que para descender desde las cumbres hasta la costa necesitaría vías férreas que Bolivia no está en aptitud de construir. Otros periódicos, los de Iquique, se pronuncian por la idea de que Bolivia debe desaparecer como Estado independiente, pues no es sino la conjunción de razas y territorios geográficos que entre sí no tienen el menor vínculo de unidad, mientras que sus respectivas atracciones naturales las reclaman unas por la parte de Chile, otras por las del Perú y otras por las de la Argentina, el Paraguay y el Brasil. «Ni aun capital propia puede tener, dice *Los Tiempos* de Iquique; de aquí que ha ido y va sin tregua rodando de la Paz á Cochabamba, de Cochabamba á Oruro y de Oruro á Sucre. ¿Dónde está el cerebro de Bolivia? Nadie lo sabe. Bolivia sólo recuerda el nombre y el capricho de un general. *Delenda est Bolivia.*» Sin embargo, Chile aún no se atreve á ser la debeladora de esta República casi inerme, y á la que hace poco venció con el Perú. La Argentina la protege, y para divorciarla de la Argentina sólo se le recuerda á Bolivia desde Santiago que en vano ha llamado de Europa al señor Luis de la Paz para que sea elegido en las próximas elec-

ciones presidenciales; porque el candidato del general Roca en Buenos Aires es el Sr. Telmo Ichazo, y será Presidente el que quiera el protector.

Estos sentimientos revelan cuán frágil es el nudo de la concordia celebrada con el arreglo pendiente de la Puna de Atacama. Los celos y la rivalidad tradicional pueden más que los deseos de la conciliación, y todavía en Santiago se espera que en los arbitrajes de Londres se les dé una victoria sobre la República del Plata, sobre todo si en Londres se consigue que, como ha escrito *The Times*, en Buenos Aires se ceda un poco, pues con los tratados de 1881 y de 1893 el alto árbitro se verá imposibilitado de resolver los problemas de la Naturaleza sobre las crestas andinas.

Una ceremonia se ha verificado en Chile el mes último, de que hemos de hacer alguna mención. El gran poeta, hablista y escritor venezolano Andrés Bello, autoridad proclamada en las ciencias filológicas por la Real Academia Española, murió en la capital de Chile, donde había fijado su residencia en 1865. Treinta y tres años han transcurrido, y los restos de Bello permanecían enterrados en una humilde tumba, sin ninguna distinción entre el mundo de lo desconocido que le rodeaba. Una mano piadosa ha levantado en el cementerio de Santiago un sepulcro monumental para que en él se custodien sus cenizas, y al acto de la inhumación se le ha dado una solemnidad majestuosa. Con los restos de Andrés Bello se han reunido los de la que fue su mujer, Doña Isabel Dunn, y ante el nuevo sepulcro se han pronunciado discursos encomiásticos de los Ministros del Estado y se han rendido los homenajes de todas las instituciones de enseñanza, de todas las sociedades literarias y de los alumnos y asilados de todos los colegios nacionales y de todas las fundaciones benéficas. El acto se describe en los periódicos chilenos con gran extensión.

\*  
\* \*

En el Perú preocupan con preferencia dos grandes cuestiones, á las que un súbdito de los Estados Unidos ha procurado añadir una dedada más de hiel con una reclamación inicua, que al cabo se resolverá contra la República del Pacífico con el sacrificio de 200.000 soles, que aquél pide y que el Gobierno de Washington apoyará, como apoya todas las iniquidades de sus connacionales á costa de la humillación de todos los pueblos.

El asunto más importante que se había propuesto resolver el Presidente Piérola, era el de la reintegración de las provincias cautivas de Tanca y Arica. Después de los protocolos Latorre-Billinghurs, y de la demanda del arbitraje de la Reina Regente de España, este negocio parecía el camino de una pronta y satisfactoria solución, pues las dos Cámaras peruanas y el Senado chileno le habían otorgado su aprobación. En la de Diputados de Chile también llegó á aprobarse *en principio*; pero usando de una triquiñuela de habilidad dudosa para dejar dilatado y embarazado el asunto, en términos que en el Perú se desconfía de que el protocolo negociado pueda llegar á ejecución. Mientras Chile necesitó *aliados* en la expectativa de una guerra, con este asunto procuró ganar al Perú, ó cuando menos adormecerlo é inutilizar el apoyo de su fuerza, que en una alianza con la Argentina hubiera dado gran cuidado al Gobierno de Santiago. Desde que vió en perspectiva la conciliación con su rival en el problema andino, buscó este subterfugio parlamentario para destruir las esperanzas que el General Piérola y la opinión del Perú alimentaban. Política cartaginesa, que, á la larga, podría Chile pagar cara.

Otro de los problemas pendientes es el de la sucesión de la Presidencia. Piérola, antes de abandonar el poder, quiere dejar asegurada en el país la paz y el orden bajo que ha hecho su administración constitucional prestigiosa y fecunda. En el Perú, como en todas partes, la lucha de los partidos es siempre apasionada y perturbadora. En sus propósitos de concilia-

ción emplea todas sus fuerzas, con esperanzas de poder dominar la situación actual. Entre tanto, la candidatura del Vicepresidente Billinghurs, que prosperó en un principio bajo el crédito de la negociación con Chile, de tal modo ha decaído, que ha sido descartada por civilistas y demócratas, citándose como candidatos probables los nombres de los jefes de aquellas fracciones, de que son sostenedores el Senador Candamo, jefe del partido civil, y el doctor Bustamante, por parte de los demócratas. Este último procede de acuerdo con el Presidente Piérola.

La nueva reclamación americana se ha hecho por los hermanos Gotfried, los cuales pretenden que á causa del conato de *montonera*, ó insurrección que del Ecuador y Bolivia se hizo descargar en los meses de Julio y Agosto sobre las provincias del Norte de la República, los insurrectos les produjeron perjuicios por valor de 200.000 dollars. La prensa toda del Perú protesta contra esta iniquidad, y *La Opinión Nacional* dice que habrá que proponer una conferencia internacional para tomar un acuerdo por el cual á ningún súbdito de los Estados Unidos se le permita residir en ningún país extranjero. Esto no se podrá alcanzar: pero el Perú y *La Opinión Nacional* tienen razón en su queja.

\*  
\* \*

Pero si tales alarmas producen ya en todas partes estas reclamaciones de los súbditos yankees, que llegan á ser tan onerosas á cuantos países les dan generosa hospitalidad, no es menor la que en toda la costa del Pacífico ha causado la noticia de que el General Eloy Alfaro, Presidente de la República del Ecuador, y que hace poco se hacía tan simpático en los dos mundos con su Mensaje pidiendo la agrupación en nuevas Confederaciones de las Repúblicas de origen ibérico, para contrastar la prepotencia de la alianza anglosajona en América,

ha llevado al Congreso ecuatoriano una propuesta para arrendar las islas Galápagos á los Estados Unidos. Los norteamericanos no pueden pretender esas islas con ningún fin comercial; si desean ocuparlas, ha de ser sólo con algún fin político, que no puede menos de alarmar á todos los pueblos de la banda occidental de aquellos continentes. La nueva política inaugurada por los Estados Unidos en la anexión de las Hawaii, en las Antillas, en Filipinas, y ahora en las Repúblicas del Centro, por donde ha de cruzar el canal de Nicaragua en proyecto, revelan avances, que al dilatarse hasta Galápagos, justifican todos los temores que reflejan los periódicos de Lima y Chile y de las demás Repúblicas del Pacífico.

El lenguaje que se emplea contra el Ecuador es bastante severo.

\*  
\* \*

En los demás Estados del Norte de la América meridional, lo más saliente es la tirantez de relaciones que se ha establecido entre Colombia y Venezuela, por haberse concedido por el Gobierno de Caracas la Cruz del Libertador al Almirante Candiani, que manda la escuadra italiana que trató de apoderarse de la aduana de Cartagena é hizo llegar á Bogotá el *ultimatum* del Gobierno de Italia sobre la indemnización á los acreedores de Cerrutti, determinada ilegalmente en el laudo de Mr. Cleveland.

Las relaciones entre Italia y Colombia siguen interrumpidas; pero las quejas con Venezuela se reducirán al cambio de algunas notas, y á la formalización de algunas rectificaciones.

\*  
\* \*

De los proyectos sobre el canal de Nicaragua, ó hay que escribir mucho, ó hay que limitarse á las últimas noticias. ¡Inglaterra consiente en la denuncia del tratado Bulwes-Clay-

---

ton! Ofrece negociar con Washington las seguridades de la neutralidad del canal. ¡Palabras! Inglaterra está satisfecha de su nuevo aliado, y le abandona la presa antes de romper esta alianza, que será..... ¡al tiempo!..... la ruina del imperio colonial y de la preponderancia marítima de la Gran Bretaña.

Iob.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—SOCIOLOGÍA: Teorías de Gumpowicz.—CUESTIONES SOCIALES: El proletariado intelectual.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: La enseñanza clásica y la moderna en Alemania.—CIENCIAS OCULTAS: Los Papas futuros según las profecías.—CIENCIAS ÉTICAS: Misticismo modernista.—La obsesión de lo divino.—POLÍTICA: El Parlamento y la Nación.—LITERATURA: Antonio Fogazzaro.

## SOCIOLOGÍA.

TEORÍAS DE GUMPOWICZ.—Las doctrinas sociológicas de Gumpowicz se hallan contenidas en sus principales obras *La lucha de las razas*, *Derecho político-filosófico*, *Elementos de Sociología*, *Sociología y Política* y *La idea sociológica del Estado*, presentando un resumen de sus más salientes conclusiones el trabajo publicado en la *Revista de Chile*, por D. Ricardo Montaner Bello.

Para Gumpowicz la Sociología no es otra cosa, ni debe llamarse de otro modo, que la *Historia natural de la Humanidad*, basada en el poligenismo. La naturaleza se muestra por doquier pródiga de sus creaciones, y es más conforme con su espíritu suponer que ha creado los hombres por docenas ó centenas, que hacerlos nacer mezquinamente de una sola pareja (1). Los filósofos y los naturalistas de los tiempos modernos

---

(1) ¿Y en virtud de qué fuerza creadora ha podido la naturaleza producir esos seres? Si esa fuerza existe ¿dónde está? ¿Por qué no sigue pro-

no han titubeado en declararse partidarios del origen poligénico de la humanidad (1), del cual deriva la diversidad de razas, y la consiguiente multiplicidad de lenguas y religiones.

La historia de la humanidad se resume en la lucha de las razas, que no es otra cosa que el proceso natural de acción y reacción de los diversos elementos humano-sociales. Antes que lucharan los grupos heterogéneos y llegaran á ser unos dominados y otros dominadores, no existía el Estado. El Estado nació cuando, efecto del choque de un grupo con otro, por la posesión ó disfrute de un territorio ó de una presa, el más fuerte quedó triunfante y el más débil vencido. El principio de la fuerza ó de la violencia hizo pasar al hombre del régimen matriarcal al patriarcal, y es el que sigue dominando en toda la Historia, constituyendo lo que Gumpłowicz llama la «ley de la aglomeración creciente».

Gumpłowicz niega el progreso constante, admitiéndolo sólo dentro de cada ciclo histórico; al terminar un período se produce un retroceso que obliga á recomenzar la obra del desenvolvimiento material, sin que el individuo pueda absolutamente nada contra esta ley fatal que, dominando la colectividad, anula los esfuerzos individuales.

El desarrollo intelectual no es otra cosa que el resultado de la situación moral y económica del hombre. El entendimiento humano es siempre el mismo, sin que las actuales generaciones sean superiores á las antiguas, más que por los considerables recursos que éstas han venido almacenando y que tenemos á nuestra disposición, siendo el progreso material, y las invenciones y perfeccionamientos existentes, debi-

---

duciendo los mismos efectos? ¿Es que ha desaparecido, por ventura? ¿Qué ha sido de ella? He ahí otros tantos misterios tan difíciles, por lo menos, de explicar, como el de la creación bíblica.

(1) La afirmación es demasiado absoluta y sobrado inexacta para que podamos pasarla sin rectificación. Sin contar todos los filósofos y naturalistas cristianos modernos, baste citar el nombre de Quatrefages para invalidarla.

dos á esa mayor suma de recursos acumulados de que disponemos. En cuanto al progreso moral, nada tiene de absoluto.

La misma eterna fuerza que ha producido el Estado, vive latente en el hombre y es lo que se llama *hábito*; el hombre es un animal de hábito, y lo que hace en un principio movido por la necesidad ó por la fuerza, se convierte en hábito si la necesidad persiste ó la fuerza mantiene sus dictados. El hombre se connaturaliza de esta suerte con los hechos constantes que le rodean, y considera como normales y morales las situaciones efectivas, naciendo de este modo la idea de moralidad en su espíritu.

Las disposiciones dictadas por los Gobiernos para ordenar la vida del pueblo en el Estado, constituyen el *derecho*, que sólo dentro del Estado existe, no teniendo razón de ser fuera de él. La moralidad es la fuente inagotable del derecho, el cual se manifiesta por medio de la ley; lo que hoy es derecho ha sido en otro tiempo pura moralidad, y toda moralidad tiende á convertirse en derecho, siendo el derecho la moralidad que se cristaliza en la ley, y la moralidad el derecho que dormita todavía en la conciencia del pueblo, y que lucha por expresarse y adquirir forma.

Estado, moralidad y derecho forman una no interrumpida cadena de fenómenos naturales sujetos á investigación científica; esta investigación puede hacerse sobre *lo que es ó ha sido* ó sobre *lo que debe ser*; la investigación en este último sentido es lo que constituye la *política*. Las «ciencias políticas» han nacido del estudio de los fines particulares del Estado, á medida que estos se han ido desentrañando y surgiendo en el análisis científico del derecho.

¿Es la Sociología una ciencia independiente? Por un lado se habla de ella como de una ciencia fundamental nueva, como de una ciencia del porvenir; por otro, y con no menos frecuencia, no sólo se pone en duda su derecho á la existencia, sino que se le niega francamente. La Sociología tendrá derecho á ser estimada como ciencia siempre que tenga un objeto

propio. Etimológicamente la Sociología debe ser una «ciencia de la sociedad.»

¿Podrá confundirse con la ciencia social? No; porque esta no es más que un término genérico que sirve para designar el conjunto de las diferentes ciencias que estudian al hombre. ¿Podrá confundirse con el socialismo? Tampoco, porque este es un producto del arte social. ¿Podrá confundirse con la Historia? No, porque la historia de la civilización, por ejemplo, pone en evidencia las manifestaciones exteriores de la sociedad, pero relega al segundo término á la sociedad misma; los historiadores, según Gumpowicz, han errado el camino, porque explican los acontecimientos históricos, en general, por los movimientos de la voluntad individual, y la simple admisión de la influencia de la voluntad individual sobre los sucesos históricos, excluye toda regularidad en tales sucesos; en lugar de deducir los hechos históricos de las cualidades y disposiciones psíquicas de tal ó cual personaje, debía, al contrario, mostrarnos cómo esas cualidades y disposiciones fluyen necesariamente de las necesidades de su existencia común ó social.

La estadística tampoco puede confundirse con la Sociología, no siendo, como no es, una ciencia independiente, sino un método que tiene aplicación y utilidad en todas las ciencias. La Economía política, por su parte, lejos de equivaler á la Sociología, puede estimarse como una de sus ramas, puesto que sólo se ocupa de la actividad, funciones y fenómenos económicos, que es sólo un aspecto de los estudios sociológicos. No cabe tampoco confundirla con la Filosofía de la historia, que parte de hipótesis y afirmaciones apriorísticas, mientras que la Sociología arranca del examen de hechos conocidos y comprobados; ni con la Filosofía del derecho, que tiene por objeto propio el derecho mismo, que sólo forma una parte de la vida social.

La Sociología se propone estudiar, no tanto al hombre como las leyes superiores é independientes de la agrupación humana, formulando la concepción colectiva del mundo. Su

objeto no es el individuo, sino las agrupaciones sociales que obedecen á leyes tan eternas como las que rigen al sistema planetario, y cuyos movimientos, luchas y alianzas se explican y hasta pueden determinarse de antemano gracias al conocimiento de la ley suprema que rige el sistema del mundo social.

Así concebida, no es extraño que la Sociología encuentre adversarios donde quiera, tanto por ir contra las ideas más corrientes, cuanto porque destruye la teoría de las individualidades dominantes, los Alejandro y Napoleones que dirigen los Estados. «En la naturaleza humana—dice Gumpłowicz—existe una profunda inclinación á la idolatría; la humanidad, aun civilizada, no ha salido todavía del todo del período del fetichismo. No fabrica sus fetiches con arcilla, madera ó piedra, sino que toma al primer hombre de Estado que encuentra en su camino y que, en el momento de un suceso histórico, se encuentra por casualidad en el timón, lo proclama fetiche y se prosterna ante él como ante el hombre que ha traído ese suceso por la fuerza de su genio; ese fetichismo histórico anima á las masas, que son fanáticas por ese culto, y el entusiasmo de las masas halaga á los historiadores.»

La Sociología, sin desterrar del círculo de sus estudios ninguna manifestación de la humana actividad, las considera todas, no como simples productos del espíritu individual, sino como «efectos necesarios de la aglomeración y de la evolución de las sociedades humanas».

## CUESTIONES SOCIALES

EL PROLETARIADO INTELECTUAL.—En 1895 comenzó la *Revue des Revues* á publicar una serie de estudios sobre los dos males que minan los cimientos de la sociedad contemporánea, la *vagabundería* y el *proletariado intelectual*, habiendo tenido gran resonancia en todo el mundo culto las revelaciones hechas sobre los proletarios intelectuales de Alemania y Francia.

Siguiendo la campaña con tan plausible éxito emprendida, aparece ahora en uno de los últimos números de la misma Revista un nuevo estudio sobre la misma cuestión en Italia, hecho por persona tan competente como el Marqués Paulucci di Calboli, Secretario de Embajada, y que con ligeras diferencias de detalle podía aplicarse perfectamente á España.

Italia es pobre y está empobrecida; en los últimos veinte años la deuda pública ha sufrido un aumento de cerca de cinco mil millones de liras, y la deuda hipotecaria ha crecido más de seis mil millones. Mientras que la riqueza privada de cada inglés es de 6.430 francos y la de cada francés de 5.022, el patrimonio de cada italiano apenas llega á 1.760.

La agricultura atraviesa en Italia una crisis casi tan terrible como en Inglaterra, y los campos se ven abandonados poco á poco por los pequeños propietarios y sus colonos, reducidos al papel de administradores del Fisco, al que tienen que pagar el 40 por 100 de sus rentas, llegando el impuesto en algunas provincias, como la Basilicata, hasta absorber todo el producto neto de la tierra. El suelo está agotado, la emigración lo despuebla, y el labrador, que cultiva la tierra como hace veinte siglos, no saca de su trabajo para vivir. Sicilia y Cerdeña no tienen ni siquiera una escuela de Agricultura, y en las 23 Universidades italianas no existe ni una sola cátedra de Agronomía. Con un presupuesto de 267 millones para el Ejército y 95 para la Marina, tiene Italia 8 millones para la Agricultura, la Industria y el Comercio.

Y no es que falte el ahorro nacional, como lo prueban los dos mil millones de liras depositadas en los Bancos: pero nadie se aventura á emplear sus ahorros en lo que no conoce, y las industrias perecen por falta de capital, y el comercio languidece también, falto de savia. ¿Cómo no ve el joven rico que una vez terminados sus estudios se siente devorado por la sed del trabajo y del lucro, que en la carrera industrial hallarían sus fuerzas fructuoso empleo? ¿Cómo el obrero intelectual pobre no ve tampoco que todas las plazas del personal

técnico, tan bien retribuidas, deben ser suyas? Y sin embargo, todo el personal técnico de Italia, del que podría salir el mejor contingente de emprendedores, está representado por suizos, alemanes, franceses é ingleses, y seguirá estándolo mientras la enseñanza profesional de artes y oficios, técnica y manual, no esté á la altura de su misión.

Mucho se ha progresado en la instrucción pública en estos últimos años, habiendo bajado los analfabetos, desde el 78'06 por 100 que eran en 1861, al 53 por 100 á que asciende todavía hoy; pero no hay proporción entre el número de alumnos de los establecimientos primarios y secundarios, que debiera frecuentar todo el mundo, y el de los alumnos universitarios, que debiera ser sumamente reducido; en los últimos veinte años los universitarios han subido de 9.161 que eran en 1877, á 23.882 en el curso anterior. Italia tiene una Universidad por cada 1.436.114 habitantes, mientras que Alemania cuenta con una por cada 2.471.423 y Francia por cada 2.556.138. El contingente universitario en 1895-96 era de 22.426 estudiantes en Italia, con una población de 30 millones, mientras en Francia, con 39 millones, era de 23.000 y en Alemania, con 54 millones, era de 28.978.

El profesor Mosso nota con razón que lo que caracteriza la educación sajona y americana es «la voluntad de ser libre y de buscarse la fortuna por el trabajo,» pareciendo que en los países latinos tiene el carácter opuesto, descuidándose la formación particularista del niño, ahogando en germen toda iniciativa individual. Los anglo-sajones saben perfectamente que la sociedad necesita más obreros que soñadores, é Inglaterra se gasta 25 millones de francos en su educación técnica, dada en 110 establecimientos en Inglaterra y en 59 en Escocia, mientras Italia apenas gasta para lo mismo unos cientos de miles de liras, y para eso tan mal gastados que las familias retiran sus hijos de esas escuelas, que á veces tienen que cerrarse, como ha sucedido recientemente con la *Escuela superior de los azufres*, de Palermo. ¿Podría creerse que esta es-

cuela, con la importancia que el azufre tiene en el mundo industrial, no ha contado nunca con más de *seis* alumnos, bajando este número á *dos* en 1883 y á *uno* en 1885?

La primera falta que se ha cometido, es la de aceptar para la instrucción pública el principio de la gratuidad, sin aprovechar el ejemplo de Inglaterra y sin tener en cuenta que este principio, por generoso y democrático que sea, es el más estéril, pues el pueblo nunca deja de decir que las cosas valen lo que cuestan. Luego, falta siempre el lado práctico: los escolares conocerán quizá, además del griego y el latín, las bellezas abstrusas del paraíso dantesco y las puras sublimidades del binomio de Newton, sin saber hablar una lengua viva ni tener un solo conocimiento práctico de la vida. Y como si el ejército actual de los proletarios no fuese bastante numeroso, todos los decretos y todas las medidas, en lugar de tender á la elevación de los estudios, tienden á rebajarlos para hacerlos más accesibles á los espíritus más lentos y perezosos, y esta tendencia funesta al aumento de los reclutas de nuestras escuelas, se encuentra aun más exagerada en los exámenes, que han perdido su razón de ser, su función de criba de eliminación. El remate de tan lastimoso cuadro lo pone el abuso que se hace de las recomendaciones para obtener buenas notas, medidas de favor y exámenes extraordinarios, abuso que ha llegado al fin á irritar el espíritu público dando motivo á la medida del Ministro Gianturco suprimiendo los exámenes extraordinarios, medida que produjo verdaderas revoluciones en las Universidades italianas, dando lugar al espectáculo vergonzoso de la ruptura, destrucción é incendio del mobiliario del Estado, y de las silbas á los profesores y á las autoridades.

La burocracia del Estado, esa plaga que, según Bastiat, «perderá á todos los Gobiernos modernos», es el más poderoso determinante del fenómeno del proletariado intelectual. La gran inclinación de la moderna burguesía, dice Ferrero, es hacerse sostener por el Estado. Se estudia, según Sighele, no por amor al estudio, sino para obtener del Gobierno una plaza

que permita vivir sin trabajar y que asegure el ascenso y la pensión de retiro. Todo el mundo se lanza á la caza del empleo, ignorando el principio de Spencer y antes de Richelieu, de que en las administraciones públicas no se refugian generalmente los mejores, sino los que no se sienten con energía para la lucha. Tras los honores, el descanso y la pensión: eso es lo único que se ve y que se ambiciona. La empleomanía, de que tanto sufre la raza latina, es la locura por la vida sedentaria, por el miedo al cambio, por el deseo de una posición mediana, pero estable y segura, que permite echar á dormir todas las energías, todas las actividades, todas las iniciativas, dejando sólo despierto el espíritu de intriga, de adulación, de venalidad y de servilismo.

Esta caza del empleo ha tomado proporciones espantosas; no existe una estadística oficial de los pretendientes á los puestos públicos; pero siempre se trata de una banda famélica de 40, 50, 60 ó más en torno de un hueso miserable. En Marina hallamos en 1895 para una sola plaza de profesor de dibujo 63 aspirantes; en Instrucción pública, 735 concursantes para unas cuantas cátedras vacantes en los gimnasios y liceos, 962 para unas cátedras de Matemáticas y 82 postulantes para una sola cátedra de francés; en Obras públicas, 516 peticiones para 50 plazas de empleados subalternos y 68 para cuatro plazas de subsecretarios; en Hacienda 886 postulantes para 40 empleados insignificantes; en cambio, para 46 plazas de maquinista y fogonero, sólo se han presentado en el Ministerio de Marina 53 pretendientes.

Y todo ese derroche de energías ¿para qué? Para llegar, después de diez ó quince años de estudios y de gastos, á disfrutar un sueldo de 1.200, 1.500 ó 1.800 liras, cuando el favoritismo y las intrigas no triunfan del mérito y de la experiencia, y sin la esperanza apenas de llegar á los grados superiores, rara vez reservados á los hombres de carrera y generalmente monopolizados por los políticos.

Y no puede pretenderse que los sueldos sean crecidos, des-

de el momento en que, para satisfacer tantas aspiraciones, hay que multiplicar los empleos repartiendo las raciones entre muchos. Si Italia no llega al formidable ejército burócrata francés de 527.000 funcionarios, cuenta, sin el clero, con 400.000 empleados. Y naturalmente, con este ejército de empleados, la recaudación tiene que ser costosísima, pudiendo resumirse el sistema fiscal en la siguiente proporción numérica: producto bruto del impuesto, 6; gastos de percepción, 4; producto neto, 2. En una pequeña ciudad de Sicilia, los consumos daban 22.000 liras de ingresos brutos, por 18.000 de gastos de percepción; el hecho es típico y puede servir de regla general.

¿Qué puede salir de semejante situación sino el proletariado intelectual? La magistratura, por ejemplo, cuenta con 162 tribunales, 24 audiencias y 5 tribunales de casación. Después de veinte años de carrera, los jueces llegan á cobrar 3.500 liras. Los *pretori*, en número de 1.457, con sueldos de 2.500 y 2.800 liras, tienen, con el descuento, seis liras y media diarias de sueldo. Lo que se oculta bajo esa miseria de levita raída, es increíble: en una petición al Parlamento, de 20 de Junio de 1897, se habla de 480 de esos magistrados que nunca llegan con los ingresos á cubrir los gastos de oficina, y que tienen que servirse, para contestar á las cartas que reciben, de la hoja en blanco de las mismas, careciendo de calefacción en invierno, y teniendo que hacer por sí mismos la limpieza de sus oficinas.

Y si de estos funcionarios se pasa á los maestros, la impresión no puede ser más triste. Se trata de más de 50.000 personas que no sacan la tercera parte del jornal de un obrero hábil, y cuyo número va en aumento sin cesar, pues calculándose la pérdida anual en 1.500, resulta que la producción del último año han sido 3.992 (1.052 maestros y 2.940 maestras), que aspiran á cobrar sueldos, mal pagados, de 700 y de 560 liras respectivamente, mínimun á que descienden ciudades como Vicenza, Brescia y otras.

E. M.—Enero 1899.

El clero mismo, á pesar de ser Italia el país en que más ha florecido siempre, sufre del mismo mal. El alto clero goza buenos sueldos, pues á pesar de haber 258 cargos episcopales, arzobispales y patriarcales, el término medio de la renta episcopal no es menos de 20.000 liras; pero en cambio los pobres párrocos no tienen más de 1.344 liras por término medio, habiendo 6.713 parroquias cuya renta fluctúa entre 800 y 850 liras, y 2.215 en que no llega á las 800 liras.

Y lo mismo pasa con el ejército: el teniente recibe 5 liras diarias, menos 7 céntimos para el Montepío y 36 de descuento, quedándole 4,57 liras, siendo inútil hacer notar los gastos enormes, sin proporción con tal sueldo, que los oficiales tienen, sólo por razón de su equipo, y resultando que el oficial, en los grados inferiores, gana también menos que un obrero, teniendo que sufrir las exigencias de la dignidad del uniforme, que le impiden hacer ciertas economías que la blusa permite.

El cuadro es desconsolador, y en ese espejo, por desgracia, puede mirarse también la desdichada España.

## ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

LA ENSEÑANZA CLÁSICA Y MODERNA EN ALEMANIA.—Con este título publica la *Revue politique et parlementaire*, de París, un interesante artículo de Jorge Cahen, quien, preocupado con razón por el maravilloso desarrollo industrial, mercantil y científico de Alemania, busca en el sistema educativo de la gran nación y, sobre todo, en la organización de la enseñanza secundaria, la causa principal de su prosperidad.

A principios del siglo no existía en los Estados alemanes más que una clase de establecimientos de segunda enseñanza: los Gimnasios ó escuelas latinas (*höhere Anstalten*), hasta que en 1817 se instituyeron las *Realschulen* ó Escuelas reales (de s), que atendían á reemplazar la enseñanza de las pala-

bras por la de las realidades.» Los Gimnasios conservaron el monopolio de las lenguas muertas y de las bellas letras, y las *Realschulen* dieron hospitalidad á las lenguas modernas y á las ciencias naturales, teniendo unos y otros establecimientos su local y personal propios con verdadera autonomía.

Temiendo los peligros de una excisión por la natural rivalidad de ambas instituciones, se buscó una transacción en el latín, que se introdujo en las *Realschulen* para facilitar el paso de sus alumnos á los Gimnasios y abrirles la puerta de la Universidad. Con esta innovación vinieron á establecerse los tres tipos actuales de establecimientos alemanes docentes: los *Gimnasios*, con latín y griego; las *Realschulen*, sin lenguas muertas, y los *Realgimnasios*, con latín; los Gimnasios y *Realgimnasios* comprenden nueve años de enseñanza, y presentan las variedades de *Prorealgimnasios* y *Progimnasios*, con seis y siete años; las *Realschulen* comprenden siete años, y ofrecen también las variedades de las *Höheren Bürgerschulen* con cuatro ó cinco años, y las *Oberrealschulen* que tienen más de siete.

La enseñanza de la religión con dos horas por semana en cada curso, así como el estudio de la lengua y literatura alemanas, de la historia y de las matemáticas, es común á todos los establecimientos. He aquí un cuadro comparativo de las horas de estudios por asignaturas y por semana en las tres clases de Institutos del Gran Ducado de Baden, que puede servir de ejemplo:



Los Gimnasios dirigen así sus alumnos hacia los altos estudios científicos, las facultades y las escuelas superiores; las Realschulen hacia el comercio, la industria, la mecánica y la agricultura, y los Realgimnasios hacia carreras mixtas como las de ingeniero ó administrador y hacia las facultades de ciencias, medicina ó filología moderna. Y contra lo que generalmente se cree, la estadística demuestra que la enseñanza clásica sigue siendo la más favorecida, habiendo en 1893, de 1.020 establecimientos de segunda enseñanza, 487 Gimnasios, 247 Realgimnasios y 290 Realschulen, y asistiendo en Prusia á los Gimnasios 89.611 alumnos, á los Realgimnasios 39.337 y á las Realschulen 27.818, proporción aproximadamente igual á la de hace veinte años.

¿Cuáles pueden ser las causas de esta prosperidad continua de la enseñanza clásica en Alemania? En los Institutos alemanes no existen premios ni accesits, según el precepto de Pascal de que «la admiración todo lo echa á perder desde la infancia». De aquí que los profesores no se ven obligados á subordinar una parte de su enseñanza á la preparación de las composiciones y *deberes* escritos, y se fijan más en las explicaciones y lecturas de los clásicos; ora por medio de una *lectio statoria* ó análisis detallado y profundo que permita apreciar las cualidades literarias, ora por medio de una *lectio cursoria* ó lectura corriente que haga conocer la marcha de las ideas y la ilación de las frases, ejercitan el gusto y el juicio del alumno, que de este modo penetra en el fondo del estudio encariñándose con él, sin contar con que de este modo, teniendo el alumno poco que escribir, está menos tiempo solo y vive en la intimidad del profesor. En Prusia, por ejemplo, en la *Oberprima* (retórica) no hace sólo en el estudio más que un tema latino cada quince días, una versión latina cada seis semanas y nunca un ejercicio en griego. El profesor trata siempre de facilitar las tareas escolares, explicando el sentido de los pasajes difíciles, comentando las frases oscuras, y dirigiendo la corrección y hasta la escritura misma de

los temas, convirtiéndose en un colaborador de sus alumnos.

En Alemania, por otra parte, no hay bachillerato; en su lugar están los exámenes de prueba de curso, y un examen final en los Institutos que abre acceso á las Facultades; al salir de cada clase sufre una serie de preguntas ante un jurado compuesto de sus profesores actuales y futuros, que pueden así apreciar su aptitud para pasar á la clase siguiente. Cada uno de estos exámenes, desde la *Untertertia* (sexto), confiere prerrogativas especiales y habilita para determinadas profesiones; así, por ejemplo, el aprobado en la *Obersecunda* (tercero), puede entrar en Hacienda; el de *Untersecunda* (cuarto), en ferrocarriles, Bancos, etc., y, sobre todo, el examen de la *Untertertia* (sexto), abre acceso al voluntariado militar de un año. De aquí que, á medida que se avanza en los estudios, la selección se opera de tal modo, que en la *Oberrealschule* de Heidelberg, por ejemplo, la población escolar, que era de 76 alumnos en el primer año, pasó á 85 en el segundo; á 81, en el tercero; á 56 en el cuarto; á 45 en el quinto; á 39 en el sexto; á 22 en el séptimo; á 10 en el octavo, y á siete en el noveno.

Los estudiantes que llegan al fin de sus estudios sufren el examen final, la *Reifeprüfung* ó *Abiturientexamen*, para pasar á la Universidad, ante un tribunal compuesto por los Profesores mismos del establecimiento, especialmente los de la *Oberprima*, asistidos del director y ante el *Schulrath*, comisario ó consejero designado al efecto por el *Schulkollegium* (Consejo universitario). Esta Comisión se reúne en conferencias privadas para examinar el expediente escolar de cada alumno, y una vez éstos clasificados, comienzan los exámenes; un buen escrito, con un buen expediente, dispensa del ejercicio oral; las preguntas son públicas, y las notas cinco ó seis eliminan definitivamente á los aspirantes desafortunados, torpes ú holgazanes; los certificados contienen la apreciación especial de la aplicación y conducta del alumno, facilitando las tareas del Jurado. Terminados los exámenes, se envían los

expedientes al Schulkollegium provincial, que los revisa y los remite al Ministro para que los sancione y expida los diplomas, que se distribuyen después en sesiones solemnísimas ante las más altas autoridades del país.

Los aspirantes desafortunados reciben un simple certificado de salida, que menciona su asiduidad, y los que la Comisión ha juzgado demasiado insuficientemente preparados pueden presentarse de nuevo, pero nunca más de tres veces; así se recompensa la inteligencia sin desalentar á la buena voluntad.

Este es el sistema que garantiza el valor y la autoridad de los diplomas. La pedagogía alemana ha estimado, con razón, que era preciso subordinar los exámenes al trabajo y no ajustar el trabajo á los exámenes, estableciendo sanciones más racionales y métodos más acertados, que han producido una enseñanza más sólida con una educación clásica más fuerte, todo lo cual prueba de un modo concluyente que la clave del problema educativo no está precisamente en las materias elegidas como más propias para la enseñanza, sino en el modo de enseñar, y que, como dice el poeta, «el modo con que se da vale más que lo que se da.»

## CIENCIAS OCULTAS

LOS PAPAS FUTUROS SEGÚN LAS PROFECÍAS.—Según las famosas profecías de San Malaquías, la divisa correspondiente al Papa que ha de suceder al venerable León XIII, cuya avanzadísima edad hace temer al mundo católico el próximo fin de tan eximio Pontífice, es la señalada en el catálogo de las divisas papales del santo primado de Irlanda con el número 104, *Ignis ardens* (fuego ardiente).

La correspondiente á León XIII era la 103, cuya leyenda, *Lumen in caelo*, cuadraba perfectamente á la estrella y el cometa que campean en el blasón nobiliario de los Pecci.

La *Revue des Revues* dice que desde hace años venía indicado como el más probable entre los *papabiles* el Cardenal Svampa, en cuyas armas figura un sol de oro, que parecía corresponder perfectamente al signo *ignis ardens* de San Malaquías, fijándose después la atención en el Cardenal Vannutelli por su nombre de pila *Serafin* (espíritu de fuego), y señalando actualmente otros dos candidatos, Angel di Pietro y Gerolamo María Gotti, del primero de los cuales ha profetizado un franciscano que ceñiría la tiara, teniendo el segundo en su blasón una antorcha encendida.

*Ignis ardens* anuncia un pontificado extremadamente brillante; quizá ese gran Papa, cuyo reinado, al decir de ciertos místicos, debe coincidir con el de un *gran monarca* perfectamente de acuerdo con el Pontífice y bajo cuya doble dominación la cristiandad depondrá sus rencores, la paz reinará por doquier y sólo habrá una ley, una fe y un modo de vivir.

«En la cátedra de San Pedro—vaticina en el siglo XIII el bienaventurado Werdin de Otranto, con relación al *ignis ardens*—brillará una *estrella resplandeciente*, elegida contra lo esperado por los hombres, en el seno de una gran lucha electoral, estrella cuyo esplendor iluminará la Iglesia universal.»

«Entonces, un gracioso joven, de la posteridad de Pepino, y que se hallará en país extranjero, vendrá para contemplar la gloria de ese Pastor, el cual colocará de un modo admirable á ese joven sobre el trono de Francia.»

En otra profecía del siglo XVII, del monje Bartolomé Holzhauser, fundador de la Orden de los bartolomitas, se desarrolla la misma idea en estos términos: «Dios enviará un gran monarca, ora llamado Auxilium Dei, ora Lilifer, ora Monarca fuerte, que de acuerdo con una *potencia del Norte* exterminará la raza de los impíos, restablecerá el orden y devolverá lo suyo á cada cual.... Dios suscitará entonces un Pontífice santo que, sostenido por el gran Monarca, hará brillar más que nunca la gloria de la Iglesia católica por todo el Universo.»

Otra profecía del siglo XVIII atribuída á Juan de Vati-

guero, desenvuelve el mismo tema del doble reinado armónico diciendo: «Este Papa tendrá con él un Emperador, hombre virtuosísimo, que será de la sagrada sangre de los reyes de Francia; el príncipe le ayudará y le obedecerá en todo para reformar el Universo, y bajo este Papa y este Emperador, el Universo será reformado, porque la cólera de Dios se aplacará. Así, no habrá ya más que una ley, una fe, un bautismo, una manera de vivir; todos los hombres tendrán los mismos sentimientos, se amarán unos á otros y la paz durará por largos años.»

También las famosas *Previsiones del solitario de Orval*, conocidas á fines del pasado siglo y en las que estaba anunciado con sorprendente exactitud el reinado de Napoleón I, la Restauración, Carlos X, Luis Felipe, Napoleón III y la guerra franco-prusiana, contienen el párrafo profético siguiente: «Dios ama la paz. ¡Venid, joven príncipe, dejad la isla de la cautividad, y cuidad al león de la flor blanca! Lo que está previsto Dios lo quiere: la vieja sangre de los siglos terminará todavía muchas divisiones; entonces, un solo Pastor será visto en la Galia céltica. El hombre poderoso por Dios se sentará bien; muchos sabios reglamentos traerán la paz. Muchas ovejas extraviadas vendrán á beber en el arroyo vivo. Tres príncipes y reyes se quitan la capa del error y oyen claro la fe de Dios. En ese tiempo un gran pueblo del mar recobrará la verdadera creencia en sus dos terceras partes».

Todas estas predicciones parecen señalar de un lado el advenimiento de un Papa brillantísimo, asistido de un poderoso Rey que, bajo la suprema dirección del Pontífice, realizará la edad de oro, y de otro el triunfo de las ideas socialistas al amparo de aquella doble hegemonía, pues sólo así es explicable la reducción del Universo á una sola fe y á un solo modo de vivir, bajo un régimen de paz octaviana.

¿Será la preparación de este orden de cosas la proposición del Czar para el desarme, y el desarrollo adquirido en muchos pueblos por el socialismo? Ese gran pueblo del mar que ha de

volver á la fe católica en sus dos terceras partes, ¿no será Inglaterra?

Lo cierto es que, según el interesante trabajo publicado por Thureau-Dangin en el *Correspondant*, Inglaterra, que en 1814 no contaba más que con 160.000 católicos, tiene hoy 1.500.000, y que no teniendo á principios del siglo ningún obispo, sino cuatro vicarios apostólicos, como país de misión, auxiliados por unos 400 sacerdotes que vivían medio ocultos, tiene hoy un arzobispo, 17 obispos y 3.000 sacerdotes, habiéndose producido una corriente de renacimiento de las ideas católicas en el seno mismo de la Iglesia anglicana y ascendiendo las conversiones, según el cardenal Vaughan, á 600 próximamente cada mes.

También es de notar, de una parte, el desarrollo que el catolicismo adquiere en los Estados Unidos, y de otra, las tendencias conciliadoras que animan á la Iglesia romana y mediante las cuales van suavizándose poco á poco las asperezas irritantes que antes existían entre liberales y católicos, produciéndose una doble corriente de innegable importancia que, al par que democratiza el catolicismo viene á catolizar al liberalismo. La lucha ante los que mantienen la pureza de la antigua doctrina contra los que pretenden, sin desvirtuar el dogma, conciliarlo con el espíritu moderno, se mantiene viva todavía, habiendo tenido que intervenir entre ambos partidos Fernando Brunetière en la *Revue des Deux Mondes*, para hacer ver á unos y á otros el peligro y la inanidad de semejante lucha, sostenida de una parte por los Gibbon, Ireland, Keane y O'Connell, auxiliados por revistas como *Le Correspondant*, *La Quinzaine* y *La Justice sociale*, y de otro por los intransigentes del *Courrier de Bruxelles*, *La Vérité* y los *Etudes religieuses*. Brunetière hace ver á éstos la inconveniencia de una lucha que podía contener el desarrollo del catolicismo en los Estados Unidos, donde á fines del pasado siglo sólo había unos 10.000 católicos regidos por un obispo, y donde existen en la actualidad 9.000.000 de fieles con 8.000 sacerdotes y 80 obis-

pos y dignatarios eclesiásticos, mostrando á la vez á los adversarios la necesidad de someterse y acatar sin vacilaciones las órdenes del Vaticano, inspiradas en los intereses de la Iglesia Universal.

De todos modos, y sin dar, por nuestra parte, á los vaticinios referidos más valor del que tienen, lo positivo es que el crédito adquirido por las famosas profecías de San Malaquías trae preocupados á los purpurados romanos, y que la solución del problema del *Ignis ardens* no deja de ofrecerles serias dificultades por los muchos elementos que entran ó pueden entrar en juego en semejante solución, pues lo mismo puede resultar aplicada esa divisa á un nombre que á un hecho, á un escudo que á un apellido, á un carácter que á un fenómeno casual.

De las divisas de San Malaquías sólo quedan ya, contando con la del *Ignis ardens*, que hace el número 104, nueve por cumplir, después de lo cual vendrá el fin del mundo. He aquí las que han de seguir á la mencionada: 105. *Religio depopulata*.—106. *Fides intrepida*.—107. *Pastor angelicus*.—108. *Pastor et nauta*.—109. *Flos florum*.—110. *De medietate lune*.—111. *De labore solis*.—112. *Gloria olive*.

La única glosa que sigue á estas divisas, dice así: *In persecutione extrema sacræ Romanæ Ecclesiæ sedebit Petrus Romanus qui pascet oves in multis tribulationibus; quibus transactis civitas septicolis diruetur, et Judex tremendus judicabit populum*. «En la extrema persecución de la sagrada Iglesia romana se sentará Pedro Romano, que apacentará sus ovejas entre muchas tribulaciones; pasadas las cuales, la ciudad de las siete colinas (Roma) se derruirá, y el terrible Juez juzgará al pueblo.»

El último Papa, según esto, sería Pedro Romano, segundo de su nombre, y la Iglesia, que empezó con un Pedro, terminaría con otro, como el Imperio de Roma comenzó por un Rómulo y acabó con otro, y como el Imperio de Oriente, fundado por Constantino el Grande, terminó con Constantino Dracoses.

## CIENCIAS ÉTICAS

MISTICISMO MODERNISTA.—No merece otra denominación el nuevo sistema de moral, cuyo evangelio acaba de publicarse por Mauricio Mæterlinck en *El saber y el destino*, título de su último libro, analizado en un sustancioso artículo de la *Revue des Revues*.

La aristocracia intelectual de otro tiempo tenía su religión laica, sus idealismos y su fórmula de vida y de felicidad. La flor y nata de nuestros cerebrales carece de ideal común, de una doctrina de fusión de almas, y á remediar tan lamentable estado de cosas tiende *El saber y el destino*, de Mæterlinck, que puede dar una idea aproximada, aunque algo tímida y vacilante todavía, respecto á lo que se quiere que sea la religiosidad libre, la ética libre del porvenir.

La nueva doctrina es algo así como una especie de misticismo racionalista, en el que se ven fundidos, con espíritu ampliamente ecléctico, el vigoroso estoicismo de Epicteto y de Marco Aurelio, con la dulce ternura cristiana de los jesuitas del siglo XVII, y las soberbias enseñanzas de Ruskin, de Emerson y de Guyau, con el exaltado radicalismo de las modernas vírgenes cerebrales inglesas y los nobles esteticismos psíquicos de la actriz Georgina Leblanc. Es un manual de vida interior, adaptado á las últimas exigencias del intelectuallismo contemporáneo, y destinado, no á gentes sencillas, sino á corazones gastados y á espíritus refinados.

El tipo místico de Mæterlinck difiere esencialmente del misticismo de la *Imitación de Cristo* ó de *Las Moradas*. El joven dramaturgo belga detesta el sacrificio, la renuncia del mundo, y todos los demás elementos característicos de las doctrinas de Gerson, de Kempis y de Santa Teresa de Jesús. La vida interior, según la nueva fórmula, aparece como una escuela de alegría y de positiva felicidad; lejos de aislarse, el

discípulo místico de Mæterlinck tendrá como deber el buscar la lucha, la acción, el choque de las pasiones; lejos de aborrecer el mundo, amará la vida y se apresurará á querer realizar inmediatamente la mayor cantidad de belleza, de justicia y de amor que le sea posible, pues apenas contará con recompensas paradisiacas y se avergonzará de trabajar por un salario futuro.

Es más: ni siquiera ha de contar con la Providencia, pues le ha de parecer más justo y noble combatir solo, sin esperanza, contra el mal, por la pura satisfacción de su conciencia, pues—como dice el autor—«si fuese permitido leer en el secreto de los corazones que ya no existen, se vería quizá que la fuente de paz donde Fenelon iba á beber en su destierro todas las noches, se hallaba mucho más en su conciencia humamente tierna, leal é irreprochable, que en sus esperanzas de cristiano».

Mæterlinck enseña á sus lectores las diferentes gimnasias cerebrales ó sentimentales que debe practicar quien quiera poseer una buena higiene moral; adiestrando á sus adeptos en los más variados ejercicios, les enseña sucesivamente á ser fuertes y buenos y á dominar el destino, y luego á enternecerse, á comulgar con la multitud, con los humildes, á saber sufrir la vista de las llagas del alma y á no vivir ya sino con la vida del corazón, amando la dulzura de las lágrimas y saboreando la voluptuosidad de los desengaños.

«¿Creéis—pregunta—que Carlyle hubiera querido cambiar la desgracia que se abría en su alma cual inmensa y tierna flor, por la dicha conyugal sin horizonte y sin luz del más feliz de los vecinos de Chelsea?» Esta mezcla de la ternura mística de un Sakya-Muni con las doctrinas positivas de un Herbert Spencer, es lo que da á la original ética de Mæterlinck tan singularísimo sabor.

\*  
\* \*

LA OBSESIÓN DE LO DIVINO.—Tal es el título del nuevo libro con que Edmundo Thiaudière, el autor de *La Presa de la Nada* y *La sed del Justo*, ha enriquecido su colección de obras morales, cuyos pensamientos capitales hallamos recogidos en la *Nouvelle Revue Internationale*.

Aunque algo paradójica, la definición que Thiaudière da de lo divino, no deja de tener cierta exactitud, considerada, sobre todo, desde el punto de vista de las ideas corrientes en el vulgo de los semidoctos.

«Lo divino, dice, no puede definirse diciendo que es todo lo que viene de Dios, porque, por una parte y á despecho del sentido estrictamente gramatical, lo divino podía existir hasta sin que Dios existiera; y por otra parte, si existiendo realmente Dios hubiera creado por sí solo el Universo manteniendo en él la vida en el sufrimiento y por la muerte, no se podía con razón juzgar como divina toda su obra, siendo en ella demasiado grande la parte del mal.»

«Luego, de tres cosas, una: ó lo divino es todo lo que viene de Dios, pero á condición de que otro poder igual al suyo sea responsable del mal inherente á la creación, ó lo divino sólo es la parte excelente de la obra total de Dios; ó lo divino, á falta de un Dios creador, corresponde para la conciencia humana á lo que hay de feliz en la expansión de las fuerzas naturales.»

«De cualquier modo que se mire, lo divino es más esencial que Dios mismo (1) y personas que dudan de la existencia de Dios, no tienen base para dudar de la existencia de lo divino. Ahora bien: hay hombres que, sea porque se adhieran prime-

---

(1) En el sentido de que en lo divino entra, no sólo cuanto de Dios emana, sino Dios mismo, que es lo divino por excelencia, puede admitirse la afirmación de Thiaudière, que en otro caso sería un solemnísimos disparate. En todo caso, bueno es recordar á propósito de esta doctrina el famoso soneto de nuestro Argensola *Dime, Padre común, pues eres justo*, preguntando como él: «¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?»

ramente á una religión positiva, sea porque esperen secretamente en no sé qué religión no definida, conquistados como lo están por la creciente repugnancia á las leyes feroces de la naturaleza y á los crueles errores de la humanidad, tienen asediada el alma por la visión de esa flor de lo abstracto que se llama lo divino.»

De uno de los diez capítulos del libro de Thiaudière, que versa sobre Política, ofrece las primicias á sus lectores la notable Revista que en París dirige la Sra. Rattazzi de Rute, y de él entresacamos los pensamientos siguientes, que revelan el espíritu observador del autor.

«La injusticia de las masas es mucho más disculpable, aunque mucho menos tolerable, que la de los selectos.»

«Es una simpleza formar proceso en nombre del Ideal, á las cosas de su tiempo. Si son como se las ve, es que no podrían ser de otro modo en este grado de la evolución.»

«El progreso sería cosa admirable si sólo implicase el acrecimiento exclusivo del bien; pero el caso es que el mal aumenta también paralelamente, y que, conforme se producen nuevos bienes, se producen también nuevos males, que ni siquiera se sospechaban antes.»

«Para que el Pensamiento se incline ante la Acción, es preciso que la Acción sea, si no superior, por lo menos igual. El Pensamiento desdeña toda acción que no vale tanto como él.»

«La Justicia y la Iniquidad, siempre tan relativas por otra parte, trabajan á veces inconscientemente una por otra. ¡Tan mal arregladas están las cosas humanas!»

«La libertad debe ser contenida en cuanto degenera en malfechoría.»

«El secreto de conciliar *lo mío* y *lo tuyo* está en fundirlos en *lo nuestro*, y ese es el secreto mismo de la federación.»

«En política hay los *politicantes*, que se creen los mejores, y los *politiqueados*, que deben confesar que son vulgo; los primeros son listos, los segundos son tontos.»

«Nada habría más conveniente para el gobierno de las so-

ciudades que el principio electivo, si elección significara siempre escogimiento de los más dignos. Pero desgraciadamente, elección, en general, quiere decir: escogimiento de los más intrigantes hecho por ellos mismos, ratificado por la masa de los tontos y sufrido con resignación por los más dignos.»

«Lo más temible no es que la libertad sea muerta, sino que se suicide.»

«¿No es estupefaciente para el filósofo ver que la espantosa lentitud del progreso depende de que la Humanidad, en lugar de coordinar sus fuerzas, las opone unas á otras?»

«Si hay algún compañero de quien los obreros, en cualquier otra cosa, deban desconfiar, es el obrero en palabras.»

## POLÍTICA

EL PARLAMENTO Y LA NACIÓN.—Tan lleno de crudezas como impregnado de amargura, el artículo de Enrique Beránger, en la *Revue des Revues*, contiene apreciaciones tan exactas y tan aplicables en general á lo que en España ocurre, que, con ligeras diferencias, podría tomarse por un trabajo hecho para nosotros.

No son hoy los parlamentarios, como en el antiguo régimen, una simple casta venal encargada por la Monarquía de aplicar las leyes; hoy son los representantes electos de la Democracia soberana: hacen y deshacen leyes, levantan y derriban Ministerios, hablan y obran en nombre de la nación, y deberían ser el corazón y el cerebro de la nación misma.

Pero..... nada de eso; tales representantes son lisa y llanamente, para sus conciudadanos, «los parlamentarios», una categoría especial de funcionarios disfrazados, especie de corredores entre el elector local y las oficinas centrales, buenas gentes, bastante medianas, no demasiado decentes, no muy respetadas, pero serviciales en suma, sin más defecto que el

de agitarse hasta el *delirium tremens* cuando el Parlamento está abierto.

Anatolio Francia, en el *Libro rojo*; Zola, en *París*; Clemenceau, en *Los más fuertes*; Lecomte, en *Los lacayos*, y Lumet, en *La Fiebre*, han trazado figuras parlamentarias cuya verdad hace estremecer. ¡Y la organización entera de la nación descansa en semejantes cimientos! ¡La industria, el comercio, la Hacienda, las colonias, hasta la educación de nuestros hijos, todo está subordinado á la voluntad de los personajes que tienen su asiento en el Parlamento!

En los primeros años de la tercera República se esperó mucho del parlamentarismo: con hombres como Thiers, Gambetta, Víctor Hugo, Julio Simón, Julio Ferry, tan ilustres como probos, todo podía esperarse. Los Diputados republicanos, una vez dueños del poder con el triunfo de Grevy y del oportunismo, no supieron defender su conciencia ni de las tentaciones de la plutocracia ni de las exigencias de su clientela electoral. La política de los *negocios* reemplazó á la de las *ideas*, y de allí salieron los tres escándalos de Wilson, del Panamá y de los ferrocarriles del Sur. Los periódicos libelistas de á perro chico, que desde aquella época tuvieron prodigiosa popularidad, contribuyeron con todas sus fuerzas á la ruina de la autoridad del Parlamento, explotando admirablemente los crímenes de algunos y la debilidad del mayor número, haciendo á todos sospechosos y haciéndose sospechosos á sí mismos.

A medida que el mecanismo del sufragio universal funcionaba, cada elector podía darse clara cuenta de la farsa de los escrutirios. ¿Cómo creer en la nobleza de un mandato adquirido por la corrupción, el fraude ó la violencia? No se respeta más que á los dioses cuyo origen no se conoce. Cuando los velos que envolvían el fetiche del sufragio universal se desgarraron, no quedó allí más que un ídolo despreciable y despreciado á la vista de la multitud.

La decadencia del parlamentarismo se ha precipitado ade-

más por la formación de una aristocracia intelectual fuera del Parlamento; los «intelectuales» desprecian á los «políticos» y recíprocamente. Esta aristocracia acometió la empresa de la educación social y política del pueblo directamente, fuera y por encima del Parlamento, por medio de las conferencias, de las lecturas públicas, de la prensa pedagógica, de los cursos de adultos, obteniendo la confianza de su auditorio, cada vez más apartado de las farsas de los comités y de las reuniones electorales. De este modo se han llegado á poner enfrente del Parlamento las masas de un lado y los intelectuales de otro, dejándole aislado y sin savia, sin que nadie tenga fe en él.

Y sin embargo, el Parlamento es el órgano vital. De ahí el malestar de la nación. Es preciso reformar lo existente ó perecer, y perecer por uno de estos dos caminos: el cesarismo ó la anarquía. Sólo hay una posibilidad de vivir: reformando el parlamentarismo, modificando las costumbres, renovando el personal, creando un ideal parlamentario.

¿Qué es exactamente en estos momentos un Diputado ó un Senador? Un corredor de distrito. ¿Qué debería ser? Un representante del país. Conseguir que la Cámara y el Senado, en lugar de ser una Bolsa para unos cientos de corredores de distrito sea templo para lo selecto de la nación: he ahí la obra hercúlea de regeneración que se impone.

Desde la revolución de 1789, Francia se ha subdividido en 500 ó 600 pedazos de territorio, cada uno de los cuales tiene derecho á un Diputado, á un subgobernador, á un presidente de tribunal. Esta subdivisión no tiene hoy razón de ser con los telégrafos y teléfonos, ferrocarriles y vapores que han suprimido las distancias. El despedazamiento administrativo, lejos de ser una necesidad como antes, ha llegado á ser una molestia y un arcaísmo injustificable.

¿Cómo se hace una elección de Diputado? Se convocan de cinco á diez mil electores, que tienen los mismos intereses que defender en su mayoría: si son labradores, son proteccionistas; si comerciantes, librecambistas; si son obreros, socialis-

tas. Lo que quieren es un Diputado que vote lo que les conviene, aunque sus intereses estén en desacuerdo con los intereses superiores de la nación; lo que quieren es un Diputado que esté dispuesto á servir á cada uno de ellos en particular, proporcionándoles destinos, estancos ó subvenciones. El Diputado se convierte en un comisionista que tiene que pasarse las tres cuartas partes de su tiempo en las antesalas ú oficinas de los Ministerios, cuando no se ve obligado á comprar paraguas ó abanicos para sus electores en el Bon Marché.

El problema vital para un Diputado se reduce á «estar á bien con el Ministro», pues sólo así puede obtener favores para sus electores influyentes. De aquí la preocupación constante de los Diputados: hacer y deshacer Ministerios para poseer la varita mágica que hace caer el maná electoral; de aquí las «combinaciones», las «crisis», las «concentraciones», las «alianzas» y todo el tinglado parlamentario: los intereses nacionales quedan subordinados á intriguillas de pasillos.

¿Y qué es el interés nacional para un Diputado de distrito? Sus electores nunca hablan de semejante cosa, ni lo ven sino á través de sus apetitos. ¿Se trata del ejército? Quieren un regimiento, porque con eso «el comercio marcha». ¿Se trata de la enseñanza? Quieren un Instituto, una Normal ó una Universidad, aunque no haya alumnos. ¿Se trata del comercio ó de la industria? Quieren tarifas especiales, aunque el país salga perjudicado con ellas.

Quinientos distritos juxtapuestos no constituyen la nación; quinientos Diputados de distrito adicionados, no son la representación del país. El término medio de los Diputados está compuesto de gentes medianas, sin individualidad, de carácter elástico, de opiniones flexibles. Protejen el funcionarismo local y cortejan el central, siendo verdaderos funcionarios electorales. Ninguno, ó casi ninguno, conserva en el Parlamento su libertad de conciencia ni de acción. Tiene que afiliarse á un partido, á un grupo, y tiene que ajustar en todo su voluntad á la de su *leader*, siendo únicamente una máquina de

votar, á cambio de lo cual obtiene el favor administrativo cuando sus amigos están en el poder.

Si á esto se junta que la mayor parte de los parlamentarios tienen escasa fortuna personal, se encuentran tan débiles ante la plutocracia como exigentes ante el Gobierno. Un Diputado ó Senador cobra 9.000 francos anuales; en gastos electorales se les va muchas veces su sueldo antes de poder cobrarlo; luego tiene multitud de obligaciones pecuniarias (cuotas de sociedades, recepción de electores, carruajes, etc.) que no puede eludir y que le obligan á gastar por término medio 25.000 francos al año. Si sólo tiene 9.000, es una presa de la plutocracia, de los grandes diarios si es periodista, de las grandes compañías si es economista, de todos los arregladores de negocios si es simplemente un voto. Hasta hay una categoría especial de parlamentarios, y no la menos peligrosa, domesticados por la plutocracia: la de los buenos mozos ó buenos oradores que hacen «magníficos matrimonios.» ¿Dónde está en todo esto el alma de la nación?

Se dirá que el alma del país y del sistema está en el alma de los *leaders* que dirigen é inspiran la acción parlamentaria. Pero el *leader* es la presa de su rebaño, como el rebaño lo es de los comités electorales, que lo son de sus electores. ¿Qué es un *leader* en el Parlamento? Un Diputado más hábil ó más elocuente que sus colegas; hay el *leader* de pasillos, cuyo tipo es Méline ó Dupuy, y el *leader* de tribuna, como Deschanel ó Jaurès; el primero tiene el don de la intriga y el segundo el de la palabra, habiendo á veces *leaders* que lo son á la vez de pasillo y de tribuna, como Bourgeois. Pero sea lo que quiera, es siempre un Diputado como los demás, sujeto á la esclavitud de su departamento.

Y, sin embargo, esos hombres tenían un ideal nacional. Pero han entrado en el Parlamento, y ante la hipocresía de los escrutinios y la bajeza de las intrigas, su personalidad fue achicándose y gastándose. No tenemos grandes ciudadanos, pero si los tuviéramos no podrían sentarse en el Parlamento.

Si el azar los empujara obligándoles á entrar, no podrían permanecer allí; su voz sonaría en la sala de sesiones como voz extranjera, y sería ridiculizada en el tumulto de los apetitos, como una virgen entre prostitutas.

Estos vicios del sistema han sido denunciados en el Parlamento mismo por hombres como Goblet, Bourgeois, Poincaré y Deschanel, pero nunca se ha pensado seriamente en destruirlos. En las grandes revistas académicas se propone la representación de las minorías, el sufragio plural, etc. Viejos ó nuevos, estos remedios producen el efecto de «un cauterio en una pierna de palo.» Y cuando se ve á la Cámara de 1898 nombrar solemnemente una comisión para reglamentar sus sesiones y luego derribar dos Ministerios seguidos en medio de los ultrajes más tumultuosos, hay que pensar en esas mujeres mal casadas que dicen llenas de compunción «Mañana me iré á confesar,» mientras corren á casa de su amante.

Todas esas medidas son pueriles é hipócritas. Es preciso, si el Parlamento ha de cumplir su misión nacional: 1.º Cambiar el sufragio universal *aritmético y territorial* por el *orgánico y corporativo*, tomando los grandes organismos nacionales como base proporcional del reclutamiento parlamentario. 2.º Separar la administración del Parlamento, reduciendo al *mínimum* la burocracia central, impidiendo la intervención de los parlamentarios en las oficinas y desarrollando la independencia del funcionarismo regional y municipal. 3.º Disminuir el número de los parlamentarios, retribuirles con más amplitud, y asegurar su independencia aumentando su responsabilidad.

## LITERATURA

ANTONIO FOGAZZARO.—Cuando, terminada la lucha entre clásicos y románticos, el Arte languidecía, y la escuela pesimista por un lado, y la mal llamada realista por otro, parecía

triunfar definitivamente, Rizzi, Cavallotti y Fogazzaro surgieron para protestar contra las nuevas teorías estéticas y reivindicar para el Arte su misión moral, civil y patriótica.

Antonio Fogazzaro, recién salido de la escuela de Derecho de Turín, y que ya se había dado á conocer por algunas poesías inspiradas en desoladora tristeza—como dice en la *Rivista politica e letteraria* Silvio Pagni—publicó en 1874 *Miranda*, un poema lleno de gracia, cuya sencillísima trama se reducía á la historia de los amores de una joven de familia señorial con el sobrino del médico, un poeta, que, atormentado por «las cien fiebres de los veinte años», se olvidó en la ciudad de su amiga del campo, y cuando, hastiado de fáciles placeres, tornó al lado de la pobre Miranda, produjo en ella tal sensación de felicidad, al encontrar su amor redivivo, que le causó la muerte.

En 1876, bien cimentado ya con *Miranda* el crédito literario, publicó Fogazzaro *Valsolda*, colección de 23 poesías, inspiradas en la vida y la naturaleza, é impregnadas de cierto místico abandono, y poco después se lanzó de lleno en la novela, como campo más propio para la lucha literaria en estos tiempos en que la prosa se impone. «Es duro—había ya dicho el poeta en 1872 en una conferencia de la Academia Olímpica de Vicenza—tener que buscar en el extranjero el pan cotidiano, poco á propósito para nuestro paladar, cuando no completamente insalubre, cuando podríamos bastante bien proveernos con el nuestro.»

*Malombra* fue la primera creación de Fogazzaro en la novela, y la que, por lo mucho que fue discutida, acabó de cimentar la reputación del autor, que traspasó entonces las fronteras italianas. *Malombra* está toda envuelta en un aura de extrañeza y de fatalismo; las estancias del palacio, donde la acción se desarrolla, encierran misterios; los muebles custodian memorias arcanas que luego aparecen en tristes momentos; los hombres y las mujeres fantasean, y todos parecen girar en un círculo fatal que se cierra con dos ó tres pistoleta-

zos, tirados contra un hombre por una señora, la cual huye en una barca, perdiéndose á la vista de la gente aterrada, que quisiera seguirla, pero no puede. Como tipo de novelas, *Malombra* fue juzgada como original y extraña fusión de las maneras, estilos y formas de otros escritores, como Dickens, Zola y Heine.

*Malombra* no era una obra de batalla; donde Fogazzaro reveló todo su ingenio y aplicó por entero sus teorías fue en *Daniel Cortis*, que constituye una protesta contra el materialismo invasor que suprime la voluntad y hace al alma buena fatalmente dependiente de las influencias exteriores. *Daniel Cortis* es el eterno drama de un amor ilegítimo entre dos seres de alma grande que luchan contra sus pasiones y acaban por triunfar. Elena se ha casado casi niña con el Barón de Santa Julia, un hombre malo, brutal, antipático, que tiene que ser odiado por su mujer, enamorada de su primo Daniel Cortis; Elena, pura en medio del ardiente amor que la devora, sigue al indigno marido y renuncia á ser feliz con su amante. Es una obra de gran elevación moral, en la que Fogazzaro ha dado, además, gran desenvolvimiento á las ideas políticas de su protagonista, que coinciden en casi todos los puntos con las de la democracia cristiana.

*Fedele*, publicado en 1885, es una serie de relatos en que se encuentran condensados todos los méritos y todos los defectos del autor; los tipos más distintos desfilan ante el lector, desde la pálida Fedele hasta el monstruoso Doctor Marem, desde el trágico ciego Zuane hasta el cómico maestro Chieco, desde la romántica Blanca hasta el humorístico Don Roque, todos tan diferentes entre sí, que no parecen creaciones del mismo ingenio. Con estos relatos alternan los más desvariados *intermedios* que Fogazzaro tituló primeramente *Versiones de la música*, en la que se intenta fijar con la palabra rítmica los fugitivos fantasmas que surgen de las notas musicales. Estos *intermedios* han originado grandes discusiones, sosteniendo Panzacchi que es imposible que la poesía exprese todo lo que la

música dice, y afirmando Felipe Filippi, uno de los más cultos y competentes críticos musicales, que cada uno de los intermedios refleja admirablemente el carácter, el estilo y el temperamento del artista á quien está dedicado.

*El misterio del poeta*, publicado después, es una novela de puro sentimiento, escrita en forma de confesión, de memorias póstumas; es la historia sencilla de un amor que absorbe la vida toda del protagonista, un poeta enamorado de Violeta Ives, joven pobre, mantenida de mala gana por sus tíos, y que se casa para librarles de su carga, con un profesor tudesco, mientras su corazón se inclina al poeta italiano, á quien por sólo sus versos amaba ya antes de conocerle; el poeta la ve, la sigue á Germania y la persigue hasta vencerla y hacerla suya. Esta obra está impregnada de exoticismo; casi toda se desarrolla en el extranjero y entre personajes extranjeros; ha formado, y formará quizá, las delicias de alguna rubia *miss* ó de alguna no menos rubia *fräulein*, pero difícilmente será leída en Italia con placer.

*Eva*, la poética historia de una muchacha sin nombre, apareció después, y poco más tarde publicó Fogazzano el *Piccolo mondo antico*, novela manzoniana, suave, noble y apasionada. «La fe en lo divino—dice el brillante filósofo positivista Gaetano Negri—en lo sobrenatural, ó más claramente, en una divinidad personal que gobierna el mundo con libre voluntad, es la sola aurora de salvación que el hombre pueda tener en el mar proceloso de la vida.» Para demostrar esta tesis, Fogazzano pone enfrente un hombre creyente y una mujer racionalista, Franco y Elena, marido y mujer; Franco siente la superioridad de Luisa y se siente humillado en su papel de hombre, mientras Luisa se hace cargo de la situación y percibe también la inquietud de aquella superioridad. Una escena terrible, la muerte de su única hija, ahogada en las aguas de un lago, cambia por completo la decoración: Franco, al contacto del dolor, no se acobarda, resiste, se transforma, y aparece como el hombre fuerte y generoso, llenando su alma una es-

peranza infinita que reanima su espíritu, mientras que Luisa; la fuerte Luisa, se siente despedazada en lo más profundo de su ser, ante la inexplicable injusticia del destino; le queda una fe absoluta en la infalibilidad de la razón, y el mundo se le aparece como la más irracional de las tragedias. ¿Qué hacer? ¿Dónde hallar nuevo alimento para las fuerzas extinguidas de su alma? Luisa no lo sabe, y cae en una desesperación inerte, en la que se siente germinar la tentación del suicidio, de cuyo estado sólo sale en una escena admirable, en la que Franco, el hombre ennoblecido y agrandado por la desgracia y la fe, logra reavivar la muerta llama del amor en el alma de aquella madre desesperada.

Como Catulo y Horacio se dice que son los poetas antiguos más modernos del mundo antiguo, así Panzacchi ha definido al poeta vicentino, «el más positivista de los metafísicos, el más realista de los románticos y el más humano de los místicos». Pero su mayor gloria, la que brilla en todos los libros de Fogazzaro, es el carácter moral, que eleva el arte á su verdadera y santa misión. Fogazzaro se ha complacido siempre en esa finalidad generosa y atrevida. «Yo siento la vanidad — escribía á Carlos Donati — como cualquier otro artista; si me dicen «vuestro libro es bello», gozo, no sin temor, no sin desconfianza, del juicio ajeno, no sin sospecha de una crédula vanidad de parte mía; si me dicen «vuestro libro es honesto», respiro estas palabras con alegría, como aire vivificador.»

Las características más salientes de su ingenio son la fe, el vivo y religioso sentimiento de la naturaleza, la simpatía humana y el culto á la mujer. Su fe no es, sin embargo, ciegamente idólatra ni teológicamente intolerante; Fogazzaro profesa aquel verdadero catolicismo liberal y humano que deriva del *Sermon de la montaña*, y que el herético Rousseau ha comprendido y entrevisto mejor que el ortodoxo De Maistre.

Nadie siente la naturaleza mejor que él; para él tienen las cosas lágrimas, consuelos y sonrisas; para él existe íntima co-

rrespondencia entre el corazón del hombre y la naturaleza que le circunda, en la cual *nihil sine voce est*.

Se han querido encontrar demasiados puntos de contacto entre Fogazzaro y Manzoni y los novelistas alemanes. Fogazzaro es ingenio absolutamente original que repugna por instinto toda imitación; por tendencias, por tradición, por educación doméstica, tiene de común con Manzoni la inspiración religiosa, como en sus obras hallamos quizá inconscientes y lejanas reminiscencias de Richter, de Auerbach, de Hoffmann y de Heine, y nada ó casi nada de Balzac, Thackeray ó Flaubert.

Fogazzaro, hablando con Hugo Ojetti, ha declarado sentirse atraído por aquel socialismo que es emanación purísima del Evangelio; no teme que el triunfo de las teorías colectivistas produzca como consecuencia la ruina del arte, y sonríe á la triste profecía que Fernando Fontana lanzaba con la inconsciente alegría de un pajarillo:

L' Arte morrá, la splendida  
Arte che ammiro, Alberto.  
Cadrá, come ingannevole  
Miraggio del deserto.

Fogazzaro cree en la inmortalidad del arte; cree que, mientras el mar golpee con sus olas las áridas dunas, y junto á una cuna esté una alegría y sobre una tumba un dolor, mientras la vida se componga de sonrisas y de lágrimas, la poesía no puede perecer; de esta su profunda fe saca la fuerza para ejecutar su valerosa obra. La ola de la moda se inclina al Norte y se regala con la fatalidad alcohólica ó demente de los personajes de Ibsen, con la salvaje y suicida renuncia de Tolstoi, con los vaniloquios socorros de los simbolistas y de los decadentes, con la histérica ingenuidad de los prerrafaelistas y con los goces ascéticos y anémicos de cualquier iluminado wagneriano. En medio de semejante caos, Fogazzaro da una nota alta, gentil y generosa. ¡Soldados, adelante!

FERNANDO ARAUJO.

## CRÓNICA LITERARIA

---

MENDIZÁBAL, por B. Pérez Galdós.—HAMPA (Antropología picaresca) por R. Salillas.—DRAMAS RELIGIOSOS DE CALDERÓN, traducidos al francés por Mr. Leo Rouanet.

Más interesante, *más novela* que *Zumalacárregui*, el nuevo episodio nacional *Mendizábal* no levanta, sin embargo, la tercera serie de estos relatos á la altura literaria que alcanzaron las dos primeras. La comparación entre los antiguos y los recientes episodios sigue siendo desfavorable para los últimos. Sea cansancio del público, sea cansancio del escritor, el hecho es que las dos últimas novelas de esta colección han llamado poco la atención, y acaso no merecían llamarla mucho.

Se ha discutido si había en *Mendizábal* asunto suficiente. «Episodio tras episodio, va á llegar el Sr. Pérez Galdós á escribir el de Sagasta»—ha dicho un brillante escritor, asustado ante el porvenir de prosaismo que se ofrecía en esta excursión de la novela histórica, por tiempos cada vez más cercanos á los nuestros. Mas la novela, género poético, no rechaza la prosa de la vida ordinaria, antes bien, es particular ministerio suyo desentrañar la poesía oculta que contienen hasta las cosas vulgares, debajo de sus prosáicas apariencias. Y aparte de todo esto, hay en *Mendizábal* y en su época materia histórica y materia novelable sobradas para inspirar á un escritor ex-

perto como Galdós en la evocación de tipos, costumbres y acontecimientos pasados.

Si la enorme transformación producida en la sociedad española por la desamortización; si las aventuras de Mendizábal, restaurador de una monarquía, improvisador de ejércitos, político, hacendista, hombre pletórico de iniciativas, de carrera llena de aventuras, no fuesen suficientes para caldear el estro del novelista, habría que pedir para la novela moderna maravillas como las hazañas de los doce Pares ó las empresas de los Amadises y Belianis.

A diferencia de *Zumalacárregui*, en que el aparato histórico ahoga la apenas esbozada intriga novelesca, en *Mendizábal* predomina lo novelesco sobre lo histórico. Por la parte histórica pasa tan de ligero el novelista, que apenas puede decirse que la esboza: una descripción de la apertura de los Estamentos, un soliloquio de Mendizábal sobre sus preocupaciones y propósitos, las siluetas de algunos literatos contemporáneos y tal cual referencia indirecta de cosas y sucesos de la época, es todo el material histórico de la novela. La reconstitución de la época, la pintura dramática de aquella sociedad resulta superficial y fría, muy distante de las apariencias de vida y realidad con que en los anteriores episodios nos presenta Galdós las varias fases de la sociedad española desde 1805 á 1833. Se asemeja algo esta evocación incompleta del Madrid de tiempo de Mendizábal á las reconstrucciones históricas, que con datos improvisados y con noticias acopiadas de momento suelen hacerse en los periódicos cuando, por acaso, conviene dar sabor de época á algún artículo. Tales trabajos se resienten de su precipitación, de la forzosa rapidez con que han sido escritos. Aunque en escala mucho menor, naturalmente, parece también que el último *Episodio nacional* de Galdós está escrito demasiado deprisa. No es más difícil evocar la sociedad de tiempo de Mendizábal, que la del reinado de Fernando VII, y sin embargo ¡qué diferencia entre ambas evocaciones! El nervio y el color de los primeros

episodios búscanse en vano en las páginas del último publicado.

De las curiosas intimidades de la vida palaciega de entonces, del movimiento de las sociedades secretas, de las diversas impresiones que la guerra civil producía en las gentes, esperanzadas ó temerosas; de las luchas políticas, del efecto producido por la supresión de los conventos, nos dice poco el señor Pérez Galdós. Hace hablar, en verdad, de estos asuntos, á los personajes de su novela, pero dramatiza poco, no nos hace asistir á los hechos, apartándose de la senda seguida en las dos primeras series, en las cuales no vaciló en poner en escena á todo personaje saliente, desde los héroes de la Independencia hasta el mismísimo Rey Fernando VII, cuyas tertulias íntimas pintó el novelista con tan felices pinceladas.

La figura de Mendizábal no resalta lo bastante. La vemos de lejos y entre brumas, sin que apenas ofrezca la pintura otros rasgos salientes que la corpulencia del personaje, de donde le vino su apodo de *Juan y Medio*, y su atildamiento en el vestir. Merecía más, sin duda, hombre tan señalado en nuestra historia, y tan propio, por los rasgos de su carácter y su vida, para inspirar páginas llenas de colorido y energía.

La intriga novelesca es interesante. Puede decirse que es doble; por una parte, los amores de Fernando Calpena con Aura, pasión romántica, muy bien presentada por el novelista, y por otra parte, el misterio que rodea á Calpena desde su nacimiento, y la secreta protección que le asiste en sus necesidades y procura apartarle de peligros reales ó imaginarios. Ambas acciones quedan cortadas en lo mejor, sin que le reste al lector otro recurso que el de esperar la continuación en el próximo *Episodio*. Así, *Mendizábal* no es en realidad una novela completa, sino un fragmento de novela en que ha quedado por escribir el desenlace. Con todo, esta parte es la mejor de la obra, y acaso la única que puede considerarse digna de la pluma de Galdós.

Quedan, pues, en los dos volúmenes publicados de la nueva

serie de *Episodios Nacionales*, dos cabos sueltos, dos acciones novelescas iniciadas, que seguramente habrán de reanudarse en los tomos posteriores. En *Zumalacárregui* apenas entreve- mos la figura de Saloma, llamada sin duda á reaparecer en los *Episodios* subsiguientes. En *Mendizábal*, los amores de Aura y Fernando Calpena, y el misterio que rodea la vida de éste, reclaman también una continuación.

\*  
\* \*

Es cosa reconocida el valor de las obras literarias como documentos históricos. Mas no siempre se da toda la impor- tancia que en realidad tiene al contenido real é histórico de las obras de pura imaginación. Son éstas, sin embargo, á ve- ces fuentes más sinceras que las obras docentes y, en particu- lar, que las del género histórico, en las cuales el autor ha te- nido la intención de exponer los datos que buscan después los investigadores, y acaso pudo alterarlos en algún extremo de- liberada ó involuntariamente, movido de alguna de las varias pasiones que alteran y destruyen la imparcialidad en los hom- bres. En las obras literarias de mero entretenimiento, las re- velaciones históricas que contienen sobre los tiempos y la so- ciedad á que pertenecen los personajes ideados por el escritor puede decirse que son ajenas al propósito de éste, espontá- neas, y por tanto, sinceras, en tesis general, aunque también pueden estar alteradas inconscientemente por prejuicios ó pre- ocupaciones. Mas dando por admitido este coeficiente de error, siempre será más corto que el que cabe allí donde el autor, exponiendo ó interpretando deliberadamente hechos y datos, pudo rendirse á los motivos que comúnmente tuercen el albe- drío humano y ofuscan la rectitud de su razón, inclinando al peso de la voluntad y de los afectos la balanza del juicio.

Lo difícil, tratándose de obras puramente literarias, es descubrir y deslindar la parte de realidad contemporánea que contienen; discernir lo que procede de la fantasía del artista

de aquello que es reflejo de la realidad exterior, del mundo en que vivió y del ambiente que le rodeara. Pero, aunque detenida y difícil, no es esta distinción imposible, á menos que se trate de investigar fenómenos raros ó hechos excepcionales. La comparación de unas obras con otras permite descubrir notas y rasgos generales que muestran qué es lo objetivo, qué es lo que tomaron los escritores de la vida real, y esa misma comparación, mostrando las coincidencias y las discrepancias, nos hace distinguir también lo cierto de lo dudoso, lo reflejado con fidelidad absoluta, de aquello en que aparecen diversas levaduras subjetivas.

Y no se crea que es escaso ese contenido histórico de las obras imaginativas. Varía, naturalmente según los géneros, siendo abundantísimo en la novela y en el teatro, menor en otros géneros, hasta llegar al *mínimum* en aquellos más puramente subjetivos, que apenas reflejan parte alguna de la realidad exterior, y que aun como revelaciones psicológicas, si no excluyen del todo algún elemento histórico, manifiestan, por lo común, rasgos permanentes é invariables del alma humana.

Dos géneros de datos ofrece ese contenido histórico de las obras de imaginación, que es como el *substratum* real de las creaciones de la fantasía del artista. Los unos, tocantes al mundo exterior, al orden material y á las formas externas de la sociedad, como son los relativos á las costumbres, al desarrollo de las industrias que determinan el grado de civilización y las condiciones precisas de la vida, como la habitación, la alimentación, la indumentaria, etc.; á las artes, á las instituciones y leyes. Los otros datos son los de carácter psicológico, los que muestran los sentimientos, las ideas y los estímulos morales reinantes; en suma, la psicología histórica de un determinado pueblo y momento. Unas y otras revelaciones concordadas, nos dan una resultante sociológica que ayuda poderosamente á la explicación y á la interpretación de la historia.

Cuando la literatura es fuente casi única de conocimientos para los estudios históricos y sociológicos, como sucede tratándose de pueblos primitivos ó de tiempos muy remotos, de los cuales sólo se conservan poemas ó cantos religiosos, estos monumentos literarios han solido ser estudiados con diligente esmero. Así ha ocurrido con los poemas homéricos, con los monumentos primitivos de la literatura india, etc., contribuyendo á ello también el carácter de estas obras, tan complejo y comprensivo, como frutos de una civilización apenas diferenciada.

Mas á medida que las producciones literarias pierden este carácter de fuentes únicas ó casi únicas, y pasan á ser fuentes mediatas y secundarias, á la par que aumentan las directas, ó sea las obras históricas, los documentos legislativos y los demás de carácter público, etc., el interés de los cultivadores eruditos de la historia ha ido apartándose de aquellos y prefiriendo los filones que se ofrecían á flor de tierra, á los veneros ocultos bajo las ficciones literarias.

Puede decirse que hay en la literatura amena de todos los tiempos, sin excluir la contemporánea (la contemporánea digo para los contemporáneos, que para los futuros será de las más ricas por el predominio actual de géneros objetivos y descriptivos como la novela), un abundante material histórico y sociológico apenas explotado. En España, donde los estudios históricos no han alcanzado gran desarrollo, y donde la sociología es planta exótica que apenas empieza á echar raíces, es aquel un terreno casi virgen. Merecen citarse, sin embargo, con elogio entre los escritos de autores modernos, los trabajos del erudito jurisconsulto D. Joaquín Costa, singularmente la *Poesía popular española* y *Mitología y literatura celtohispanas*, y los más recientes del notable penalista español D. Rafael Salillas, que reúne en feliz consorcio, con su criterio y preparación de hombre científico, cualidades valiosas de literato.

En esta misma sección de LA ESPAÑA MODERNA se habló á su tiempo del estudio sobre el lenguaje del delincuente espa-

ñol. De la nueva obra del Sr. Salillas, *Hampa (Antropología picaresca)* quiero decir algo en esta crónica, á lo cual pueden servir de introducción las indicaciones anteriores, pues se trata de un libro basado en gran parte en fuentes literarias de verdadero valor sociológico é histórico para el caso.

Pocas veces y en pocos asuntos estará tan justificado y será tan indispensable el uso de fuentes de carácter literario como tratándose del objeto que estudia el Sr. Salillas. La literatura picaresca es fuente de tal importancia para un estudio del hampa, que apenas se concibe éste sin el concurso de aquella abundante documentación antropológica y de aquel rico caudal de observaciones que nos dejaron los cultivadores de este género de novelas, uno de los más típicos de nuestra literatura, como que apenas tiene semejante en las extrañas.

El Sr. Salillas ha estudiado y conoce como pocos la novela picaresca y los demás géneros afines á ella que tomaron por asunto las hazañas y donaires de los pícaros. Y la literatura picaresca interpretada á la luz de las enseñanzas de las ciencias antropológicas modernas, y *continuada*, digámoslo así, con las observaciones directas de la delincuencia moderna y de lo que sobrevive del hampa tradicional, forma la base de sus estudios. Hasta tal punto es así, que toda la doctrina contenida en el libro acerca del *Hampa* gira alrededor de una frase de Mateo Alemán en su *Guzman de Alfarache*: «Pobreza y picardía salieron de la misma cantera.» Este viene á ser, expresado con la libertad del lenguaje familiar y figurado, el principio fundamental de la teoría del Sr. Salillas, puesto que este deriva de la falta de una base nutritiva suficiente y establece la explicación del hampa.

La existencia de una literatura especial picaresca, tan rica como la nuestra, notable no sólo por el número de sus producciones y por lo típico de ellas, que llegan á constituir un género especial, sino por la perfección literaria que alcanzaron y la general estimación del público que consiguieron y aún conservan, sólo la existencia de una rama tal de la litera-

tura es ya de por sí un hecho significativo, que merece atención. Esta literatura tan realista, tan *representativa*, tan exclusivamente española, pues no es general en Europa en aquel período en que florece entre nosotros, revela, sin duda, la existencia de un fenómeno social, también peculiar nuestro. Ese fenómeno es la picardía, el hampa clásica que estudia el señor Salillas en la primera parte de su libro, titulada *Hampa social*. Pícaros hubo, sin duda, y agrupaciones picarescas en los demás países europeos, pero la picardía tal como nos la muestra esa rama especial de nuestra literatura, con su desarrollo y sus ramificaciones en todo el cuerpo social, fue un fenómeno peculiar de la España de los siglos XVI y XVII. Esa manera de vivir parasitaria, esa agrupación de gentes que fían á su agudeza y á sus mañas la satisfacción de sus necesidades y gustos, sin sujetarse á ningún género normal de trabajo, pudieron existir por mucho tiempo moviéndose alrededor de los confines del delito y traspasándolos alguna vez, pero sin caer en la profesión declarada y habitual de la delincuencia.

El ambiente social favorecía á los pícaros; la tendencia á la holganza, la afición á aventuras, la relajación de los hábitos de moral que crea el ejercicio continuo de la guerra; el desprecio de los trabajos manuales y otros mil rasgos de la psicología normal del español de aquellos tiempos, hacían que la picardía fuese mirada con indulgencia, más como travesura que como perversidad, puesto que era al cabo la exageración de ciertas tendencias y aficiones generales, llevadas á la práctica con más osadía y más libertad de la que podían permitirse las personas de buena vida y costumbres. Acierta, pues, el Sr. Salillas al considerar la picardía, el hampa, no como un fenómeno aparte dentro de la vida nacional, sino como una modalidad especial de esa vida, cuyos elementos no se diferencian esencialmente de las generales más que en el grado, y cuyas cualidades no son radicalmente diferentes de las que observamos en la sociedad normal.

Aunque queden vestigios de ella, la picardía no es ya ni

sombra de lo que fue en sus épocas de florecimiento. La organización del hampa antigua no ha podido sustraerse á los cambios sociales. La sociedad actual, con más policía, con una moral más escrupulosa en lo tocante á la propiedad y á la vida humana, con mayores y más forzosos hábitos de trabajo, con medios de comunicación fáciles y rápidos y con una mejor administración de justicia (aun no teniéndola, ni con mucho, perfecta), es un medio poco propicio para los hampones y pícaros. Es hoy mucho más difícil bordear las fronteras del delito sin caer bajo la acción de la justicia criminal. El hampa de hoy es hampa delincuente, aunque queden algunas manifestaciones de hampa semidelincuente entre las muchas de parasitismo que aún se conservan. Pero el estudio de la picardía clásica no carece por eso de otro interés que el meramente histórico, de cosa pasada. Lo tiene actual, por las revelaciones antropológicas que suministra y por la supervivencia de caracteres, hábitos y tendencias que hallamos en el delincuente moderno.

El libro del Sr. Salillas está dividido en tres partes: *Hampa social*, *Gitanismo* y *Hampa delincuente*. La relación entre la primera y la última en un estudio acerca del delincuente español, se explica fácilmente. El *hampa social* es el antecedente histórico y sociológico del hampa delincuente. Cuanto al *Gitanismo*, ó sea á la segunda parte, la presencia de este estudio en el libro requiere algo más ámplia explicación, siquiera sea ésta lógica y sencilla.

Las relaciones con la base nutritiva, con los medios de sustentación individuales y sociales, son, como queda dicho, el *substratum* de la teoría del Sr. Salillas. De estas relaciones con la base nutritiva se derivan dos estados sociales: el *sedentarismo*, cuando esa base existe y es suficiente; el *nomadismo*, cuando se carece de aquélla ó es deficiente. El hampa es una variedad del nomadismo, hasta tal punto, que, según declara el autor del libro que vengo examinando, podría titularse éste *Psicología del nomadismo*. De ahí que el estudio de un pueblo nómada por excelencia, y nómada, no en regiones casi desier-

tas, sino en medio de pueblos sedentarios, de igual manera que el hampa, sea una gran ilustración sociológica y psicológica para el conocimiento de ésta.

No dispongo ya de espacio para hacer una reseña algo detenida de las tres partes mencionadas de que consta la obra del antropólogo español. Apuntaré, sin embargo, que en la primera (*Hampa social*) son particularmente interesantes los capítulos *Vagancia nacional*, esbozo vigoroso de la psicología colectiva española; *Lugares truhanescos*, curiosísimo resumen de los datos que sobre la topografía de los principales centros del hampa clásica ofrecen los escritos históricos y novelescos de la época, y *Psicología picaresca*, cuyo título indica suficientemente su contenido.

En la segunda parte (*Gitanismo*), en que se compendia el estado actual de los conocimientos acerca del pueblo gitano, sobresale el capítulo *Los gitanos en la novela picaresca*, y el detenido estudio sobre la *Psicología gitanesca*.

En la tercera parte (*Hampa delincuente*) son verdaderamente felices los estudios del *tipo picaresco* y el *tipo matonesco*, resultados de las dos *seriaciones* del delito, en su doble dirección de astucia y violencia.

A su mérito científico une el libro de Salillas el atractivo de su agradable forma literaria, que le hace asequible á todos, así á los iniciados en las ciencias antropológicas, como á los profanos en esta clase de conocimientos.

Salillas es uno de los contados escritores científicos españoles á quienes se lee fuera de España. Su último libro ha merecido entusiasta elogio de una tal autoridad en la antropología moderna, como César Lombroso. Realiza, pues, nuestro compatriota en la parte que á él corresponde, el programa que trazaba el Sr. Echegaray en su bello discurso del Ateneo, de que hablé en la «Crónica» anterior, y en el cual presentaba como ideal á los sabios españoles la noble emulación ante el extranjero, para que éste no pudiese tacharnos de ignorantes.

\*  
\* \*

El erudito hispanólogo francés Mr. Leo Rouanet, acaba de publicar, con el título de *Drames religieux de Calderón*, una esmerada y lujosa edición de *Los cabellos de Absalón*, *La Virgen del Sagrario* y *El Purgatorio de San Patricio*, obras ahora traducidas por primera vez al francés por Mr. Rouanet, é ilustradas por el traductor con abundantes notas y eruditas noticias preliminares, en que se hace mención de las obras literarias inspiradas en el mismo asunto de cada una de dichas producciones del Príncipe de la escena española.

En la introducción de su libro hace constar Mr. Rouanet que hasta ahora no se habían vertido á la lengua francesa más obras del teatro sagrado de Calderón que un auto sacramental: *El festín de Baltasar*, y tres dramas religiosos: *El Príncipe constante*, *El mágico prodigioso* y *La devoción de la Cruz*. Hay que convenir en que si la proporción de las obras traducidas hasta ahora es bien escasa, como dice Rouanet, la elección ha sido afortunada.

También lo ha sido la de este distinguido hispanófilo, aunque las obras traducidas y publicadas por él sean de menor renombre que los tres dramas sacros antes citados. La versión de Mr. Rouanet me parece hecha con fidelidad y elegancia, en cuanto he podido juzgar por una primera lectura. Aparte de esto, el traductor merece nuestra gratitud y nuestras simpatías por el perseverante trabajo que en diversas obras, y señaladamente en esta última, viene consagrando á dar á conocer nuestra literatura al público francés.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura**, di Giacomo Leopardi.—  
Volume primo, XIII-481 págs.—Firenze, Successori Le Monnier, 1898.  
—3,50 liras.

Más de sesenta años hace que murió Leopardi, cuando aún no había cumplido él los treinta y nueve. De entonces acá, su fama, no ya tan sólo de escritor correcto y eruditísimo, sino también de pensador hondo, de verdadero filósofo, de poeta delicado y profundo, que se apodera del alma entera del lector, hiriendo á la vez su inteligencia y su parte emocional, ha ido en creciente aumento, lo mismo dentro que fuera de Italia. Las obras que el dulcísimo y desgraciado autor publicó en vida, ya en verso ya en prosa, y las que han visto la luz después de su muerte, como sus *Epistolarios*, son cada día más leídas y estudiadas. Y en verdad que bien lo merecen, porque pocos serán los escritores que reúnan tantas buenas y tan varias cualidades como el ilustre recanatense, y que, por dar satisfacción á los más variados gustos, se hagan simpáticos á toda clase de lectores. Pocos serán, si hay alguno, los que de entre éstos encuentren aburridos ó enfadosos los trabajos leopardinaos, y que, por el contrario, no sientan al leerlos una gran delectación, tanto por la sustancia como por la forma, así por la abundancia de pensamientos, de ideas originales, de raciocinios persuasivos, como por la manera en que el autor los presenta, por el acento de convicción de que se hallan penetrados, por la sinceridad con que todo ello se dice, por la suavidad y la ternura que respira cada página y cada línea,

por la naturalidad, la sencillez, la asequibilidad con que se exponen las cosas que en la pluma de otro serían difíciles y abstrusas, por las bellezas literarias que semejantes escritos atesoran. En virtud de lo cual Leopardi, gran pensador, gran poeta y gran hablista, ha venido á ser considerado como una de las primeras figuras de nuestro siglo. Carducci, á quien se juzga como el primer crítico y poeta actual de su país, dice de él que es juntamente «el Job y el Lucrecio del pensamiento italiano».

Hombre estudioso y escritor fecundísimo, habiendo comenzado á trabajar de veras desde muy temprano, por fuerza, aunque su vida fue corta, había de haber escrito más de lo que durante ella se dió á la estampa. Al morir, en 1888, Antonio Ranieri, el amigo y protector de Leopardi, en cuya casa murió éste, donó á la Biblioteca Nacional de Nápoles, entre otras cosas, ciertos manuscritos que conservaba de Leopardi. Después de varias vicisitudes (que Carducci cuenta brevemente en el prólogo con que encabeza el libro á que esta nota se refiere), esos manuscritos han sido expropiados por causa de utilidad pública por el Gobierno italiano, al cual da facultades para ello la ley, y van á ser publicados por cuenta del mismo, como una obra nacional en lo tanto, previa ordenación y estudio verificados por una Comisión nombrada al efecto por el Ministro de Instrucción pública.

El principal de los manuscritos que poseía Ranieri, y el más importante también de todos los de Leopardi (porque hay más que los de Nápoles), es, á juicio de la Comisión dicha, el llamado por el autor *Mio Zibaldone* (Centon) de *Pensamientos filosóficos y filológicos*, ó de *Pensamientos de variada filosofía y de bella literatura*, que de ambos modos lo tituló el mismo Leopardi. El cual *Zibaldone* es, según la descripción, «breve y exacta»—dice Carducci—que la mentada Comisión daba de él, «una mole de no menos que 4.526 cuartillas, regularmente largas y anchas, escritas todas ellas de mano del autor, con letra á menudo densa, siempre compacta, igual, correcta, atildada.

Contienen un grandísimo número de pensamientos, de apuntes, de recuerdos, de observaciones, de notas, de conversaciones y discusiones, por decirlo así, del ilustre joven consigo mismo, acerca del estado de su ánimo, acerca de su vida y de sus circunstancias; á propósito de sus lecturas y conocimientos; de filosofía, de literatura, de política; sobre el hombre, sobre las naciones, sobre el Universo; materia de consideraciones más amplia y variada que no lo que lo es la solemne tristeza de los escritos morales; consideraciones, por lo demás, hechas libérrimamente y sin preocupaciones, como de quien las iba escribiendo día por día para su propio uso y no para el de otros, con el intento, si no de perfeccionarse, de amaestrarse, de lamentarse, de historiarse. Para sí mismo anotaba y recordaba Leopardi, no para el público; sin embargo, debía tener en gran estima este voluminoso manuscrito, ya que hizo de él un índice larguísimo y minuciosísimo, ó más bien, varios índices, á semejanza de los que los comentadores holandeses y alemanes ponían á los clásicos. Casi todos los artículos de esta orgánica enciclopedia llevan al pie el año, el mes y el día en que fueron escritos, y toda ella está comprendida entre las fechas de Julio de 1817 á 4 de Diciembre de 1832; pero la gran mayoría corresponde al período que va desde el 1817 á 1827, ó sea durante los diez años de la juventud más fecunda y activa, aunque también más triste y dolorosa del autor».

Los *Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura*, esta especie de *Diario* leopardiano, habrán de comprender varios volúmenes. Aquel á que se refiere la presente nota es el primero, que contiene: un retrato del infeliz escritor, retrato grabado de un busto en bronce hecho por el escultor Julio Monteverde para ponerlo en la sala del Ayuntamiento de Recanati, donde nació Leopardi, y del que dice Carducci: «Ningún artista ha sabido hasta ahora, ni sabrá quizás nunca, presentarnos con más verdad y con más belleza al poeta de la *ginestra*»; un prólogo del mismo Carducci; facsímiles de algunas cuartillas de los índices del *Zibaldone*, hechos por el propio Leopardi;

estos índices (que alcanzan 70 páginas de letras y números menudos), y los pensamientos y observaciones de las primeras 456 cuartillas del *Zibaldone*. Todo ello en un elegante tomo de excelentes condiciones tipográficas y muy agradable aspecto, editado por la casa Le Monnier, de Florencia, la cual había ya publicado las anteriores obras de Leopardi desde 1845 en adelante, y es la que presentó al Ministerio de Instrucción pública de Italia las proposiciones más ventajosas en el concurso abierto para publicar las obras inéditas del cantor de *Aspasia*.

Ahora, con el objeto de que el autor tenga una muestra de lo que son los *Pensieri*, voy á concluir la presente nota copiando algunos de ellos, entresacados al azar y de diferente índole:

«Varias veces la casualidad ha hecho sumamente expresiva una palabra, que por esto mismo podría parecer original y derivada de la cosa misma, y sin embargo no es hija sino de la etimología. Por ejemplo, *nausea*, palabra tan expresiva entre los latinos y los italianos (V. estos pensamientos, página 12), deriva del griego *ναῦς*, nave, de donde *ναυτία*, irónicamente *ναυσία*, y en latín *nausea*, porque suele acontecerles á los navegantes.»

«Si nosotros decimos *tomba* y *tumba*, y los griegos decían *τόμβος* con el mismo significado, ¿cómo no creer que los antiguos latinos dijeran *tumbus* ó *tumba*, del griego, por lo que nosotros decimos *tomba*, cambiando la *u* en *o*, como de costumbre? Porque no es posible que el vulgo la haya tomado inmediatamente del griego (notemos que en griego moderno se pronuncia *timbos*, por lo que si la derivación no fuese antiquísima, nosotros no diríamos *tomba*, sino *timba*), y por otra parte, las dos palabras son demasiado semejantes y tienen el mismo valor para que la una no se derive evidentemente de la otra. Véase Du Fresne y Forcellini, tanto acerca de esta como acerca de todas aquellas palabras que yo creo antiguas y latinas en estos pensamientos (15 Abril, 1820).»

«Parece un absurdo, y sin embargo es rigurosamente ver-

dadero que, siendo nada todo lo real, no hay más realidad ni más de substancia en el mundo que las ilusiones.»

«Cuando yo era niño, le decía algunas veces á cualquiera de mis hermanitos: «Me vas á hacer de caballo.» Y atándolo con una cuerda, lo conducía como por la brida y le pegaba con un látigo. Y mis hermanitos me dejaban hacer con complacencia, no siendo, sin embargo, otra cosa que hermanos míos. Muchas veces me acuerdo de este hecho cuando veo á un hombre, á menudo sin mérito alguno, servido reverentemente por éste ó por aquél en mil minucias que él mismo podría hacer por sí, ó hacer lo mismo que los que lo sirven y que quizá tienen más necesidad de ello que él, pues á veces es él más sano y robusto que cuantos andan á su alrededor. Y digo para mis adentros: «Mis hermanos no eran caballos, sino hombres como yo, y estos criados son también hombres como el amo y semejantes á él en todo; y sin embargo, aquellos se dejaban guiar, aun siendo tan caballos como yo lo era, y éstos se dejan mandar; entre los unos y los otros yo no veo diferencia alguna (26 Marzo, 1820).»

«La embriaguez es madre de la alegría, y lo mismo el vigor. ¿Qué nos indica esto? ¿Por qué la embriaguez no produce melancolía? En primer lugar, porque ésta proviene de lo verdadero, no de lo falso, y la embriaguez es causa de que se olvide lo verdadero, *pudiendo sólo de este olvido nacer la alegría.* En segundo lugar, por que los hombres en estado de naturaleza, es decir, de vigor mucho mayor que el presente, estaban hechos para ser felices y entregarse á las ilusiones, y para ver y sentir éstas como cosas vivas, corpóreas y presentes.»

«El bien no es absoluto, sino relativo. No es absoluto ni primaria ó absolutamente, ni secundaria ó relativamente. No absolutamente, porque la naturaleza de las cosas podía ser enteramente diversa de lo que es; no relativamente, porque en esta misma naturaleza tal cual ahora existe, lo que es bueno para una cosa no es bueno para otra, y lo que es malo para ésta es bueno para la otra, es decir, le conviene. La conve-

niencia es lo que constituye el bien. La idea abstracta de la conveniencia puede creerse que sea la única idea absoluta y la única base de las cosas en cualquier orden y naturaleza. Pero la idea concreta de esa conveniencia es relativa. No puede, pues, decirse que un ser sea más bueno que otro, esto es, que contenga mayor suma ó cantidad de bien, porque *el bien no es bien sino en cuanto conviene á la naturaleza de los correspondientes seres*. Sola mente puede decirse esto de los individuos con relación á los demás individuos de la misma especie. Toda especie, por lo tanto, y todo individuo, en cuanto se conforma con la naturaleza de su especie, es perfecto y posee la perfección (perfección relativa, pero no existiendo perfección absoluta, ó sea un tipo de perfección, ningún ser ó especie son más perfectos que otros); posee todo el bien que es bien para él, porque lo demás no sería bien; y es tan bueno como puede ser, porque para él no hay bien fuera de su naturaleza; antes, fuera de esto, todo es para él malo, porque no hay bien absoluto. Y esto tanto en lo físico como en lo moral (8 Diciembre, 1820). Este me parece que es el sistema (leibniziano, si no me equivoco) del optimismo.»

P. DORADO.

---

**Die Philosophie der Geschichte als Sociologie.**—Primera parte: Introducción y ojeada crítica, por Paul Barth, Privatdocente en la Universidad de Leipzig.—Un vol. iv-396 págs. Leipzig, 1897.—Reisland, editor.

La Sociología solicita ya la atención de la crítica filosófica, con fuerza suficiente, para imponer como necesarias determinadas operaciones de composición sistemática, al efecto de recoger las diversas tendencias manifestadas en las escuelas, y procurar una más amplia concepción sintética. Probablemente tiene este alcance la obra del Dr. Barth, uno de los más distinguidos sociólogos de Alemania, el que con el profesor Simmel, de Berlín, y Grosse, de Friburgo, sostiene allí á gran altura la enseñanza universitaria de Sociología. Al pronto, y

atendiendo á los conceptos capitales que el Dr. Barth formula en la introducción, parece que su obra va á tener un carácter monográfico y parcial: el que puede inferirse del punto de vista de la tendencia á equiparar la Sociología con la filosofía de la historia; pero luego se advierte que el alcance filosófico de la labor del Dr. Barth es muy superior y mucho más general y comprensivo. No hace, en este tomo al menos, el profesor de Leipzig un ensayo completo personal de síntesis de las doctrinas sociológicas, aun cuando algo se vislumbra en el capítulo segundo de la tercera sección—una especie de bosquejo de la opinión del autor, que habrá de desarrollarse en el vol. II—pero sí ofrece elementos y materiales muy suficientes para poder apreciar, con bastante exactitud, y en muy adecuada manera, las direcciones fundamentales del movimiento sociológico contemporáneo. En este respecto, á saber, en el de la crítica expositiva de las doctrinas sociológicas—crítica hecha siempre con un alto espíritu filosófico—creo que la obra del Dr. Barth es quizá una de las más completas de cuantas hasta ahora se han publicado. Hay, sin duda, algún vacío, especialmente hay alguna apreciación demasiado parcial de la significación doctrinal de algún sociólogo, como, v. gr., el profesor Durkheim, según el Sr. Bouglé ha hecho notar en *l'Année Sociologique* (págs. 122-133): pero esto no importa.

La opinión capital mantenida por el Dr. Barth, opinión que explica la misma orientación de la crítica expositiva, y el carácter de su concepción sociológica, es la de que la Sociología y la filosofía de la historia implican conceptos comunes. No cae el Dr. Barth en la idea de considerar la Sociología como la filosofía de la historia, despojada de su lastre metafísico ó filosófico, nada de eso: por todas partes se advierte en la obra del Dr. Barth un influjo de tendencias que están muy lejos del positivismo empírico. Lo que hay es que la concepción *genética* de las sociedades, su aspecto *dinámico* y la importancia del punto de vista de la *transformación* social, llevan al autor á confundir el objeto de la Sociología—las transfor-

maciones sociales—con el de la historia—las transformaciones sociales también, aunque no estudiadas en su universalidad; porque en su universalidad las debe contemplar la filosofía de la historia, ó en otros términos, la Sociología. Ciertamente, la concepción genética de la Sociología induce fácilmente á confundir ésta con la filosofía de la historia; pero esa concepción es, después de todo, un aspecto parcial de la Sociología, que no puede explicar todos los problemas de la vida y *organización* de las sociedades, ni aun quizá puede explicarnos la naturaleza específica—psicológica, no histórica—del hecho social mismo.

Partiendo de la necesidad de fundir la Sociología y la Filosofía de la historia, de manera que se abandone el criterio parcial y limitado con que se han producido hasta ahora las filosofías de la historia y los sistemas sociológicos, el Dr. Barth intentará sin duda su sistematización sociológica; pero antes, para procurar todos los elementos necesarios á la crítica y á la ulterior construcción científica, hace amplio estudio, como ya he indicado, de los sistemas sociológicos y de las concepciones de la historia.

La sistematización sociológica iníciase en Saint-Simon, para el autor. Sin embargo, el primer sistema sociológico propiamente tal, es el de Comte. A partir de Comte, el movimiento científico de la Sociología se ha revelado: 1.º, en los trabajos encaminados á su clasificación como ciencia (Litré, De Roberty, De Greef, Lacombe, Wagner); 2.º, en dos concepciones muy diferenciadas, que son: la concepción biológica (Spencer, Liliensfeld, Schäffle, Fouillée, Worms), y la concepción dualista (Ward, Mackenzie, Hauriou, Giddings). Y, además, en ciertas manifestaciones parciales (Combes de Lestrade, Kidd). Quizá no se han calificado bien ahí las diversas tendencias sociológicas; en mi concepto, se podría delinear en Tardé, en Ward y en otros, una concepción psicológica de la Sociología, y acaso otra ética, á partir del impulso de Wundt y otros. Probablemente es más completo y está mejor determi-

nado el desenvolvimiento de lo que el Dr. Barth llama concepciones parciales de la historia. Distingue, en efecto, con gran acierto, la concepción individualista (Bourdeau, Tarde), la antropogeográfica (Ritter, Ratzel, etc.), la etnológica (Gobinau, Pott, Gumplowicz), la que se coloca en el punto de vista de la formación de la cultura (Humboldt, Tylor), ó en el del Estado (Schäfer) ó en el de las ideas (Ranke, Lazarus), etc. Sin embargo, la concepción histórica que el autor examina con mayor detenimiento, es la *económica* en sus diversos matices, desde la concepción que se funda en la trascendencia social de la división del trabajo, hasta la concepción marxista y su variante en las doctrinas bien conocidas de A. Loria. Los capítulos destinados á la crítica de estas teorías son magistrales, como lo es el dedicado á examinar las ideas de W. Dilthey, sobre la posibilidad ó imposibilidad de construir la filosofía de la historia como ciencia.

El último capítulo de este volumen comprende, según ya he indicado, un bosquejo de la concepción sociológica de la filosofía de la historia. Parte el Dr. Barth de la consideración de las formas sociales primitivas, sencillas, como la horda, el *clan*, le *gens*, y aprovecha los trabajos de Morgan, muy especialmente. Por este capítulo no puede aún juzgarse el futuro sistema histórico-sociológico del Dr. Barth, pero atendiendo á la fuerza lógica con que el pensamiento dominante se desenvuelve, puede esperarse que tendremos un intento de síntesis de las principales investigaciones sociológicas, en la cual, además, ha de dejarse sentir beneficiosamente la acción innovadora del espíritu, harto olvidado, de las antiguas concepciones filosóficas de la historia.

ADOLFO POSADA.

---

El libro del Sr. Sentenach, **Ensayo sobre la América precolombina.**

Aunque tan sólo acordarse del continente americano sea para todos los españoles en las presentes circunstancias causa

de tristeza, considerando que donde ayer fuimos los señores hoy no poseemos un palmo de tierra, es indudable que por dominar todavía en la mayor parte de aquel la raza ibérica, deben interesarnos el conocimiento de su historia y cuantos problemas se relacionan con ella.

A esclarecer uno de estos y acaso el más importante, ha dedicado su vasta cultura y sana crítica el Sr. Sentenach, muy conocido entre los eruditos por los notables trabajos que sobre Bellas Artes, Arqueología y Filología lleva publicados; trátase de investigar el origen de los pueblos americanos, cuestión que es ya relativamente vieja. Discutióse con pasión en el siglo XVIII y no ciertamente en obsequio á la Historia, sino como argumento en pro ó en contra de la doctrina católica: afirmaban los enciclopedistas que los americanos eran autóctonos, para de este modo probar que el pecado original, y por ende la redención, pugnaban con los hechos; la ciencia ha demostrado que se equivocaban. Ya Humbolt, examinando la posición de América y su proximidad al Asia en la región septentrional, creyó que los habitantes de aquella procedían de la segunda, donde emigraron por las islas Alentienas. Esto, que en tiempo de Humbolt era nada más que una hipótesis, resulta en el nuestro un hecho consumado, como puede verse en el libro del Sr. Sentenach, quien estudiando la Etnografía asiática, ve tres razas; una negra en el Sur; otra de color cobrizo obscuro en el Oriente; otra, la amarilla por excelencia, en el centro; la primera fue desalojada por los arios y sólo está representada por algunas tribus de la India; la segunda fue empujada por los chinos al dilatar estos sus dominios y hubo de replegarse al Norte, de donde pasó al Nuevo Mundo cruzando el estrecho de Behring. Es indudable que América se hallaba poblada desde una época remotísima, ya que allí se han encontrado restos humanos en terrenos del período cuaternario; á qué raza pertenecían sus habitantes no se puede afirmar, ni si pasaron de Africa por el misterioso continente de la Atlántida. De todos modos, la población indígena debió ser en parte extingui-

da y en parte refundida con la invasora, que dejó huellas de su estancia en Arizona y Nuevo México, y llegando más allá del istmo, fundó el imperio de los Incas. Que esta colonización es menos antigua de lo que se creía, pruébase con la analogía que ofrecen muchos ritos y dogmas de los americanos con el budhismo, de cuya religión indudablemente proceden; así, la cruz, tomada por los budhistas de los nestorianos, se halla reproducida en varios monumentos de Yucatán.

Después que el Sr. Sentenach estudia el origen de la raza americana, se fija en las instituciones sociales y políticas de ésta, no viendo en ellas sino el despotismo, encarnado, ya en los emperadores de México y el Perú, ya en los caciques de las tribus estacionadas en el primer grado de organización, y la falta de espíritu individual, manifestada en el régimen de la propiedad, que era común con pocas excepciones. En sus múltiples idiomas, casi todos ellos aglutinantes, halla pruebas de los vínculos que enlazaron al Asia con América, pues el quichua tiene grandes semejanzas con el protomédico y con el japonés. Tratando de la literatura indígena americana, el Sr. Sentenach da como auténticos los cantos del Rey Netzahualcoyotl, contra los cuales tantas dudas sin fundamento serio se han propuesto. Con no común erudición, habla de la escritura y sus complicados quipos y catunes, y examina los códices mayas, todavía sin descifrar á pesar de las noticias que sobre sus geroglíficos nos dejó el P. Landa. También describe el adelanto de las Bellas Artes, comenzando en los Mounds'builders hasta llegar á los arquitectos de los templos de Palenque y Mitla. Por el juicio imparcial y atinado, el pleno conocimiento de la materia y la claridad en el método, que resplandecen en este libro, merece el Sr. Sentenach los elogios de cuantos se dedican á la historia de América, ya que ha reunido, y con sumo acierto, cuanto sobre los orígenes de este país se halla disperso en multitud de obras, aumentándolo con observaciones propias.

M. S. y S.

# LÓGICA PARLAMENTARIA

---

(CONCLUSIÓN.) (1)

## CDLXXXII

Antes de componer vuestro argumento, interrogaos acerca de lo que tenéis intención de probar; establecedlo claramente en vuestro espíritu; determinad en seguida qué medios debéis emplear para conseguir vuestro objeto, qué objeciones se os harán probablemente y por qué procedimientos podréis deshacer esas objeciones.

## CDLXXXIII

Distinguid con claridad en vuestro espíritu los argumentos que se aplican directamente á la cuestión y los que son de una naturaleza más general.

## CDLXXXIV

Ciertos argumentos se le ocurren al orador por el hecho de que los de la parte contraria no se han presentado en el momento oportuno en la discusión.

---

(1) Véase el tomo 118, correspondiente á Octubre de 1898.

## CDLXXXV

Exponer en qué puntos está de acuerdo todo el mundo y mostrar luego que la discordancia estriba en puntos poco numerosos, no es mala manera de hacer un exordio.

## CDLXXXVI

Cuando se censure vuestra conducta, mostrad lo que vuestro adversario hubiera censurado sin duda si vuestra conducta hubiese sido diferente ú opuesta.

## CDLXXXVII

Examinad cuáles son las partes del asunto que permitan alusiones picarescas á las personas y á las cosas, etc.

## CDLXXXVIII

A veces es útil marcar por qué diferentes fases pasó el debate; con frecuencia es un feliz exordio.

## CDLXXXIX

Dividid vuestro discurso en partes distintas.

## XD

Examinad si podéis tratar el asunto de otra manera y mejor que quienes ya lo han tratado.

## XDI

Tomad nota de todas las exageraciones.

## XDII

Un epíteto vigoroso y bien característico del asunto produce siempre buen efecto.

## XDIII

Advertid cuántos hechos controvertidos se toman sin razón por hechos probados y admitidos como verdaderos principios.

## XDIV

Comenzad por un exordio para granjearos el entendimiento y el corazón de los oyentes.

## XDV

Exponed el punto que se discute con claridad, pero con arte; presentad en seguida vuestras pruebas y luego vuestros argumentos; después pronunciad vuestra peroración, en la cual recapitularéis de una manera sucinta todo lo que milita á vuestro favor. Tras reforzar las partes sólidas y deslizarse sobre las partes débiles, adheríos á las pasiones del auditorio, á su orgullo, á su compasión, á su ambición, á sus pasiones predominantes, sean cuales fueren; estén de vuestra parte esas pasiones y no tendréis ya que temer á la razón de la asamblea.

## XDVI

Distinguid el origen, la certidumbre y la extensión de vuestro conocimiento, así como vuestros motivos de creencia, de opinión y de asentimiento.

## XDVII

Es inútil advertir la diferencia entre la opinión y el conocimiento.

## XDVIII

Razonar es deducir verdades desconocidas de principios y de proposiciones que ya se conocen.

## XDIX

Percibid, comparad, concluid.

## D

Preguntaos siempre si el principio establecido por vosotros mismos ó por otros no va más allá del fin que se persigue.

## DI

En cada controversia, examinad primero si la cuestión no es más que un asunto de comparación, y después si las personas que discuten comparan entre sí los mismos objetos ú objetos muy diferentes.

## DII

Someted vuestro razonamiento á la prueba de un severo análisis y examinad también los argumentos de vuestros adversarios.

## DIII

Diez categorías: *substantia, qualitas, quantitas, relatio, actio, passio, quando, ubi, situs, habitus.*

## DIV

No presentéis vuestro razonamiento en forma de silogismo, pero tened una especie de plan silogístico.

## DV

Tened una idea muy clara de la proposición que queráis demostrar y de los argumentos en que deba fundarse; examinad á qué parte de la discusión (mayor, menor ó conclusión) se refiere tal ó cual parte del discurso.

## DVI

Reduciendo un razonamiento á un silogismo, vemos sus partes en miniatura; entonces discernimos lo que es propio del razonamiento y lo que sólo se emplea para pompa y ostentación.

## DVII

Sea cual fuere el asunto que tratéis, tomad vuestro razonamiento, ya de la naturaleza más general ó más especial de vuestro asunto, ya de alguna circunstancia particular que se refiera á este asunto esencialmente, accidentalmente ó por vía de consecuencia.

## DVIII

Es necesario *definir* con exactitud, *dividir* con regularidad el asunto, *distinguir* las diferentes partes de la proposición, hacer un silogismo.

## DIX

A veces es necesario, no sólo manejar un asunto, sino crearlo, á la manera de las arañas, que de sí mismas sacan la tela que tejen.

## DX

Al examinar un asunto, no sólo consideréis la cuestión misma, sino mirad también á derecha é izquierda, y asociad de este modo á vuestro asunto todo lo que tenga con él una relación necesaria ó natural.

## DXI

Reunid primero las ideas que se enlazan por un vínculo *cualquiera* con el asunto, y colocadlas luego según el orden y el grado de su relación.



La asociación de ideas es provocada igualmente por la semejanza y por la desemejanza. La mención de un suceso nos hace pensar en otro suceso parecido (ó enteramente contrario) por el origen, el carácter, las circunstancias y las consecuencias.

## DXIII

No dejéis nunca perder de vista el punto principal que queráis probar, ni vuestro mejor argumento. *Inculcanda, repetenda.*

## DXIV

Tened en cuenta no sólo los argumentos débiles de vuestros adversarios, sino también los argumentos sólidos de vuestros amigos, y sacad partido de ellos.

## DXV

En vez de negar en absoluto la tesis de vuestro adversario, si la causa lo permite, podéis admitirla hasta cierto punto; proponiéndoo así demostrar ora que el principio sólo es verdadero dentro de ciertos límites, ora que se le quiere hacer probar demasiado, quitáis al argumento toda su fuerza sin ofender á vuestro adversario.

## DXVI

Antes de pensar en las palabras, fijad claramente todas vuestras ideas desde el comienzo hasta el fin.

## DXVII

No es difícil formarse de antemano una idea general de los argumentos de la parte contraria: es preciso pasarles revista y examinarlos.

## DXVIII

Cómodamente podéis adivinar por qué argumentos os responderá el adversario: examinad de antemano sus respuestas y preparaos á refutarlas.

## DXIX

No perdais nunca ninguna ocasión natural de elogiar á la asamblea á quien os dirigís, ó (aún mejor) á los hombres que componen la asamblea.

## DXX

Tomad vuestras alusiones y vuestros ejemplos de los hombres, libros y cosas, á las palabras, á los escritos y á los actos que se refieren á la cuestión.

## DXXI

Si podéis hacerlo sin inconveniente, admitid lo que dice vuestro adversario y haced ver que eso no prueba absolutamente nada. Los oradores tienden casi siempre á exponer, no argumentos concluyentes en cuanto al asunto que se discute, sino ideas que sólo tienen el ser exactas en sí. El simple buen sentido, basta para emitir ideas exactas; para presentar argumentos probatorios, es preciso una razón superior.

## DXXII

No os satisfagáis con descubrir un argumento, sino además, para aumentar su valor, buscad la mejor manera de emplearlo.

## DXXIII

A menudo puede sacarse un argumento importante del orden según el cual han ocurrido los hechos y se han votado

las leyes. Lo que se ha dejado de decir ó hacer, suele arrojar viva luz sobre lo que se ha dicho ó hecho en realidad.

#### DXXIV

Transformad un caso aislado en un principio general, y si no descubris ningún caso aislado, haced uso de un caso supuesto. Si vuestros adversarios emplean esta táctica, es necesario ponerla de manifiesto y mostrar cuál es verdaderamente el principio general.

#### DXXV

Si podéis, mezclad algunos incidentes respecto á circunstancias locales ó asuntos del día; este procedimiento da un aire natural al discurso.

#### DXXVI

Declarad con toda la apariencia de la sinceridad, que la parte del discurso de vuestro adversario que estais seguros de poder refutar es la parte más fuerte de su argumentación.

#### DXXVII

Al argumentar, para alcanzar el fin propuesto, suele sostenerse primero una interpretación estricta y después una interpretación libre.

#### DXXVIII

Cuando se presenta una proposición con el intento claramente anunciado de dar fuerza á la libertad ó á la autoridad, mostrad con un ejemplo particular que precisamente su destino es perjudicar al régimen que se pretende favorecer, sea la autoridad ó sea la libertad.

#### DXXIX

Animad el discurso con algún argumento sacado de la

cuestión del día ó con alguna alusión á un acontecimiento que haya sido objeto de recientes conversaciones ó discusiones.

### DXXX

Examinad primero lo que *debe* decirse acerca del asunto que se discute, y luego lo que *puede* decirse. Cuando hayais formado y concluído entonces vuestro argumento según el plan que os propusisteis, podéis buscar fuera de él las ideas que tengan alguna relación, si no necesaria, por lo menos natural, con el asunto.

### DXXXI

En cada discurso, mostrad que sobresalís en el arte de descubrir la verdad y en el de hacer visible el error.

### DXXXII

Es preciso buscar el error en el teorema, en el silogismo, en la proposición y hasta sencillamente en las expresiones (que empleó vuestro adversario).

### DXXXIII

Puede haber contradicción en las partes y error en las palabras, en los principios, hechos, deducciones ó escolios.

### DXXXIV

Toda afirmación debe fundarse en una verdad intuitiva.

### DXXXV

En los razonamientos de la vida común, lo esencial es aplicar verdades generales á casos particulares.

### DXXXVI

Lo dudoso pero favorable, considérese como un hecho probado; lo claramente desfavorable, decláreselo dudoso.

## DXXXVII

No haciendo suficiente número de partes (en el discurso) se dificulta la tarea de la inteligencia; haciendo excesivo número de ellas se recarga la memoria.

## DXXXVIII

Las palabras tienen con frecuencia más de un sentido, y son verdaderas ó falsas según el sentido con que se tomen.

## DXXXIX

Observad á qué falsas interpretaciones pueden prestarse más fácilmente y con mayor naturalidad un hecho ó un argumento; y haced ver esas contradicciones cuando vuestro adversario incurra en ellas.

## DXL

En todos los asuntos, pero principalmente en los relativos á la Constitución, consultad no sólo los autores conformes con vuestras teorías, sino también y más que nada los que defienden principios contrarios: una confesión hecha por estos tiene gran peso.

## DXLI

El tono puede ser familiar, solemne ó patético.

## DXLII

Cuando se os acusa de caer en un extremo, demostrad que es menos peligroso que el extremo opuesto; por ejemplo, en las cuestiones de dotación de la Casa Real, que un rey necesitado es preferible un á rey rico.

## DXLIII

Evitad con cuidado todas las locuciones locales, técnicas y profesionales.

## DXLIV

No os limitéis á sostener una tesis, sino buscad con empeño el modo de sostenerla con lucimiento. No se conquista el elogio sino adelantando las cosas uno ó dos puntos más que lo hicieron los precedentes oradores.

## DXLV

En la mayoría de los casos es preciso comparar no lo bueno con lo malo, sino la malo con lo malo; entonces es menester aceptar el mal menor. Si no podéis conseguir todo el bien, á lo menos tratad de lograr una parte.

## DXLVI

Cuando los pintores conciben un asunto, hacen primero numerosos bocetos y después un dibujo completo del conjunto; tras esto, hacen un dibujo más correcto de cada parte por separado, cabezas, manos, pies. Sólo entonces cogen los pinceles y retocan todo ello.

## DXLVII

Concentrad vuestros esfuerzos en el punto donde estriba la verdadera dificultad; no los malgastéis en algún asunto accesorio y que apenas tenga relativamente importancia.

## DXLVIII

Además de la belleza que se saca de cada parte considerada por separado, es preciso sacar una belleza adicional de la manera como están dispuestas esas partes; por tanto, conviene ordenar el plan general con mucho cuidado.

## DXLIX

Advertid lo que está bien probado y lo que no lo está.

## DL

El método sirve para comprender más claramente el asunto, recordarlo por más tiempo y explicarlo mejor.

## DLI

Examinad de qué manera puede desarrollarse, abreviarse, dividirse, componerse ó variarse un asunto.

## DLII

Observad si vuestros adversarios y vosotros empleais las mismas palabras en el mismo sentido, y cuál es la noción exacta que se forman aquellos de las cuestiones que se discuten tal vez tomen la parte por el todo.

## DLIII

Addison advierte, conforme con Aristóteles, que la expresión debe estar más limada en las partes inactivas, como descripciones, narraciones, etc. Las opiniones y las pasiones pudieran obscurecerse con frases harto pulidas.....

GUILLERMO GERARDO HAMILTON.

## OBRAS NUEVAS

---

- Almanaque Bailly-Baillièrè. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica. Año 1899. En 8.º, 458 págs., en rústica: 1,50 pesetas.
- Almanaque festivo para 1899, escrito por D. Mariano Marzal. Año XIX. En 8.º, 152 págs., con grabados: 1 peseta.
- Antich é Izaguirre (F.) — El juicio final. (Poema anacrónico). En 12.º, 32 págs.: 50 céntimos.
- Balaguer (V.) — (Obras de). *Tomo XXXV* de la colección. En 4.º, 555 págs.: 8 pesetas.
- Bentabol y Ureta (H.) — Justicia, leyes y pleitos; estudios críticos. En 8.º, VIII-140 págs.: 2,25 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXIII. Cuaderno V*. En 4.º, (págs. 353 á 464). Cada cuaderno: 1,25 pesetas.
- Blasco (E.)—Mensajero de paz; comedia en un acto. En 4.º, 19 páginas: 1 peseta.
- Blasco Ibáñez (V.)—La barraca; novela. En 8.º, 291 págs.: 2 pesetas.
- Campos Hidalgo (A.)—De interés para todos ó ventajas del matrimonio disoluble. (Estudio social). En 12.º, 16 págs.: 25 céntimos.
- Casañal Shakery (A.)—Cuentos baturros. En 8.º mayor, 207 páginas: 3 pesetas.
- Castillejo (A.)—Sermón panegírico de la gloriosa Santa Ana. En 4.º, 24 páginas.
- Castrillo Alonso (A.)—Menor edad de las personas; comentarios de las disposiciones del Código civil. En 8.º, 151 págs.: 1,50 pesetas.
- Colección de Escritores Castellanos.—Obras completas del Duque de Rivas, *Tomo IV*. Romanes históricos. En 8.º, XXIX-442 págs.: 5 pesetas.
- Delgado (S.)—El beso de la Duquesa; zarzuela en un acto. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.
- Escalera (F. de la).—Baraja de sonetos. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Ferreiroa (U.)—Historia apologéti-

- ca de los Papas. *Tomo VII*. En 8.º mayor, 448 págs.: 2,50 pesetas.
- Ferrer Costa (A.) — Discurso presentado al Claustro de la Facultad de Medicina de Madrid, aspirando al grado de Doctor. En 4.º mayor, 16 páginas.
- Ganivet (A.) — Los trabajos del infatigable creador Pío Cid. *Tomo II*. En 8.º, 233 págs.: 3 pesetas.
- García Valiente (S.) — Programa de teoría de la lectura. En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Gaspar (E.) — La chismosa; comedia refundida en dos actos. En 4.º, 66 págs.: 1,50 pesetas.
- Gil de Aincildegui (F.) — ¡Vivir para ver! Versos festivos. En 8.º, 80 págs.: 1 peseta.
- Gimeno de Flaquer (C.) — En el salón y en el tocador. Vida social. — Cortesía. — Arte de ser agradable. — Belleza moral y física. — Elegancia y coquetería. En 8.º, 215 págs.: 3 pesetas.
- Gogorza González (J.) — Elementos de historia natural. En 4.º mayor, 538-x págs. con grabados: 15 pesetas.
- Granada (Fr. L. de). — Joyas de la mística española. En 16.º, 188 páginas: 1 peseta.
- Granés (S. M.) — El rayo; juguete cómico-lírico. En 4.º, 24 págs.: 1 peseta.
- Heredia y Rodríguez-Jaén (R.) — Manual del dependiente de comercio. En 8.º, 144 págs.: 1,50 pesetas.
- Jackson Veyán (J.) — La chiquita de Nájera; juguete cómico-lírico en un acto. En 12.º, 16 págs.: 10 céntimos.
- Jorreto (M.) — Monografías artísticas: S. M. Doña María Cristina. En 4.º, 14 págs.: 1 peseta.
- Jurisprudencia civil. Colección completa de las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo. *Tomo LXXXIII*. En 4.º, 815 páginas: 7 pesetas.
- Labra (M.) y Ayuso (E.) — El reloj de cuco; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.
- Lejárraga (M. de la O.) — Cuentos breves. Lecturas recreativas para niños. En 8.º, 100 págs.: 1 peseta.
- López Ocaña (J.) — Algunas consideraciones sobre el glaucoma y su tratamiento. En 4.º, 31 págs.: 1 peseta.
- Mellado (F.) — Programa de derecho político. En 8.º, 28 págs.: 1 peseta.
- Menéndez Pelayo (M.) — Antología de poetas líricos castellanos. *Tomo VII*. En 8.º, CCLXXX-111 págs.: 3 pesetas.
- Merelo (A.) — Llegué, ví y vencí; juguete cómico-lírico en un acto y en verso. En 4.º, 34 págs.: 1 peseta.
- Mesonero Romanos (M.) — Las sepulturas de los hombres ilustres en los cementerios de Madrid, con 33 reproducciones. En 8.º, 128 páginas: 2 pesetas.
- Mir (M.) — Espíritu de Santa Teresa de Jesús, ó resumen de los rasgos principales de su vida, de los principios de su doctrina espiritual y de sus afectos y aspiraciones á Dios. En 12.º, XLVIII-368 págs.: 3 pesetas.
- Navarro Reverter (C.) — ¡Patria!; propósito dramático en un acto y en prosa. En 4.º, 15 págs.: 1 peseta.
- Ortiz de Pinedo (A.) — Los cazade-

- ros de Madrid. En 8.º, 289 págs.: 3 pesetas.
- Paz (A. de).—La España de la Edad Media. En 4.º, 318 págs.: 5 pesetas.
- Pérez (D.).—Jesús (Memorias de un jesuíta novicio). En 8.º, 96 páginas: 1 peseta.
- Prieto (E.).—Toros del Saltillo; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Pulido López (L.) y Díaz Galdós (T.).—Biografía de D. Ventura Rodríguez Tizón, como arquitecto y restaurador del arte clásico en España en el siglo XVIII. En folio, 138 págs. y 10 láminas: 12,50 pesetas.
- Ramírez (J. F.).—Obras del Licenciado D. José Fernando Ramírez. *Tomo II*. Adiciones á la Biblioteca de Beristain II. México. Imprenta de V. Agüeros, editor; 1898. En 8.º, 387 págs.: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos.  
*Tomo XVI.*
- Retortillo y Tornos (A.).—Lecciones de retórica y poética. En 8.º, 162 págs.: 5 pesetas.
- Rubio y Blasco (A.).—Poesías dedicadas á Nuestra Señora del Castillo. En 12.º, 23 págs.: 25 céntimos.
- Sáiz Gómez (M.).—El criterio judicial. En 4.º, 152 págs.: 4 pesetas.
- Salcedo (E.).—Madre é hijo; doctrina científica y errores vulgares en obstetricia y pediatria. En 4.º mayor, xx-905 páginas: 15 pesetas.
- Salillas (R.).—El delincuente español. *Hampa*. Antropología picaresca. En 8.º, xv-526 págs.: 5 pesetas.
- Sancha (El C.).—Régimen del terror en Italia unitaria. En 8.º mayor, 334 págs.: 4 pesetas.
- Serrano García-Vao (M.).—El año taurino; fiestas taurinas celebradas en la Plaza de Toros de Madrid en 1898. En 8.º, 182 páginas con retratos: 1,50 pesetas.
- Taboada Cabañero (E. J.).—Mesa revuelta. En 4.º, 416 págs.: 7 pesetas.
- Trueba (A. de).—Obras escogidas. *Tomo I*. En 8.º, xxxvi-480 páginas: 4 pesetas.
- Urgell (M.).—Un terrós de sucre; comedia en un acte. En 4.º, 22 págs.: 1 peseta.
- Vademecum clínico-terapéutico, por los doctores M. Gayarre, J. Medinaveitia, F. R. Sandoval, J. Cisneros, J. Azúa y L. Simarro. xvi-575 págs.: 6 pesetas.
- Velasco y Goñi (E.).—Resumen de Geografía. En 8.º mayor, 159 páginas: 2,50 pesetas.
- Villarroya (J.).—La casa por el balcón, comedia en dos actos. En 4.º, 72 págs.: 1,50 pesetas.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>El Niño de Guzmán</i> , (novela) por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>De la guerra</i> , por Ignotus.....	26
<i>Ávila: Iglesias ojivales</i> , por José Ramón Mérida.....	46
<i>La educación popular de los adultos</i> , por Adolfo Posada, F. Buisson y A. Chevalley.....	61
<i>El cubano</i> , por James W. Steele.....	103
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	110
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	136
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	171
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado, A. Posada y M. S. y S.....	182
<i>Lógica parlamentaria</i> , por Guillermo Gerardo Hamilton.....	193
<i>Obras nuevas</i> .....	205